

*Diario*  
DE CAMPO

*Barbro  
Dahlgren*





Portada: Barbro Dahlgren.

Contraportada: Barbro Dahlgren con sus hermanos, primos y abuelos.

2<sup>TM</sup>. de forros: Barbro Dahlgren a los 22 años con su perro Asan.

3<sup>TM</sup>. de forros: Barbro Dahlgren.



2

Intervención del etnólogo  
Sergio Raúl Arroyo

6

Intervención de la doctora  
Mari Carmen Serra Puche

10

Semblanza de la maestra Barbro Dahlgren  
Emma Pérez-Rocha

16

La maestra Dahlgren y la etnografía  
José de Jesús Montoya Briones

20

Barbro Dahlgren, la maestra  
Noemí Quezada

23

Mis recuerdos de  
Barbro Dahlgren de Jordán  
por las salas de los museos  
Beatriz Barba de Piña Chán

En sus palabras...

III

Presentación  
María José Con y Magalí Daltaubuit

VIII

Los purepeñas de michoacán. Barbro Dahlgren  
Carlos García Mora

XXI

Problemas actuales de la etnohistoria mexicana  
Barbro Dahlgren Jordán

26

Dahlgren B. Homenaje  
Perla Valle

30

Etnohistoria de los pueblos mesoamericanos.  
Homenaje a Barbro Dahlgren de Jordán  
Eduardo Corona Sánchez

33

Barbro Dahlgren, un aporte etnohistórico  
Celia Islas Jiménez

38

Barbro Dahlgren. Semblanza  
Andrés Medina Hernández

43

La maestra Dahlgren: ser humano,  
investigadora y mentora inolvidable  
Jesús Monjarás-Ruiz

45

Barbro Dahlgren. Enigmática  
exégeta de la mujer pápago  
Ana María Salazar Peralta

Diario  
DE CAMPO

SUPLEMENTO No. 21 • AGOSTO • 2002

ES UNA PUBLICACIÓN INTERNA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA  
DEL INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA.

DIRECTOR GENERAL DEL INAH: SERGIO RAÚL ARROYO

SECRETARIO TÉCNICO DEL INAH: MOISÉS ROSAS

DIRECCIÓN: GLORIA ARTÍS

SUBDIRECCIÓN EDITORIAL: ROBERTO MEJÍA

CORRECCIÓN DE ESTILO: MAURICIO DEL RÍO

DISEÑO Y FORMACIÓN: AMADEUS / ANA MA. BENAVIDES / LILIANA ARGUETA

COORDINADORAS DE ESTE NÚMERO: EMMA PÉREZ-ROCHA Y BLANCA JIMÉNEZ

El Suplemento de *Diario de Campo* publica artículos, relatorías de foros, cartas, manifiestos, etc.,

que son enviados antes de la fecha de cierre. La responsabilidad del contenido de estos



# Intervención del etnólogo

Sergio Raúl Arroyo\*



Teotihuacan.

Dra. Mari Carmen Serra, Directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM; Prof. Fernando Cámara Barbachano, Dr. Arturo Romano, Mtro. Eduardo Matos, Profesores eméritos del INAH; Dr. Jaime Litvak, Profesor emérito de la UNAM; Mtro. Felipe Solís, Director del Museo Nacional de Antropología; Lic. Enrique González Casanova,

## Distinguidos colegas:

**E**n su trabajo *La decadencia de las ideas utópicas en Occidente*, el historiador y ensayista Isaiah Berlin afirma: “Para entender una cultura, debe emplearse la misma facultad de visión comprensiva con la que nos entendemos unos con otros, sin la cual no hay amor ni amistad, ni verdaderas relaciones humanas [...] Las relaciones humanas están fundadas en el reconocimiento de la individualidad [...] lo mismo ocurre con la comprensión de las comunidades”.

Esta idea bien podría formar parte de una relación ideal de cánones para las ciencias sociales, especialmente las históricas, pero también puede orientar a la etnología y la etnografía, para establecer los mecanismos que determinan conductas, realizaciones y procesos de grupos humanos o de áreas culturales.

Pero una resonancia quizá más subjetiva de esas líneas de Berlin me llevó a recordar a Barbro Dahlgren, formidable antropóloga y etnóloga, pionera y una de las más notables representantes de la etnografía en México; creativa funcionaria del Instituto Nacional de Antropología e Historia y maestra inolvidable, a cuya particular entrega profesional y talento humano rendimos hoy homenaje.

\*Director General del Instituto Nacional de Antropología e Historia.





Barbro Dahlgren.



Quisiera recordarla especialmente a través de aquella lectura evocativa, cuando el autor añadió más adelante: "Llamamos grandes historiadores a quienes no sólo controlan todas las evidencias obtenidas con los mejores métodos críticos a su disposición, sino que además poseen la profundidad de visión imaginativa que caracteriza a los novelistas dotados". Pues Barbro Dahlgren, por su parte, en la introducción a la edición de 1954 de su obra *La Mixteca, su cultura e historia prehispánicas*, detalló la intención subyacente. Dice textualmente:

En las siguientes páginas esperamos poder aportar algunos datos sobre su cultura material y espiritual [de la Mixteca], tal como la encontramos a través de las fuentes de los dos primeros siglos que siguieron a la conquista española y en menor grado en los códices y la arqueología. Intentaremos con base en esos datos establecer horizontes culturales.

Dahlgren controlaba pues, desde su paradigma, "todas las evidencias obtenidas", con los mejores métodos críticos a su disposición.

En estas palabras de la doctora se adivina su deseo de aprehender, articular y comunicar, a partir del estudio de fuentes dispersas, un mundo de ideas en torno a una cultura distinta, pero igualmente real que la nuestra, con objeto de integrar un corpus que nos permita entenderla desde adentro y nunca más sentirla remota, ajena.

La intensa relación de Dahlgren con las fuentes escritas, y su multidisciplinario enfoque para penetrarlas, empleando a fondo sus conocimientos etnográficos y geográficos y ampliando su horizonte con un exhaustivo trabajo de campo, dieron por resultado obras cuya vertiente teórica es tan profunda, acuciosa y arrojada que mantienen su vigencia y su carácter de referencias fundamentales para el trabajo antropológico.

Nacida en 1912 en Filipstad, Suecia, originaria de una cultura con tan marcadas diferencias respecto a la nuestra como la escandinava, en 1935 obtuvo en la Universidad de Hamburgo el certificado de docencia en lengua alemana, y entre 1935 y 1936 recibe en La Sorbona el diploma en lengua y literatura francesas. Impulsada por su gran interés en las culturas africanas y americanas, llega a México en 1939; un año más tarde ingresa a la Escuela Nacional de Antropología para estudiar etnología.

Es sabido que los cuatro maestros que más influencia ejercieron en ella fueron Wigberto Jiménez Moreno, con quien trabajó en documentación histórica e investigación de campo en la Mixteca; el ingeniero Roberto Weitlaner, a quien acompañó en tareas de investigación etnográfica en diversas regiones mexicanas; el doctor Paul Kirchhoff, quien despertó su interés por la etnografía prehispánica, que con los años se transformaría en pasión por la etnografía histórica (lo que hoy referimos como etnohistoria, herramienta clave para comprender las

sociedades indígenas actuales), y el doctor Jorge A. Vivó, memorable maestro de la geografía, con quien inició sus conocimientos de antropogeografía, lo que sería para la doctora un instrumento básico en su labor de investigación etnográfica.

Podríamos decir que estos cuatro maestros y sus dominios temáticos fueron los puntos cardinales que marcaron la labor académica de Barbro Dahlgren: Mixteca, etnografía, etnografía histórica y antropogeografía, parte de lo cual la llevaría a fundar en 1977 el Departamento de Etnohistoria —hoy Dirección— del INAH. Adicionalmente, su profunda incursión en la etnografía histórica la llevaría a otro campo del que también fue especialista: la historia de las religiones, con trabajos como *Sobrevivencias religiosas prehispánicas: concepto de alma*, y *Acerca del alma, tona y el nahual en el pensamiento del indígena actual*; obras en las que revisa tanto el entramado psicológico y simbólico de los territorios hierofánicos como su sobrecogedora persistencia en el mundo étnico contemporáneo.

Sus primeros recorridos por la Mixteca fueron realizados entre 1940 y 1941, y en ellos la doctora se iría perfilando como principal especialista en esta cultura. En 1950, asesorada por el maestro Jiménez Moreno y por el doctor Kirchhoff, presentó la tesis *La Mixteca, su etnografía e historia prehispánica*, con la cual obtuvo el título de etnóloga en la ENAH y el grado de maestra en ciencias antropológicas de la UNAM.

Considerada central dentro de su exhaustiva obra, constituye una amplia indagación de fuentes impresas y manuscritos de archivos, al igual que otro de sus trabajos clave: *La grana cochinita*, producto que definió la vida de muchas comunidades en puntos tan diversos de Iberoamérica como Loja, Tucumán, Guatemala y México; particularmente Tlaxcala y la costa de Oaxaca. Años más tarde, la doctora Dahlgren condensó su inmenso caudal de experiencia en una suerte de obra resumen que sistematiza sus aportes en el campo de la investigación etnográfica: *La etnografía/etnología moderna de México. Los principios*.

La doctora Dahlgren trasladó sus pasiones académicas a su labor como funcionaria, pues como directora del Departamento de Etnohistoria del Instituto Nacional de Antropología e Historia se esforzó por convocar a los antropólogos que realizaban investigación histórica; como subdirectora del Departamento de Investigaciones Históricas del Instituto coordinó junto con el maestro Jiménez Moreno el proyecto multidisciplinario de los Valles Centrales, del cual surgieron investigaciones que orientarían el conocimiento histórico etnográfico de esa región.

Al desempeñarse como jefa de la Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, reorganizó y clasificó las colecciones del acervo, catalogándolas por pieza, grupo y región, e insistió en



la necesidad de realizar investigaciones etnográficas como parte fundamental de los programas en las curadurías de los museos, enfoque que trasladaría a su labor de curadora del Museo de las Culturas. Al frente de la Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología promovió similares labores para actualizar cédulas y salas de exhibición etnográfica del museo, además de multiplicar la publicación de las investigaciones y el enriquecimiento de las colecciones.

La maestra Dahlgren prodigó su generosidad como docente desde 1947, cuando se inició en este campo, e impartió cursos y seminarios en el posgrado de la ENAH, en el doctorado de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en el Colegio de Geografía de la misma Facultad, del cual fue fundadora. En estos campus abordó materias relativas a la etnología y etnografía mexicanas; a la historia de las religiones y a la geografía humana.

He evadido intencionalmente ahondar en los ya mencionados campos de acción de la doctora, pues invadiría temas que algunos colegas aquí presentes abordarán en lo específico. Yo he querido enfatizar la que para mí es la cualidad esencial de esta ilustre investigadora y maestra: la de ser humano multidimensional, cuya vocación científica jamás le hizo descuidar su desarrollo personal, pues la doctora Dahlgren se caracterizó por su sabia integración de grupos de trabajo que fueron la clave del éxito de sus proyectos.

No olvidemos que la palabra 'homenaje' proviene del provenzal antiguo *homenatge*, derivado a su vez de *ome*, del latín *homo*, hombre. Si bien al exaltar a ilustres profesionistas como Dahlgren reivindicamos su obra, a quien rendimos tributo fundamentalmente es al ser humano, encarnado sin las dicotomías que con frecuencia se presentan entre la vida personal y profesional. Aquí podemos encontrar una lección de vida definida por la integridad.

Tampoco soslayemos que es un deber el visitar críticamente la imagen de los pioneros investigadores del INAH, dado que con su obra ellos colocaron a este Instituto en un lugar central dentro de las políticas públicas en materia cultural y educativa. Al respecto, me es grato anunciar que en noviembre próximo conmemoraremos los 25 años de la fundación de la Dirección de Etnohistoria, justamente en honor de la doctora Barbro Dahlgren.

Para poder entender a las antiguas culturas mexicanas, para intentar comprender cuáles fueron sus resortes vitales, sus avatares o quizá su sentido de la felicidad, la doctora Dahlgren empleó siempre esa facultad de visión comprensiva de la que hablaba Berlin. Al reivindicar hoy ese talento suyo hacemos un reconocimiento a su individualidad como profesional, así como ella supo hacerlo con la identidad y especificidad de nuestras culturas ancestrales, signos irreductibles y vitales de los numerosos mundos que en buena medida ella nos ha permitido conocer, y por qué no, también habitar en la enorme casa de la antropología que junto con otros pudo construir. Muchas gracias.



Bárbara Dahlgren y Hanna Faulhaber en Malinalco.



Barbro Dahlgren en Oaxaca.



# Intervención de la doctora Mari Carmen Serra Puche\*



Barbro Dahlgren, de espaldas el Prof. Waitlaner en el Mexquital.



Barbro Dahlgren 1939.



Barbro Dahlgren en la Mixteca, 1941.

Etnólogo Sergio Raúl Arroyo, director general del Instituto Nacional de Antropología e Historia,

Colegas: Emma Pérez Rocha, Beatriz Barba de Piña Chán, Noemí Quezada, María José Con, Perla Valle, Jesús Montoya, Carlos Navarrete,

## Señoras y señores, amigos todos:

**L**a oportunidad de reunirnos en torno a la figura de un maestro no puede ser más que momento de reflexión y recapitulación de los logros de toda una vida, de los caminos abiertos con esfuerzo e inteligencia, y de los legados académicos de una trayectoria fértil. Al convocarnos alrededor de la memoria de Barbro Dahlgren, se suma a la reflexión el íntimo júbilo de reconocernos partícipes de la inmensa generosidad de una figura que ha sido y seguirá siendo para muchos de nosotros ejemplo, guía y fuente de inspiración.

Hoy estamos aquí dos instituciones hermanas que tuvimos la suerte de compartir a una gran maestra, bella mujer, enigmática y en ocasiones sumida en un enorme mundo interior en el que se ausentaba por momentos para luego revelarnos su riqueza.

Barbro Dahlgren, Bárbara, ingresó al Instituto de Investigaciones Antropológicas como investigadora titular en 1980, en la plenitud de su vasta experiencia, y tuvo tiempo aún de compartir con nosotros la erudición y el refinamiento académico propios de alguien que, como ella, formó parte de la generación de antropólogos y antropólogas

\*Directora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.





Barbro Dahlgren.



que dio forma a la práctica académica en nuestro país y más allá de sus fronteras.

Pocos podríamos llamarlos con plena justicia colegas de la maestra Bárbara, aunque ella sin duda nos consideraba a todos sus pares. Muchos de nuestros investigadores más notables iniciaron su carrera como sus estudiantes o sus colaboradores, y todos encontramos en ella siempre un consejo, una orientación, una sugerencia o una palabra de apoyo. Grande como era, la maestra Dahlgren nos enseñó con su ejemplo que no es suficiente con saber, sino que la verdadera grandeza está en reconocer siempre la necesidad de aprender más.

La infancia y la juventud de Barbro Dahlgren transcurrieron en una Europa sumida en dolorosa transformación; una Europa de pérdidas y nuevas construcciones, de rompimientos con el pasado y de propuestas de futuro. En el ámbito intelectual, la búsqueda de modelos y formas nuevas de expresión llevó a muchos investigadores a volver su atención a las tierras y tiempos exóticos y distantes: Europa en busca de sí misma.

Los pueblos lejanos de África y América encendieron la imaginación de Dahlgren, joven formada en su natal Suecia, y luego en Alemania, Francia e Inglaterra, y la lanzaron en un viaje afortunado que cambió su vida y la nuestra. En 1939 pisa el territorio mexicano. En 1940, a los 28 años de edad, decide ingresar a la entonces recién creada Escuela Nacional de Antropología e Historia, aun cuando contaba ya con diplomas en geografía, literatura, historia y lenguas inglesa, alemana y francesa ganados en aquellos países del Viejo Mundo.

En la ENAH fue discípula y ayudante de investigadores de la talla de Wigberto Jiménez Moreno, Robert Weitlaner, Paul Kirchhoff y Jorge A. Vivó, y fue formada en un sistema de enseñanza que puede caracterizarse mejor como uno de maestro y aprendiz que de profesor y alumno. Compañera, más que discípula de sus tutores, Dahlgren pasó a formar parte de la generación de pensadores que sentó las bases de la antropología académica mexicana de la segunda mitad del siglo XX.

Sorprendente parecería su decisión de atender una de las regiones más complejas y remotas —entonces mucho más que ahora— en sus estudios etnográficos e históricos: la Mixteca oaxaqueña. Su tesis de licenciatura por la ENAH y la maestría por la UNAM, *La mixteca, su etnografía e*



Amigas.

*historia prehipánica*, presentada en 1950, abrió a ella la puerta al estudio de una región y un pueblo de los que con el tiempo se convirtió en primera especialista, pero también la muestra como pionera en los estudios de carácter interdisciplinario que más tarde serían conocidos como etnohistoria.

Su interés por conjuntar las técnicas de la etnografía con el análisis de fuentes históricas —enfoque que fuera resultado de sintetizar los aportes de sus maestros, y en particular de su colaboración con Paul Kirchhoff— la llevó a un análisis novedoso de grupos y regiones indígenas tan diversos como el pueblo tzotzil, la costa del Golfo,

la zona cora huichol, los territorios mazahua y matlatzinca del valle de Toluca e incluso, rayando en el ámbito de la arqueología, los vestigios prehistóricos de Baja California Sur y el norte de México. La investigación etnográfica, se ha dicho, fue su gran pasión; aun desde su juventud, Bárbara Dahlgren fue una de las grandes especialistas en etnología de Mesoamérica, un saber que no se limitó nunca al recuento de rasgos y datos, sino que siempre hurgó en procesos sociales, culturales, políticos e históricos.

Acorde con el interés académico de su época, la maestra Dahlgren se preocupó siempre por afinar modelos (que hoy llamaríamos teóricos) en lo que se sintetizaran la historia, la cultura y el pensamiento de los pueblos mesoamericanos en su generalidad. Producto de profundos ejercicios de discusión y documentación, la construcción de tales modelos no impidió —más bien alentó— el análisis de fenómenos particulares de la historia y la cultura mexicanas; con el mismo éxito enfrentó los estudios de la religión tradicional como los de la producción de textiles y colorantes; gustaba de visitar pueblos de artesanos y asistir a las festividades populares, transitar por las antiguas rutas de comercio y revisar y reseñar el flujo constante de libros, artículos e informes generados en el vasto campo de la antropología americana.

Al calificarla de maestra no sólo lo hago en referencia a su grado académico. Sobre todo, la maestra Dahlgren lo fue por su vocación de compartir sus conocimientos y sus variadas exploraciones en el mundo indígena mexicano. Para las más de treinta generaciones de estudiantes que tuvieron la fortuna de contarla entre sus profesoras, Bárbara fue una colega abierta a explorar nuevos terrenos y nuevas perspectivas. Fuera en el campo de la



etnografía, de los estudios de la religión o de la geografía humana, su visión siempre humanista alentaba en sus alumnos la curiosidad, la crítica y la rigidez metodológica.

Una de sus discípulas, aquí presente, la doctora Noemí Quezada, la recuerda con estas palabras: "Es una verdadera maestra, que orienta, dirige y estimula las investigaciones de sus alumnos, comentando, discutiendo o asesorando, para lo que siempre tiene tiempo. Se emociona frente a cualquier tema que sus alumnos proponen, y de inmediato proporciona la orientación bibliográfica, las indicaciones de archivos, y sugiere sitios posibles para el trabajo de campo". Sus enseñanzas siempre trascendieron las aulas y se implantaron vigorosamente en un constante y profundo compromiso con su país adoptivo. Es así como podemos comprender su participación destacada en el ámbito del servicio público, la divulgación y la difusión.

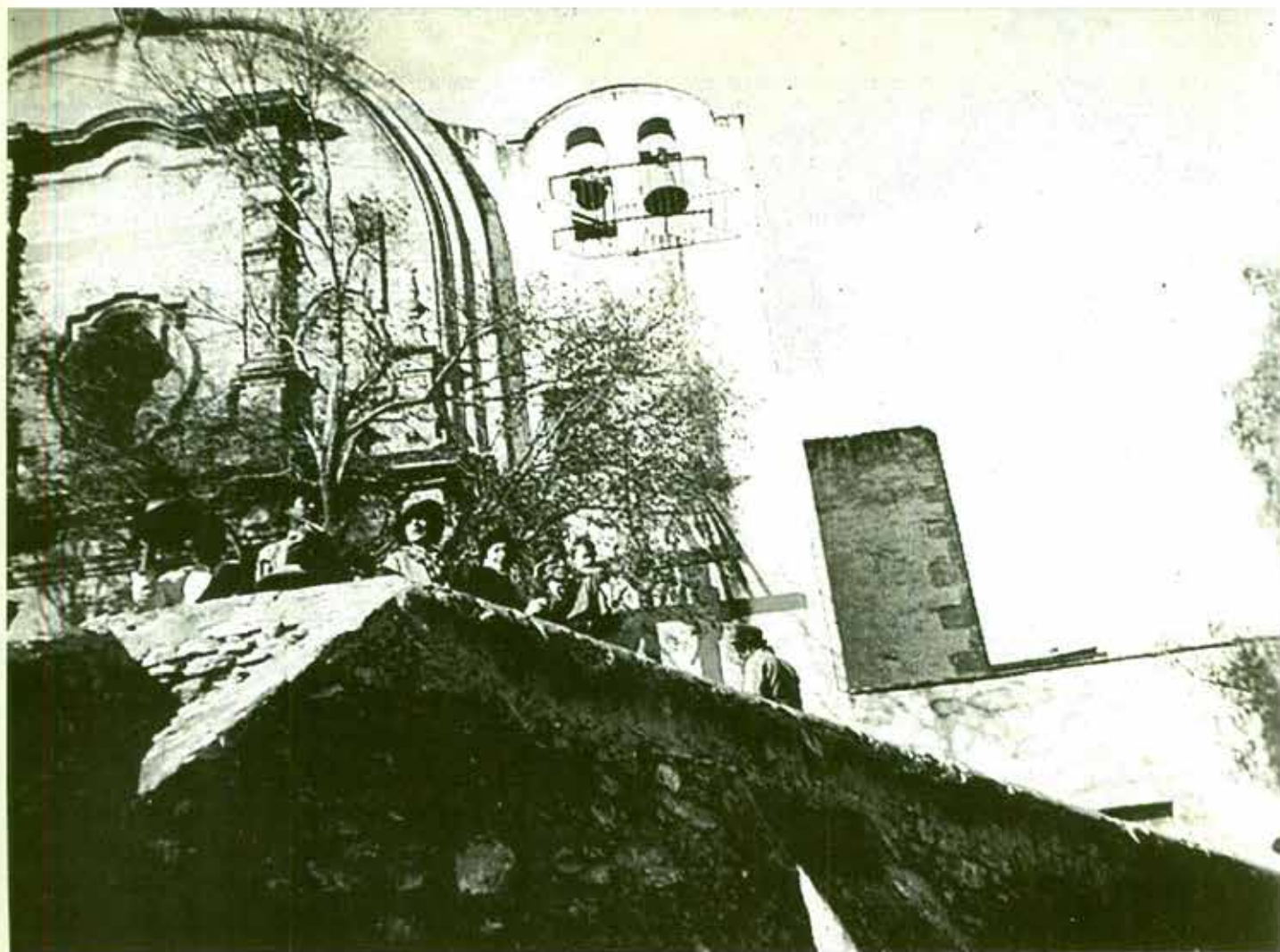
Directora fundadora del Departamento de Etnohistoria, subjefa del Departamento de Investigaciones Históricas, investigadora del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, curadora y encargada de la Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología, y curadora del Museo Nacional de

las Culturas, Bárbara Dahlgren extendió sus aportes más allá de las fronteras de la academia: dirigió ambiciosos y afortunados proyectos de investigación multidisciplinarios; promovió la creación de seminarios y fomentó la producción editorial; organizó y clasificó colecciones etnográficas y de fotografía; participó y colaboró en la organización de reuniones científicas de nivel internacional.

En todos esos campos, el ejemplo de Bárbara Dahlgren es uno de entrega, compromiso y búsqueda constantes.

Vivió ochenta y nueve años; edad extraordinaria, no sólo respecto del tiempo, sino aun mucho más en vista de los trabajos en que la empleó. En el homenaje que hoy le rendimos, es mi deseo no sólo recordar su espíritu inquieto y generoso, sino convocar a todos a revisar y continuar su obra, y refrendar aquí, en su presencia, nuestro propio compromiso con la tarea a la que ella dedicó toda su vida: la construcción de un conocimiento crítico, profundo y útil a la inagotable labor de reflexión sobre la obra y el espíritu humanos. Muchas gracias.

Museo Nacional de Antropología, 18 de julio de 2002.



Paseo en 1939.





Barbro Dahlgren en su natal Suecia.

## Semblanza de la maestra Barbro Dahlgren

Emma Pérez-Rocha\*

**B**arbro Dahlgren, maestra Dahlgren, Bárbara; diversas maneras de nombrarla, pero ante todo una presencia inolvidable: evocarla significa tenerla presente con enorme cariño y gran respeto.

Nació en la lejana Suecia, en la ciudad de Filipstad, el año de 1912. Llevó a cabo su instrucción básica en su país natal, y gracias a su enorme capacidad para el saber, a los 27 años ya había realizado estudios sobre diversas lenguas y consecuentemente conocía parte de la cultura correspondiente a cada una de ellas. Primero estudió alemán, luego francés y posteriormente inglés y, desde luego, español. Esa misma capacidad debió mantenerla en una persistente inquietud por saber de otras culturas, y de ahí nació en ella un creciente gusto por las de África y América, continente al que habría de dirigirse.

Así, llega a México en 1939, y casi de inmediato y después de recorrer la ciudad y plasmar en fotografías lo que más llamó su atención (desde monumentos hasta una manifestación en el Zócalo a favor del candidato presidencial Manuel Ávila Camacho), parte a su primer recorrido por la Mixteca. Al año siguiente, 1940, ingresa a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de reciente fundación.

En esa época, importantes maestros, puntales de la antropología, impartían cátedra en la Escuela y fueron fundamentales en la formación de la maestra Dahlgren y en su inclinación hacia determinadas temáticas, enfoques y métodos. Los maestros que más la influenciaron fueron:

El Prof. Jiménez Moreno, quien la introdujo al fascinante ámbito de las fuentes documentales, en varias de sus acepciones y como complemento del quehacer en la investigación de campo en la que se inició, antes de su ingreso a la Escuela, a través de sus recorridos por la Mixteca.

Por parte del Prof. Roberto Weitlaner recibió todo ese gusto y aprecio por los materiales etnográficos, que le permitió dar vida al más insignificante objeto material ubicándolo en su contexto exacto y reconociendo su valor dentro de la cultura que lo produjo.

\*Investigadora de la Dirección de Etnohistoria del INAH.



Bajo la guía del maestro y geógrafo Jorge A. Vivó se inició en los estudios de la antropogeografía, que le proporcionaron elementos de explicación a sus estudios regionales. Y por último está Paul Kirchhoff, de quien recibió la influencia hacia el estudio de temas históricos y etnológicos; asimismo, tomó de él algunos planteamientos, para aplicarlos en sus primeras investigaciones.

A continuación haremos una breve reseña de los trabajos de la maestra Dahlgren, catalogados inicialmente dentro de la historia antigua o de la etnología diacrónica o histórica, y que posteriormente han sido definidos como etnohistóricos, siendo señalados además como base de su trabajo posterior.

Al postular el concepto de Mesoamérica en 1943, Kirchhoff propone la definición del concepto de área cultural, por medio de la distribución de algunos complejos y rasgos etnográficos provenientes, en su mayoría, de fuentes y en menor grado de la arqueología.

Este postulado marcó los primeros trabajos de la maestra Dahlgren, junto con el intento de periodificación histórica de las sociedades que estudiaba. En este intento, junto con la influencia de Kirchhoff está ya presente la del Prof. Jiménez Moreno. El trabajo "Etnografía prehispánica de la costa del Golfo", presentado en la Mesa Redonda de la sma, "Huastecos, totonacas y sus vecinos", tuvo

con toda probabilidad como contexto el proyecto de investigación etnológica sobre los totonacas del Tajín, llevado a cabo a raíz del convenio celebrado entre la Escuela Nacional de Antropología y el Smithsonian Institute.

En esta investigación, a los datos obtenidos por Kirchhoff de las fuentes, la maestra añadió los aportados por la arqueología y la etnología moderna, lo cual le permitió la división de la costa en dos subáreas: la totonaca y la huasteca. A la vez, los resultados de sus investigaciones lingüísticas e históricas le permitieron plantear tres posibles horizontes: el huasteco-mayance, el pretolteca y circuncaribe con rasgos de la costa pacífica de Centroamérica, y por último el tolteca olmeca. Dicho estudio se inscribe en las tendencias de la época, como fueron la inclinación a la investigación de regiones bajo todos los aspectos antropológicos, y el estudio de área, tomando como punto de partida el reconocimiento de lo que se dio en llamar una superárea, es decir, Mesoamérica, así como el interés de señalar la periodificación de una cultura dada, en relación con otras áreas de Mesoamérica e incluso fuera de su ámbito.

En su breve trabajo *Algunas consideraciones acerca de Mesoamérica y el Caribe*, fechado en 1953 y producto de las investigaciones realizadas bajo la dirección del doctor Kirchhoff, continúa sus



Kennet Pike, su esposa, Barbro Dahlgren y Jiménez Moreno en Chapultepec.





En la Mixteca, 1941.



inquietudes sobre la relación entre esas dos áreas y es ella misma quien años después, en el homenaje a Kirchhoff, nos indica "la importancia que puede resultar de enfocar algunas áreas que hoy llamamos Mesoamérica marginal o periférica con un criterio circuncaribe, como podría ser el caso de la cultura huasteca, por una parte y el occidente de México por otra".

Una de las obras de más relevancia de la maestra Dahlgren es *La Mixteca, su cultura e historia prehispánica*, de la cual definiré el contexto en que se produjo. En primer lugar la elección del lugar, la Mixteca, estuvo condicionada por las circunstancias. A raíz de la fundación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1939, nos dice la maestra Dahlgren que "con el doctor Kirchhoff a la cabeza de la especialidad de Etnología [...] la Escuela celebró una serie de convenios con diferentes instituciones y proyectos de investigación con el fin de que los alumnos pudieran participar en los trabajos de campo. Luego pero muy paulatinamente fueron ingresando al Departamento de Etnología".

Dos fueron las regiones escogidas para estas investigaciones: Oaxaca y Guerrero. En ese tiempo, el Prof. Jiménez Moreno asumió el cargo de director del indicado Departamento y una de sus primeras resoluciones fue planear una investigación interdisciplinaria sobre Oaxaca. Al respecto, nos dice la maestra Dahlgren: "El Dr. Comas y Carlos Basauri, acompañados por los pasantes Eusebio Dávalos y Arturo Monzón, se establecieron entre los triques de los chichahuaxtlas; la Dra. D'Aloja y la pasante Hanna Faulhaber realizaron investigaciones de antropología física entre los chinantecos, mientras que el folklorista Raúl Guerrero fue filmando fiestas y danzas entre los grupos de estudio".

La parte de la Mixteca Alta la cubrió el mismo Prof. Jiménez Moreno, y a este mismo proyecto se integró la maestra Dahlgren, tomando contacto con esta área, que sería a lo largo del tiempo su favorita y a la que llegó a conocer a profundidad; su objetivo: realizar una investigación etnográfica e histórica.

Por lo que se refiere a las influencias del exterior hacia la antropología mexicana, la corriente proveniente de la Universidad de California en Berkeley, con Kroeber y sus discípulos a la cabeza, fue tomando paulatinamente forma. Inician sus trabajos en el noroeste de México y van bajando hasta llegar a Oaxaca y el área tarasca; en esta corriente, entre algunos de sus fines estaba la reconstrucción histórica de la cultura.

Desde antes de sus inicios como estudiante, la maestra Dahlgren tomó contacto con la Mixteca, a la que estudió, como hemos indicado, a la luz de las influencias de los diferentes maestros que impartían cátedra en la Escuela, y a la vez siguió en parte las corrientes antropológicas de la antropología nortea-

mericana, en especial de la Escuela de Berkeley. Esta pluralidad de pensamientos da forma a la obra ya mencionada sobre la Mixteca, en un intento, como ella misma lo dice, de establecer horizontes culturales y cuyo resultado fue más allá de este objetivo, pues produjo una obra clásica de la antropología mexicana integral, al conjuntar el trabajo de campo de la etnología, la información lingüística, los datos proporcionados por la arqueología y el análisis de fuentes primarias del siglo XVI y de códices prehispánicos y coloniales.

Años más tarde, en la *Summa Anthropologica: Homenaje a Roberto J. Weitlaner* publica, en la misma línea hasta aquí seguida en sus investigaciones, "Sobre algunos aspectos de la etnología prehispánica de Chiapas".

En 1970, en el XXXIX Congreso de Americanistas celebrado en Perú presenta el trabajo "Instituciones indígenas en el México colonial"; en él se hace patente su preocupación por los indígenas actuales y aflora uno de sus lineamientos: conocer el pasado para entender el presente; la certidumbre de la existencia de una fuerte vinculación entre el pasado histórico y el presente.

Una de las tareas importantes dentro de la etnohistoria, a través del tiempo, ha sido el rescate y publicación de fuentes documentales; en esta directriz aparece su libro *Nocheztli. La grana cochinilla*; en él, mediante una acuciosa investigación plasmada en la introducción de este trabajo, nos da



Barbro Dahlgren con sus hermanos.





Barbro Dahlgren en su casa de Tepoztlán.

a conocer la importancia de la grana para la economía novohispana, además de proporcionar datos sobre su cultivo y producción.

Se conforma el libro por una serie de documentos, entre los que sobresale el expediente integrado por varias instrucciones y un documento legal sobre el beneficio de la grana en Oaxaca, entre otros temas, todos reunidos en un legajo por los frailes del convento de Santo Domingo de Oaxaca y localizados por don Antonio Pompa y Pompa en el coro del antiguo templo de la Compañía de Jesús en Morelia. Los otros documentos que integran el estudio son: una petición al corregidor de Oaxaca para que se envíen peritos en el cultivo de la grana cochinilla, un registro, y por último, una tabla sobre la producción de la grana en el siglo XVIII y primera mitad del siglo XIX en la Nueva España.

En el mismo sentido de acercamiento a las fuentes documentales, y a raíz del descubrimiento del monolito de la Coyolxauhqui, se le encargó al Departamento de Etnohistoria, al frente del cual se encontraba la maestra Dahlgren, una investigación

documental que complementara y fuera base de la investigación arqueológica realizada en el sitio del Templo Mayor. Se formó un equipo encabezado por ella e integrantes del Departamento que se abocó "al análisis de 21 fuentes y crónicas redactadas en el siglo XVI, entre ellas las escritas por testigos presenciales, es decir los conquistadores; los descendientes de la nobleza indígena, diversos funcionarios de la Corona española y por frailes y clérigos, que en alguna forma tratan o se ocupan de lo que en aquel entonces se conocía o pretendía conocer del corazón de la antigua Tenochtitlán, del Recinto Sagrado con su templo Mayor [...] y de las construcciones aledañas, así como las deidades adoradas y las fiestas relacionadas con ellas".

Sin embargo, el nexo de la maestra Dahlgren con la etnohistoria nunca se rompió, y en ese sentido su inquietud, las condiciones propicias del momento y los antecedentes existentes (entre los que podemos contar la creación del CISINAH y la separación, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de la especialidad de etnohistoria de



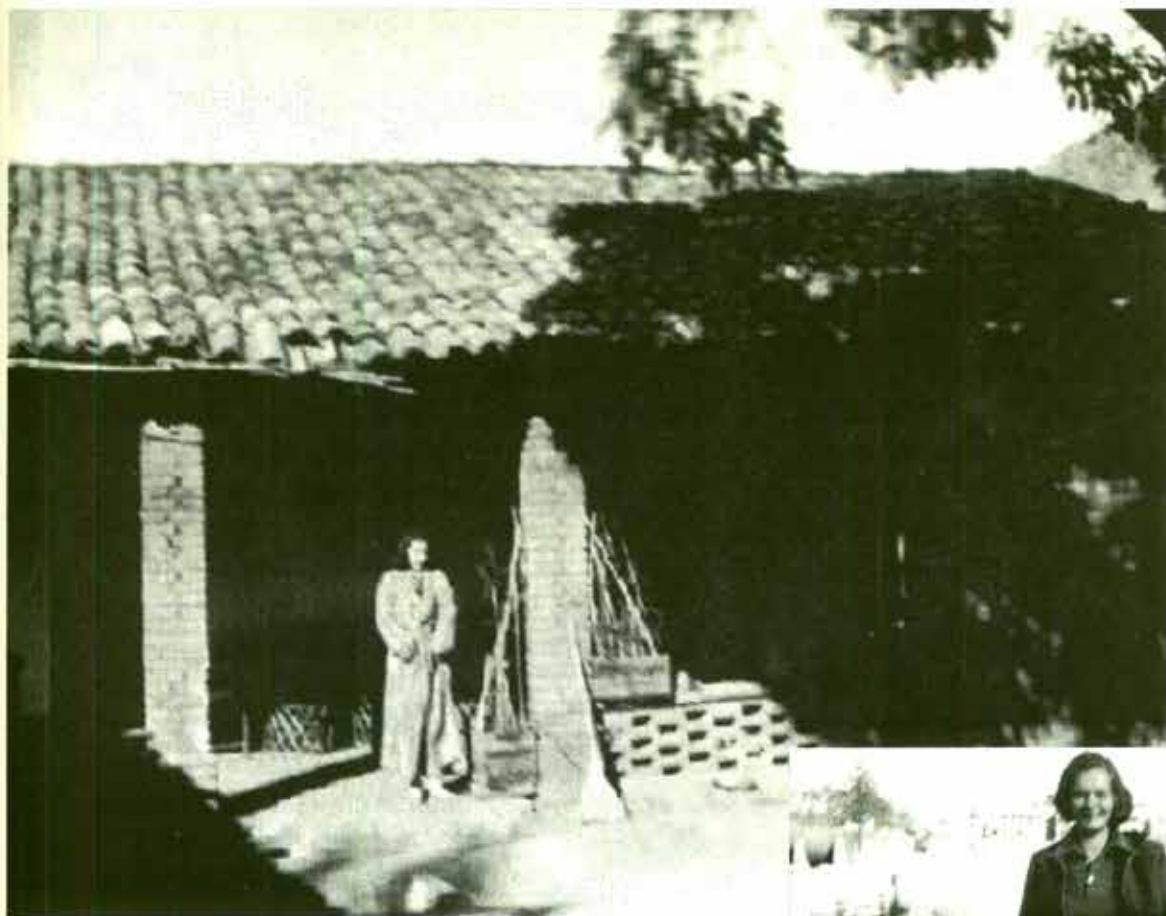
la de etnología y las diferentes ideas que se generaron en torno a la etnohistoria) hacen que se constituya en fundadora del Departamento de Etnohistoria del INAH.

En 1976 el Prof. Jiménez Moreno había hecho el intento de instaurarlo bajo finalidades y objetivos muy concretos, teniendo como base una serie de investigaciones organizadas en programas; sin embargo, las condiciones no fueron propicias y su idea no prosperó. Al año siguiente, la maestra Dahlgren propuso la creación del Departamento al Prof. Gastón García Cantú; la proposición fue atendida esta vez, creándose el 1 de julio de 1977; se abocaría a realizar investigaciones sobre la Cuenca de México, a las que se irían sumando otras áreas con el ingreso de un número mayor de investigadores al recién fundado Departamento.

Aparte de la creación del Departamento de Etnohistoria del inah, en esta misma institución fue subjefa del Departamento de Investigaciones Históricas (1968-1970) y jefa de la Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología (1970-1973).

En la unam fundó el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras y fue investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas a partir de su jubilación en el inah. Su dedicación a la docencia comenzó tempranamente, en 1947, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, donde se convirtió en toda una institución. Además impartió clases en la unam, en el Mexico City College y en la Universidad de las Américas.

Para finalizar, quisiera enfatizar el papel primordial de la maestra en lo que podríamos llamar "docencia informal". Es decir, si su papel en la cátedra fue importante, fue mayor en su trato directo, en las salidas al campo, en el trabajo cotidiano, en las asesorías de tesis, en las discusiones de trabajo, en su preocupación constante por nuestro quehacer personal; era allí cuando uno aprendía, cuando sentía y captaba todo el potencial de su conocimiento que no guardaba para sí, sino al contrario, emanaba de ella en un fluir interminable, enriqueciéndonos y estimulándonos a seguir adelante. Gracias por ello maestra.

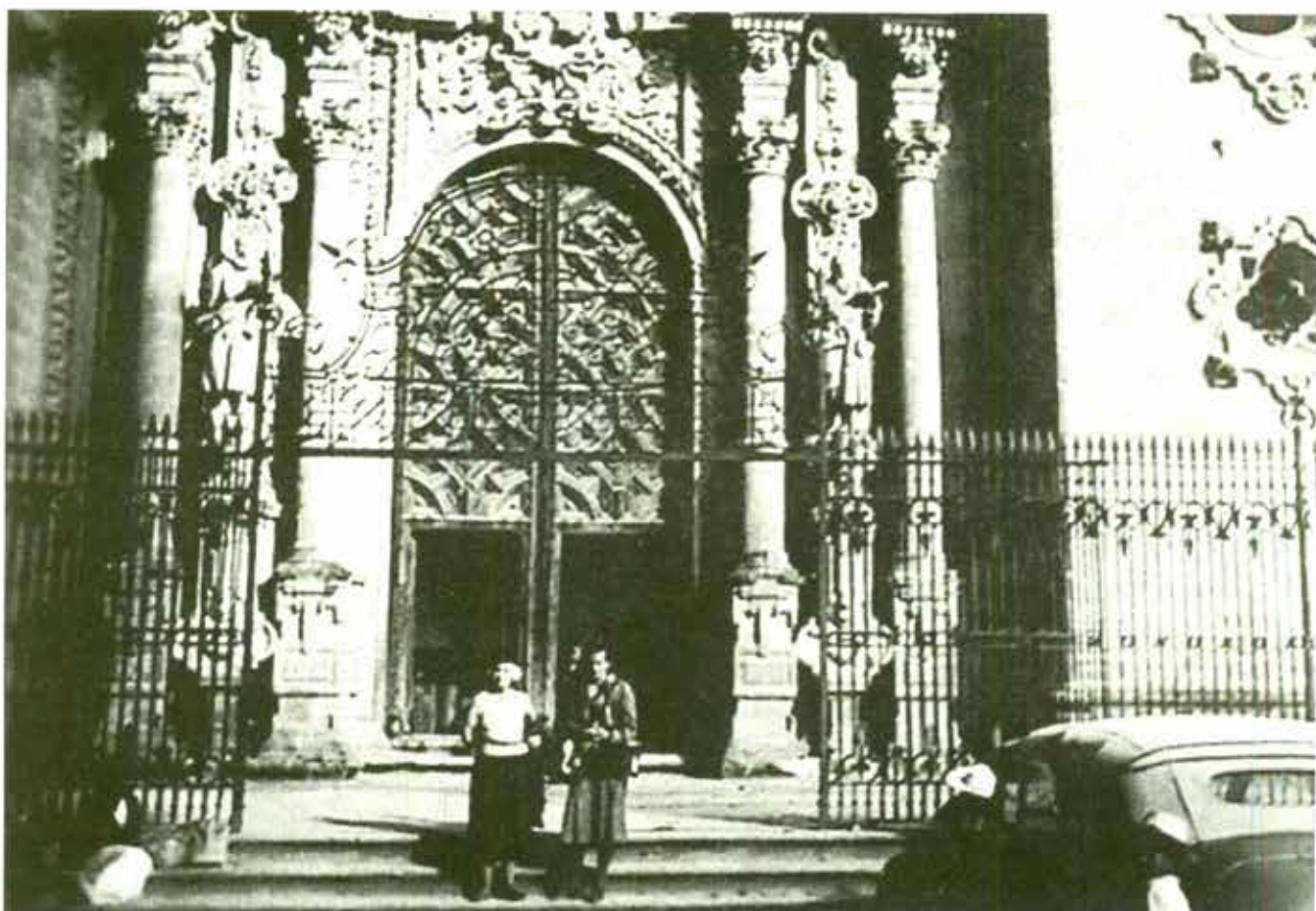


Barbro Dahlgren en su casa en Tepoztlán.



Barbro Dahlgren.





Taxco 1939.

## La maestra Dahlgren y la etnografía

José de Jesús Montoya Briones\*

**S**in duda la maestra Barbro Dahlgren era una de las últimas figuras que nos quedaban de esa gran tradición del saber y formación integral en el campo de la antropología. Su sólida formación en las áreas de la etnología, la historia, la etnografía y la geografía así lo atestiguan. Cosa igual se puede decir de la importancia que le daba al trabajo de campo, lo mismo en la práctica personal como en la docencia que por tanto tiempo ejerció. Resultaba admirable el contraste de su sencillez y cordialidad en el trato humano cotidiano con los amplios conocimientos de que estaba dotada. Esta característica hace recordar a figuras señeras de la época clásica en que le tocó formarse en nuestra Escuela, tales como los maestros Weitlaner y Bosch Gimpera.

En un trabajo publicado en 1975, en el que habla de los principios de la etnografía y la etnología moderna en México desde 1890 hasta los sesentas del siglo pasado, la maestra Dahlgren nos muestra sus concepciones al respecto, tanto en sentido genérico como –pero sobre todo– en lo particular para nuestro país. Nos señala así que: “Por etnografía (y/o) etnología mexicana se ha entendido tradicionalmente los estudios que se centran en aquellos grupos de mexicanos, que por diversos factores se han considerado como indígenas, indicando con ello grupos o comunidades que no están ni se sienten identificados con la sociedad nacional, o lo están sólo parcialmente”.

\*Investigador del Centro INAH-Zacatecas.



Estemos o no de acuerdo con esta definición, lo cierto es que la maestra dedicó parte importante de su quehacer profesional al estudio de tales grupos y comunidades, lo mismo haciendo trabajo de campo que consultando archivos y fuentes históricas diversas, circunstancia que la condujo a realizar aportaciones destacadas al respecto, como es su clásico volumen sobre la región Mixteca. Al profundizar en los estudios mencionados pronto se convirtió en la especialista que durante muchas décadas impartió la cátedra de etnografía antigua y moderna de México, y fue tan amplia su visión, que de acuerdo con la autorizada opinión de la colega Noemí Quezada era la antropóloga que mayor conocimiento tenía sobre los grupos indígenas mesoamericanos.

Pero no sólo era poseedora de tal virtud, sino que en su afán de realizar comparaciones —que por otro lado constituye un aspecto básico en la investigación etnográfica— extendió su interés hacia otros grupos étnicos del mundo, tales como los del Caribe, los de Sudamérica e incluso los de África y Oceanía, cosa que la condujo también a impartir seminarios sobre tales áreas. Algo similar se puede decir del atractivo que ejerció sobre ella la temática en torno a la mitología, la religión y la magia, tocándome aquí en lo personal la oportunidad de cursar un interesante seminario sobre el carácter del curandero que impartió en el doctorado de antropología de la UNAM.

El vasto campo de los intereses de la maestra Dahlgren se ve reflejado en la variedad de grupos étnicos, temas y regiones que abordó en sus estudios, cosa que por supuesto es observable en sus publicaciones. De esta manera, desfilan en ellas grupos, materias y temáticas tales como los nahuas de Jalisco, los coras de Nayarit, los huicholes, los purépechas, los mazahuas y matlatzínca, la etnografía

y la historia de los mixtecos, las artes textiles entre los grupos indígenas de México, el *Nocheztli* o grana cochinilla, la costa del Golfo y su etnografía prehispánica, Mesoamérica y el circuncaribe, cambios socioeconómicos en la Mixteca del siglo XVI, ciclo de vida en la época prehispánica, en fin, pinturas rupestres y prehistoria de Baja California.

En su trabajo mencionado sobre la etnología y etnografía de México menciona con modestia que es un “primer esbozo” sobre los avances logrados en tales materias desde 1890 (etapa a la que denomina de la “etnografía empírica”), hasta llegar a los sesentas, cuando señala que ya se tiene en México “una etnología propia bien establecida”. Durante ese lapso, de alrededor de 80 años, resalta que coexisten investigadores “pertenecientes a diferentes tradiciones y escuelas europeas y norteamericanas y aun hay aquí quienes desarrollan nuevos enfoques teóricos, marcando así etapas significativas”.

Dicho primer esbozo, realizado en un total de 25 cuartillas, aparece muy bien documentado y hasta se podría aventurar que por lo abigarrado y denso de sus datos da la impresión de que la maestra proporciona una muy amplia información en poco espacio. Considera que en términos generales el panorama que presenta la etnografía y etnología en México es de un acervo considerable en relación con el acopio de trabajos, aunque éstos adolecen de una gran desigualdad en cuanto al tiempo, a las regiones y a los grupos estudiados, además de la variedad de enfoques que reflejan no sólo escuelas y finalidades científicas, sino intereses individuales y modas. Estima que si bien, visto en su conjunto, el panorama es bastante desarticulado, por otra parte se observan áreas con una sólida documentación, tales como la maya, la tarasca, la tzeltzal-tzotzil, así como partes de Oaxaca.



Fernando Jordán, esposo de Barbro Dahlgren.



Por supuesto que también resaltan en el mencionado trabajo de la maestra autores y obras pioneras e importantes para la historia de la antropología en México; el contraste o la diferencia de apoyos con los que cuentan los investigadores extranjeros y los nacionales; la influencia que ejerce el medio social en el que nacen y crecen algunos investigadores notables en relación con sus intereses y habilidades, y hasta menciona el caso de ciertos investigadores que sienten o sintieron como sus feudos aquellas áreas a las que dedicaron su esfuerzo y atención. Señala con acierto que es necesario juzgar a los investigadores dentro de su tiempo y considerando las escuelas a las que pertenecieron.

En cuanto al primer punto, que tiene que ver con las obras pioneras importantes, señala, entre otras, la del naturalista noruego Carl Lumholtz, que en la última década del siglo XIX realiza varias expediciones por la Sierra Madre occidental y produce las conocidas obras *El México desconocido*, y la que versa sobre el *Simbolismo huichol*. Poco después, ya entre 1905 y 1906, el etnólogo alemán K. T. Preuss, estimulado por los trabajos de Lumholtz, permanece entre coras, huicholes y mexicaneros y logra recopilar 300 mitos y leyendas de estos grupos. Considera la maestra Dahlgren que la ciencia etnográfica y etnológica mexicana contemporánea nace en plena revolución, uno de cuyos primeros pasos fue la fundación de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología en 1910. En dicha Escuela y en la Universidad de Columbia se forma el Dr. Manuel Gamio, quien en 1922 sorprende con su conocida e importante obra *La población del valle de Teotihuacán*, que es el resultado —como lo recalca la maestra— de la primera investigación interdisciplinaria de antropología regional en el mundo.

Cuando la maestra Barbro cita la obra en tres volúmenes de Carlos Basauri, *La población indígena de México*, aprovecha para hacer el comentario de que Basauri, por ser hijo de hacendado, tenía una clara ventaja en el trabajo de campo, “sobre nosotros, pobres mortales”, con “lento deambular y frecuentes paradas”, ya que aquél era un consumado jinete. Asimismo, confiesa que otros, como Pedro Carrasco “preferían de plano andar a pie”. Señala que también era hijo de hacendado don Miguel Othón de Mendizábal, y que el mismo Dr. Manuel Gamio, cuando era joven, había pasado dos años en una hacienda, por lo que concluye que esto “hace pensar que la raíz del hondo sentido social de ambos se encuentra en sus íntimos conocimientos de la vida en el campo mexicano”.

Y ya adentrándonos en sus comentarios en relación con las vocaciones y el trabajo de campo, mencionaremos que cuando habla de la obra *The Huichols: Primitive Artists*, de Bennett y Zingg, comenta que por qué no decir que los autores disponían “del

tiempo, el dinero y el entusiasmo necesarios” para realizarlo. Más adelante sostiene la maestra que “en el medio antropológico mexicano suele hablarse mitad en broma, mitad en serio de feudos, como el de Gertrudis Duby de ciertos grupos lacandones sobre los que viene publicando desde 1944”. Al respecto, también menciona al etnólogo de la Universidad de París y de la Misión Arqueológica y Etnológica Francesa en México, Guy Stresser-Péan, de larga permanencia en la región Huasteca, y quien ha publicado “hasta ahora” relativamente poco, no obstante que la maestra reconoce que “puede decirse que sus conocimientos sobre los huastecos y grupos colindantes son casi enciclopédicos”. Asimismo, en relación con el trabajo de campo, le toca hacer un emotivo comentario al hablar de la obra etnológica de uno de sus maestros, el ingeniero Roberto Weitlaner, en ocasión de su homenaje, cuando declara que “la escuela antropológica número uno de Weitlaner ha sido el campo —que conoce como pocos—; su guía, el gran cariño que le profesa, y su meta, rescatar en forma sistemática lo más que se pueda de la lingüística y etnografía mesoamericanas”.

En su recorrido por las obras y autores importantes de la etnología mexicana señala a Julio de la Fuente con su monografía *Yalálag, una villa zapoteca serrana*, y a Ricardo Pozas con la suya sobre San Juan Chamula, y considera que “el valor de estas investigaciones es incalculable”, ya que “por vez primera se logra una visión de conjunto de cada una de las variantes locales estudiadas de la cultura del indígena mexicano y su diverso grado de aculturación y participación en la cultura indo-mestiza”. En relación con su propio maestro, Weitlaner, resalta su descubrimiento de una extensa red de peregrinaciones que abarca gran parte del estado de Guerrero y regiones colindantes de Morelos y del Estado de México, red que obedece a una organización religiosa en capillas y hermandades. Menciona también de Weitlaner su *Encuesta etnográfica en el estado de Guerrero*, en la que observa en 39 pueblos la suma de 1 700 rasgos, 200 de los cuales fueron puestos en mapas, tratándose de datos sobre organización socio-religiosa, ciclo de vida, cultura material y costumbres.

Por último, es necesario enfatizar que si hablamos de manera global sobre la obra etnográfica y etnológica de la maestra Barbro Dahlgren, aparecen siempre como inseparables, metodológicamente hablando, el tratamiento histórico y el etnológico, el etnográfico y el etnohistórico. Así se ve con claridad en sus aportaciones, ya sea que se trate del estudio de la Mixteca, del de la grana cochinitilla, del que versa sobre las artes textiles entre los grupos indígenas de México, o bien del que trata sobre el ciclo de vida en la época prehispánica. Era este enfoque metodológico su forma natural de investigar.





En Teotihuacan.





Foto no identificada.

## Barbro Dahlgren, la maestra

Noemí Quezada\*

**E**n este homenaje a la maestra Barbro Dahlgren centraré mi participación en una de las áreas de investigación que desarrolló a lo largo de toda su vida académica: los estudios sobre religión y cómo éstos trascendieron en sus discípulos, entre los cuales tengo el honor de contarme.

En la ENAH, a la que ingresó en 1940, la maestra recibió la influencia de cuatro de sus maestros: el ingeniero Roberto Weitlaner, el profesor Wigberto Jiménez Moreno, el doctor Paul Kirchhoff y el doctor Jorge A. Vivó, quienes con sus enseñanzas la formarían como etnóloga, con un sólido conocimiento en historia y geografía.

En lo que concierne a la investigación, la primera aportación significativa de la maestra en el campo de la religión fue en la zona cora-huichol, con su trabajo *Semejanzas y diferencias entre coras y huicholes en el proceso de sincretismo*, en 1964. Coordinando equipos de investigación en este campo editó una importante obra, en la cual colaboraron varios de los compañeros del entonces Departamento de Etnohistoria, *El Corazón de Copil. El Templo Mayor y el Recinto Sagrado*, en 1982.

Un aspecto que quiero resaltar es su papel como presidenta de la Sociedad Mexicana para el Estudio de las Religiones A.C., cargo que desempeñó durante 10 años, periodo en el que organizó, en el marco del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, tres coloquios sobre Historia de la Religión en Mesoamérica y Áreas Afines, cuyos resultados aparecieron en tres volúmenes editados por ella en los años de 1987, 1990 y 1993. La especialidad de Etnología del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, con la aprobación del Consejo Interno, ha decidido organizar el IV Coloquio sobre Religión en Mesoamérica en el

\*Investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.





Barbro Dahlgren en Tepoztlán.

año 2003, que llevará su nombre, Barbro Dahlgren, en reconocimiento a su trayectoria en esta línea de investigación, incorporándose así a los cuatro coloquios del Instituto en honor a ilustres maestros: Bosch Guimpera de arqueología, Paul Kirchhoff de etnología, Juan Comas de antropología física y Mauricio Swadesh de lingüística.

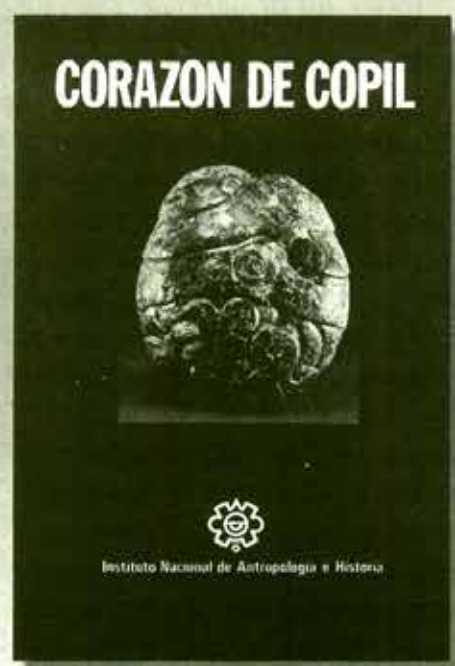
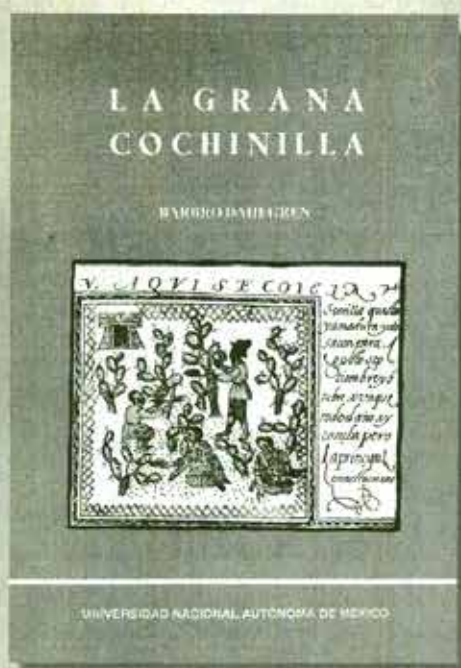
La maestra Barbro Dahlgren se inició en la docencia en 1947, impartiendo cursos y seminarios de posgrado en la Escuela Nacional de Antropología e Historia y en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM; así como en el Mexico City College y en la Universidad Iberoamericana.

Fue precisamente en la ENAH que, en los años sesenta, fui su alumna. Como parte del programa de la carrera de etnología, cursé con la maestra "Etnografía antigua de México y Centroamérica", en la cual trataba las diferentes culturas indígenas, destacando de manera especial su organización religiosa, con un método comparativo y un enfoque histórico. Fue para mí el primer acercamiento a la etnografía, cuyo interés se acrecentó con las visitas que entonces le hacía en el antiguo Museo Nacional de Antropología, en el cual era investigadora. Como parte del interés que despertó en mí la etnografía, llevé otro curso con la maestra Dahlgren: "Culturas de África y Oceanía", complemento necesario

para tener un panorama etnográfico más amplio. En esta materia optativa, además de los aspectos sobre la cultura material, la maestra analizaba la cosmovisión de los grupos africanos y la función de la religión que estructuraba a las sociedades; explicaba el ritual en torno al cual gira la vida de estos grupos, haciendo constantes referencias a las culturas indígenas de México. La vehemencia con la que hablaba en este curso me hizo preguntarle, años más tarde, el por qué de esa pasión cuando hablaba de los grupos africanos, tan semejante a la que mostraba por los indígenas de México. Su respuesta fue sencilla: en su estancia como estudiante en París y Londres se consolidó su interés por las culturas americanas y africanas; sentía la necesidad de formarse como etnóloga para estudiarlas; indecisa entre venir a México o irse al África, que también la atraía, eligió nuestro país y nos dio la oportunidad de formarnos con ella, admirarla y quererla.

En los últimos semestres de la carrera de etnología, la maestra impartía la materia "Mitología, religión y magia", que sirvió de introducción teórica, para muchos de nosotros, en los estudios sobre religión. La maestra, con pasión y sabiduría, explicaba en sus clases cuál era la función de la religión en una cultura; cómo el hombre se relacionaba con lo





sobrenatural para explicar el cosmos, la naturaleza y lo social y, dentro de su estudio, la importancia del mito y el rito —de manera especial, la magia—. Nos hizo reflexionar sobre estos temas en sociedades tanto mesoamericanas y africanas como europeas y asiáticas. En los trabajos de fin de curso, algunos de los cuales se encuentran en su acervo documental depositado actualmente en el IIA-UNAM, donado generosamente por sus hijos, destacan los intereses de esos alumnos, más tarde investigadores, varios de los cuales se dedicarían al estudio de la religión. Cada uno de nosotros escogía un tema, entre los muchos que ella había mencionado durante el curso; así, yo elaboré un trabajo comparativo entre 10 mitos de creación de diferentes grupos indígenas, trabajo que interesó a la maestra y permitió un acercamiento más estrecho con ella.

Los conocimientos impartidos en estos cursos, aparentemente monográficos, reflejaban su sólida formación teórica histórico-etnográfica-geográfica, lo que entendí más tarde, cuando fui su ayudante en el Departamento de Investigaciones Históricas del INAH para trabajar en el valle de Toluca, en el marco del proyecto general del Departamento sobre los Valles Centrales, que coordinaba el profesor Wigberto Jiménez Moreno. Juntas hicimos viajes de trabajo de campo en la zona de estudio; entonces aprendí, con la práctica empírica, que para entender el presente hay que conocer el pasado y para entender el pasado hay que conocer el presente, como lo había postulado uno de sus maestros, el doctor Kirchhoff. Bajo su tutela adquirí mi formación etnográfica; no era fácil, ella tenía una capacidad de observación poco común y exigía una respuesta similar de sus alumnos. La maestra recordaba con nostalgia esa época, en la que un grupo de sus alumnos, formado por Antonio García de León, Otto Schumann, Álvaro Brizuela y Manuel Alvarado, en ocasiones, con el maestro de todos, el ingeniero Weitlaner, recorríamos los fines de semana esta zona otomí-mazahua-matlatzincanahua del valle de Toluca. Bajo su dirección realicé mi tesis de maestría, la cual le dediqué en reconocimiento al empeño puesto en mi formación.

Antes y después de ser su alumna y ayudante, siempre generosa aclaraba mis dudas y las de todos, en diálogo permanente y cotidiano. Con su experiencia, sabiduría y sentido del humor característico despertaba nuestro interés por nuevos temas de estudio; nunca existieron para ella intereses pequeños; con sus comentarios y conclusiones los hacía relevantes.

Cada uno de sus alumnos ocupaba un sitio especial en su vida, a todos nos quería y apoyaba, nos hacía sentir especiales, con ideas y proyectos siempre interesantes.

Por desgracia, la luz que ella representaba en nuestra vida académica y personal se fue apagando poco a poco, hasta abandonarnos para siempre.



# Mis recuerdos de Barbro Dahlgren de Jordán por las salas de los museos

Beatriz Barba de Piña Chán\*



Barbro Dahlgren en el Arbol del Tule, 1939.

**C**onsidero un gran honor haber sido designada para reseñar ante ustedes el trabajo museológico de una investigadora tan destacada como la Mtra. Dahlgren, querida y respetada por todos los que aquí estamos. Trataré de hacerlo justa y brevemente.

Nació en Suecia, creció en Alemania y completó su educación en Francia e Inglaterra. A México llegó como uno de tantos jóvenes científicos europeos que estaban empezando a rendir resultados, justo en el momento en que estalló la Segunda Guerra Mundial; poseía sólidas bases teóricas pero sólo un principio de experiencia. Tenía 24 años y había decidido estudiar a la población nativa de América o de África; las contingencias del movimiento armado la obligaron a venir acá.

Se inscribió en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en 1940, en la carrera de etnología, y sus principales mentores académicos fueron el Mtro. Wigberto Jiménez Moreño, el Ing. Roberto Weitlaner, el Dr. Paul Kirchhoff y el Dr. Jorge A. Vivó, según nos cuenta la Dra. Noemí Quezada. Sin embargo, yo la oí mencionar a otros antropólogos europeos que la inquietaron para que se abocara a las culturas nativas de México.

Se recibió en 1950 con un trabajo sobre la Mixteca, cuidadoso, concienzudo y definitivo, pero desde 1945 estaba dando clases en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, impartiendo las materias básicas de su carrera, como etnografía antigua de México, de América, del Viejo Mundo, culturas de África y Oceanía, y mitología, religión y magia. Había que tomar todas porque redondeaba muchos conceptos y se proyectaba a todo el mundo. La Mtra. Dahlgren dividía su tiempo en su proyecto de investigación, sus clases en la ENAH, en la UNAM y en el Mexico City College.

\*Investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH.



## Ahora vamos a la museología:

En 1952, siendo director del Museo Nacional de Antropología el Dr. Eusebio Dávalos Hurtado, cuando ese museo aún estaba en la calles de Moneda No. 13, le solicitó a la Mtra. Dahlgren que se encargara de las colecciones de etnografía indígena de México y pasó a ser la responsable de la bodega de esos materiales; también le pidió que hiciera una sala de Etnografía Mexicana, y en 1953 se inauguró en el espacio que ahora está destinado a Sala de Usos Múltiples del Museo Nacional de las Culturas. Al entrar impresionaban las armas lacandonas, que portaba un maniquí con su atuendo original y una peluca de largo cabello que cubría su cara, pero también se exhibían textiles, destacando el famoso huipil de la Malinche, cerámica de Oaxaca, cestería de varias partes y diversos implementos de trabajo del campo. Poco nos duró el gusto porque la sala se convirtió en la de Culturas del Golfo y ostentó hermosos ejemplares de arte olmeca, totonaco y huasteco prehispánicos.

Recuerdo a la Mtra. Dahlgren con un cigarrillo en los labios, sin encenderlo, frente a una larga mesa de precioso trabajo del siglo XIX, llena de textiles, con una taza de café enfrente y murmurando frases referidas a algún material que trajera en las manos; frecuentemente estaba con Ingard Johnson discutiendo sobre tejidos, clasificándolos, dibujando su trama y su urdimbre y guardándolos con cuidado en cajas de cartón con bolitas de naftalina.

En ese año pasó a formar parte de la Dirección de Investigaciones Antropológicas que dirigía el Mtro. Javier Romero, y ella volvió a dedicarse sólo a estudios etnográficos, aunque seguía clasificando en la bodega sus propios materiales. La veíamos salir de su oficina, a las 10:30 de la mañana en punto, para

tomar un café, acompañada de Blanca Jiménez y Hanna Faulhaber, ambas antropólogas físicas.

Hacia 1960 empezó a planificarse el Museo Nacional de Antropología en el bosque de Chapultepec, y su contribución directa fue el guión de los nahuas de Tuxpan, Jalisco, para la sala respectiva, además de apoyar la clasificación de los materiales de la bodega para irlos entregando a los asesores de las nuevas exhibiciones de etnografía mexicana. Al ser inaugurado el nuevo museo la Mtra. Bárbara se fue con nosotros, con el Dr. Julio César Olivé y conmigo, para formar otro museo, diferente, que presentaría colecciones antropológicas del extranjero en el viejo edificio de Moneda No. 13. Así se resolvió porque era de las pocas personas que entonces había en México que dominara culturas, lenguas, etnografía y colecciones de todo el mundo.

Fue una fortuna que aceptara, del mejor grado y al primer intento, el nuevo cargo que representaba un reto formidable, al que ella se enfrentaba gratuitamente. Tuvo que separar los materiales que había, clasificarlos, hacer las listas de los objetos necesarios para redondear cada exposición, y en fin, que cambió la responsabilidad de una sala por la parte etnográfica de todo un museo.

Las colecciones que recibió en custodia eran, en su abrumadora mayoría, de etnografía y de historia: armaduras de samurai, armas japonesas, porcelanas de Oriente, pinturas chinas del siglo XIX, vestidos ainús, cabezas humanas reducidas de los jíbaros de Ecuador, piezas esquimales y del norte de Estados Unidos y sur de Canadá, cestería de Norteamérica, esculturillas hopis y zuñis, una gran colección de objetos de los Mares del Sur, objetos indígenas de Sudamérica y menudencias de otras partes. Había que separar por cultura, pensar si sería posible hacer una sala con ello, elaborar listas de materiales que



Mitla 1939.



completaran la visión que se quería dar, hacer guiones, cédulas, mapas, revisar el diseño de vitrinas adecuadas para que no se lastimaran los materiales, clasificarlos, vigilar su desinfección, en fin, todo un mundo de trabajo para el cual sólo tuvimos un año.

Durante ese tiempo se adquirieron muchos otros objetos y pequeñas colecciones: de la selva brasileña; una escena doméstica lapona completa que ella misma consiguió del *Nordiska Museet* de Suecia, su patria; una estupenda colección de arte africano; materiales diversos del sureste de Asia; objetos japoneses históricos, etnográficos y artísticos; un poco de arqueología y de artesanías chinas, además de piezas de aquí y de allá que enriquecieron y permitieron inaugurar el museo con 13 salas, 10 de las cuales eran de etnografía.

La Mtra. Dahlgren se dedicó principalmente a la sala de África y a la de los lapones, pero estuvo preocupada por ayudar a las salas de Oceanía, del sureste de Asia, de Centro y Sudamérica, de Norteamérica y de textiles de la India. Para todas tuvo que diversificarse, corregir y unificar cédulas; leía guiones, revisaba mapas y aprobaba presentaciones.

Después de la inauguración, debemos reconocerle el buen grado con que recibió una bodega revuelta, en la que había todo por hacer, además de una curaduría que se tenía que coordinar de principio a fin. Su trabajo no terminaba nunca. Después de abiertas las puertas al público, llegó una colección de trajes populares rumanos que llenó dos salas y significó un gran avance en las relaciones de la institución.

Sus publicaciones fueron sobre la sala de África y la de los Lapones,<sup>1</sup> pero estuvo pendiente de la preparación de uno de los números de la serie *Culturas del Mundo*,<sup>2</sup> otro de la *Serie Científica*<sup>3</sup> y diversos artículos de divulgación, mimeografiados, que se repartían al público.

Cuando se tuvo la oportunidad de hacer canjes de investigadores, la Mtra. Barbro Dahlgren fue a Polonia, conoció sus instituciones museísticas y dio conferencias sobre México y el Museo de las Culturas; a cambio, vino la Dra. María Frankowska, que impartió charlas sobre etnografía eslava, cátedras en la ENAH sobre lo mismo, y orientación a los investigadores del museo.

La Mtra. Bárbara dejó indeleble su presencia en el Museo de las Culturas; orientó e informó a los antropólogos que formaban su curaduría y los enseñó a clasificar, a formar archivos y a pensar inteligentemente la manera de aumentar las colecciones. En 1967 recibió el ofrecimiento de ir con el cargo de subdirectora a Investigaciones Históricas del INAH, que entonces se encontraba en el Castillo de Chapultepec. Fue una oferta tentadora porque la categoría administrativa era envidiable. Sentimos mucho su cambio, nos hubiera gustado trabajar con ella toda la vida, pero debía aprovechar oportunidades y seguir adelante.

En 1977 formó la Dirección de Etnohistoria, y más tarde, al jubilarse del Instituto Nacional de Antropología e Historia, continuó su labor etnográfica en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM. Entonces la vi ya muy rara vez, pero siempre estará presente en mi memoria su forma gentil de atender a todos los que requerían de sus consejos y de su apoyo, eternamente incondicional.



Barbro Dahlgren en Baja California Sur.

La maestra Bárbara recibió ese grado en el corazón de muchas generaciones de la enah, fue excelente en cátedra, como directora de tesis y como guía en el campo y en el archivo. Sus investigaciones son clásicas, de lectura obligatoria. Dejó importantes huellas en los museos, y fue cofundadora de instituciones como la Sociedad Mexicana de Antropología, la Asociación Mexicana de Antropólogos Profesionales, A.C., la Sección Sindical de los Profesores de Investigación Científica del inah, el Colegio Mexicano de Antropólogos, A.C., el Museo Nacional de las Culturas y finalmente la Dirección de Etnohistoria del inah.

Por todo ello, la maestra se ha hecho merecedora no sólo de nuestro reconocimiento, sino de un lugar muy propio en la historia de las ciencias antropológicas de México. Mientras eso es posible, no me queda más que hacerle públicos mis sentimientos de agradecimiento; muchas gracias *maestra Bárbara*.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> "Sala de África", en *Museo de las Culturas*, INAH-SEP, 1967, pp. 71-101. "Sala de los Lapones" en *Museo de las Culturas*, INAH-SEP, 1967, pp. 171-179.

<sup>2</sup> Constanza Vega Sosa, *Los ainus del Japón*, Museo de las Culturas, INAH-SEP (serie *Culturas del Mundo* No. 2), 1967.

<sup>3</sup> Evangelina Arana y Mauricio Swadesh, *Diccionario analítico del mampruit*, Museo de las Culturas, INAH-SEP, 1967.





Barbro Dahlgren, María Elena Sáenz, Clementina Díaz Ovando y los hijos de la maestra Eric e Ingrid Jordán.

## Dahlgren B. Homenaje

Perla Valle\*

*Corazón de Copil. El Templo Mayor y el Recinto Sagrado de México Tenochtitlan según fuentes del siglo XVI*

**E**n 1978 causó conmoción en el medio académico el descubrimiento del monolito de la Coyolxauhqui. La magnitud del hallazgo requirió de la creación del Proyecto Templo Mayor a cargo de las excavaciones y estudios arqueológicos, al que se vincularon entre otros, el proyecto de investigación documental de fuentes del siglo XVI sobre el Recinto Sagrado y el Templo Mayor de México Tenochtitlan, que el comité coordinador del Proyecto Templo Mayor encargó al entonces Departamento de Etnohistoria, dirigido por la maestra Bárbara Dahlgren desde su fundación el año anterior.

La comisión no era tarea menor, pero nos alentó que la maestra la aceptara con el mayor interés. Desconocemos sus primeras reflexiones sobre la realización del proyecto, pero cuando nos convocó a colaborar en la investigación y se propusieron y discutieron algunos aspectos fundamentales, la maestra ya tenía muy clara la organización que debería darse al trabajo.

Posteriormente escribiría al definir una de sus propuestas centrales:

Desde el momento que este estudio sistemático es un amplio registro textual de los datos significativos que aporta cada uno de los autores incluidos, permite al lector formarse una idea de sus conocimientos y juicios acerca de la antigua cultura mexicana.

Todos en conjunto contribuyen a darnos una visión histórica del ambiente socio-religioso y político-ideológico dentro del cual hay que encuadrar tanto los mitos de Huitzilopochtli y Coyolxauhqui, como el posterior encumbramiento histórico de los mexicas y su dios Huitzilopochtli.

\*Investigadora de la Dirección de Etnohistoria del INAH.



En esta breve cita, que forma parte de la selección de textos que la maestra B. Dahlgren reuniera en la introducción del libro *Corazón de Copil*, se puede resumir el enfoque del proyecto de esta recopilación documental. La maestra propuso colocar en el mismo plano de importancia a la descripción del Recinto Sagrado y del Templo Mayor de México Tenochtitlan y a la narración del mito que los había originado, con el fin de dar profundidad al espacio y valor histórico a la narrativa.

Parte del proyecto se basó en esa propuesta, que puede considerarse como uno de los aportes del *Corazón de Copil*. En consecuencia, era obligado tomar partido en la larga discusión sobre mito e historia, aún no resuelta, e iniciada hace más de un

siglo por varios investigadores y en particular por Eduard Seler, en su famoso artículo sobre la localización de Aztlán, lugar originario de los aztecas. Es claro que la postura de la maestra Dahlgren, formada como etnóloga en la antropología mexicana integral y por su personal interés en el estudio de las religiones, se definió al considerar mito e historia con el mismo rango en la realización del proyecto y en las líneas de investigación a seguir desde la recopilación y sistematización de datos.

Con esta propuesta, los objetivos y desarrollo del proyecto delineados por la maestra se ampliaron y rebasaron la solicitud oficial; ya no se trataba sólo de una selección documental. El estudio, y posteriormente también el libro, se organizaron en dos apartados: el estudio historiográfico de los materiales documentales y la selección de textos agrupados en los siguientes capítulos: "Orígenes. Mito e historia"; "México Tenochtitlan, Recinto Sagrado y Templo Mayor"; "Fiestas religiosas"; "Complejos ceremoniales arquitectónicos del Recinto Sagrado"; a los que se agregaría para finalizar, el apartado sobre Huitzilopochtli y deidades relacionadas.

La información obtenida en los capítulos se sistematizó en elementos significativos con el fin de elaborar cinco cuadros comparativos que la maestra Dahlgren consideró equivalentes a un índice



Barbro Dahlgren con su esposo Fernando Jordán.

analítico breve, que permitían "observar las coincidencias y discrepancias contenidas en los diferentes testimonios expresados en los textos".

Y el libro concluye con un apéndice, un breve glosario y la bibliografía. La maestra tuvo la atención de discutir con quienes integrábamos el equipo de aterrorizadas investigadoras (Emma Pérez Rocha, Lourdes Suárez y su servidora) la organización del trabajo que íbamos a emprender.

El punto de partida fue la selección de las fuentes escritas en alfabeto latino del siglo XVI, en náhuatl y en español, y de algunas láminas de códices procedentes del centro de México. La decisión no fue fácil, una vez que se consideraron las obras más adecuadas de cronistas e historiadores y los escri-

tos anónimos de factura indígena más conocidos. Asimismo, debían seleccionarse algunas fuentes menores donde se registran datos de igual importancia, pero que hace 24 años no eran de fácil acceso, dado que en ese tiempo todavía se carecía de numerosas publicaciones, ahora en circulación.

Se decidió seguir un camino probado, al considerar tres grupos de autores europeos y uno de cronistas indígenas. Como primer grupo de fuentes escritas por españoles se consideró a los testigos presenciales, integrado por los cronistas soldados, donde también se incluyó el *Anónimo de Tlatelolco*. En el segundo grupo se reunieron los historiadores y cronistas de Indias, y por último, el tercer grupo se formó con los cronistas religiosos organizados de acuerdo con las órdenes religiosas.

Por su parte, el grupo de cronistas indígenas se integró con las obras de Fernando Alvarado Tezozomoc y de Fernando Alva Ixtlilxóchitl, y los anónimos *Historia de los mexicanos por sus pinturas y Costumbres, fiestas y enterramientos*.

En la segunda parte del estudio, la sistematización documental se basó en la selección de textos que proporcionaría al lector la información directa de cada autor, sin interpretaciones históricas ni etnográficas, cómo se planteara en la introducción del libro. Los temas tratados en cada capítulo determinaron la selección de los textos, con la





Barbro Dahlgren.



referencia del autor y de la obra de donde procede el fragmento transcrito, además de los antecedentes resumidos en el estudio historiográfico; así el lector podría situar los antecedentes de cada información.

Asimismo, se consideró a los códices entre las fuentes seleccionadas donde se registraron datos referentes a los temas tratados en los capítulos; de ahí que diversas láminas o fragmentos de ellas pertenecientes a varios códices se insertaran entre los textos, y otras formaron parte de una selección de materiales gráficos al terminar los capítulos, en un apartado denominado "Ilustraciones". Tal vez sería oportuno aclarar que pese al título, se dio a las imágenes de los códices el rango de testimonios documentales, al aportar datos de tradición indígena que enriquecieron la información de las fuentes escritas en alfabeto latino.

El proyecto encomendado a la maestra Dahlgren se realizó en circunstancias académicas particulares. El año anterior se había inaugurado el Departamento de Etnohistoria del INAH, organizado y dirigido por la maestra, con la participación de investigadores de diferentes especialidades y de varios etnohistoriadores. Cuando informamos a la maestra de los diferentes proyectos de cada investigador ya avanzados o por iniciar, prueba de la diversidad de nuestros intereses académicos, nos propuso organizar el trabajo por áreas; así, se consideró en principio a la Cuenca de México, pues el mayor número de los trabajos se referían al Acolhuacan, Tacuba, Culhuacan y a México Tenochtitlan entre otros; pero también había investigaciones sobre sitios fuera de la Cuenca, en Michoacán y en el área maya.

Empezó a funcionar el Departamento de Etnohistoria, en un espacio tan reducido que era un triunfo avanzar entre los escritorios para lograr acomodarnos en nuestro propio lugar; contábamos con escasas herramientas de trabajo, pero eso sí, teníamos un compromiso académico por cumplir que sólo con la maestra Dahlgren al frente podría realizarse.

En estas condiciones, la participación en el Proyecto Templo Mayor requirió de nuestra mayor atención. La experiencia de trabajo bajo la dirección de la maestra Dahlgren fue muy positiva; habíamos sido sus alumnas en la ENAH, pero ahí nunca tuvimos la oportunidad de experimentar los afanes del trabajo diario con su asesoría rigurosa y afable a la vez.

La maestra, experta en el manejo de fuentes escritas, nos brindó durante el desarrollo del proyecto la oportunidad de recibir lecciones cotidianas de los procedimientos de análisis más acertados para este tipo de testimonios, pero también las reprobadas fueron cotidianas en un principio. El entendimiento mutuo se fue dando en poco tiempo, logrando un verdadero trabajo de equipo. La maestra, siempre en actitud generosa, escuchaba

nuestras sugerencias o desatinos que se discutían abiertamente. Después de una lluvia de ideas surgió, durante una reunión de trabajo, el título afortunado de *Corazón de Copil. El Templo Mayor y el Recinto Sagrado de México Tenochtitlan en fuentes del siglo XVI*, con el que fuera publicada la investigación en 1982.

Este trabajo fue el último que realizó la maestra Dahlgren en el INAH, después de una trayectoria profesional de excelencia en todas las tareas que se propuso. Su obra, publicada en el INAH y en otras instituciones, es un legado inestimable para la antropología mexicana. Actualmente se trabaja en una segunda edición del *Corazón de Copil* a cargo de la Dirección de Etnohistoria y con el apoyo de la Coordinación Nacional de Antropología, que será uno de los mejores homenajes que podrá hacerle nuestra institución.

Para terminar con una última evocación de la maestra Bárbara Dahlgren, reproducimos un párrafo incluido en el apartado de "Orígenes, Mito e Historia" del *Corazón de Copil*: "Durante la peregrinación, Huitzilopochtli dejó abandonada a su hermana Malinalxochitl cerca de Malinalco, hoy Estado de México; allá ella se casa y tiene un hijo llamado Copil. Ya crecido, Copil se entera de la acción de su tío e intenta vengarla moviendo la guerra contra los mexicas, mas en un momento de descuido es sorprendido y muerto por Huitzilopochtli, quien manda a sus sacerdotes que corriendo se lleven el corazón de Copil y lo tiren en un lugar sagrado que existe entre los tulares. Es del corazón de Copil que ha de brotar el nopal donde se posará el águila y se fundará la futura ciudad de Tenochtitlan" (p. XIX).



Barbro Dahlgren en Tepoztlán.





Chapultepec 1939.

## Etnohistoria de los pueblos mesoamericanos. Homenaje a Barbro Dahlgren de Jordán

Eduardo Corona Sánchez\*

**Y**a hace falta realizar una historia de la etnohistoria en México, sobre todo en lo que respecta a los protagonistas que la ejercieron o instrumentaron, es decir, más que para discutir su definición y la forma en que se genera y aplica en México

Sin pretender ubicar este análisis en la historia de la ciencia, si consideramos que la aplicación de la etnohistoria en México se realiza en términos de la situación histórica del país, en relación con sus carencias y problemáticas, traducidas a través de una política de investigación –antropología mexicana– y la interacción del investigador con la historia de la formación social de la que en ese momento forma parte.

Postura científica, que en términos metodológicos, dentro de un esquema de prioridades de conocimiento, se traduce en articulación de disciplinas que implican, más que una ampliación de temas, el ampliar la obtención de datos o testimonios para reconstruir el proceso de desarrollo histórico de la sociedad mexicana y la caracterización antropológica de ese proceso.

Así, empiezan a surgir en el ámbito antropológico una serie de investigaciones de identidad etnohistórica, dentro de la política mesoamericanista e indigenista que expresan propuestas teóricas y a veces denuncias políticas, para formar más que conformar no una versión histórica de los hechos, sino una conciencia social de su relevancia y a veces ponerla en tela de juicio.

Fue en ese contexto de contrastación de la antropología con la realidad mexicana, cuando en los pasillos de la ENAH, ubicada en ese entonces en la calle de Moneda, junto al Departamento de Prehistoria, se planteaba la viabilidad de la etnohistoria como alternativa antropológica de enlace entre la arqueología y la antropología social. Conocí a Dahlgren en mi proceso de formación académica como investigador, junto con otros excelentes maestros de la ENAH. Era entonces cuando dentro de un plan de formación integral de antropólogos, uno se tenía que definir por una especialidad, y los maestros llevaban de alguna manera “agua para su molino”, tratando de generar interés o desinterés por sus disciplinas o escuelas teórico metodológicas ubicadas en diversas corrientes y con diferentes políticas.

\*Investigador de la Dirección de Etnohistoria del INAH.



Era también el tiempo de los ancestros que definían a Mesoamérica y lo mesoamericano; los númenes, los tlaminime como Paul Kirchhoff, Othón de Mendizábal, Wigberto Jiménez Moreno, Jorge A. Vivó, y de sus discípulos como Dahlgren, Piña Chán, Cámara, Lorenzo, etc., que con sus conocimientos nos convertían en aprendices de chaman, para tratar de desmitificar con fórmulas científicas los mitos sobre la historia de México y lo americano, y del papel del "indio" en la construcción de la historia de México.

Así, me decidí o me inicié en ese enfoque de investigación, que se expresara en mi tesis, por considerarla una línea que buscaba completar un rompecabezas sobre la historia de los pueblos, del México prehispánico colonial y contemporáneo a través de los testimonios documentales como expresión de un análisis antropológico que Dahlgren calificó como "etnografía histórica". En donde un dato escrito en las fuentes, se seleccionaba y agrupaba para su análisis siguiendo los márgenes de la antropología en términos de la selección y análisis de los datos y del objetivo que se perseguía en su estudio.

A distancia de ese momento, considero que Dahlgren se insertaba en la refutación que realizaba Kirchhoff a Morgan y a los culturistas, cuando se genera el concepto de 'Mesoamérica' y se empieza a fundamentar su caracterización dentro de un esquema marxista, a través de la contrastación de sus instancias económicas, sociales y políticas, realizada por sus discípulos como Chapman, Monzón y Moreno, y además se profundiza en etnohistorias concretas de pueblos mesoamericanos, instrumentándose el análisis del dato histórico en términos antropológicos de las etnias básicas de Mesoamérica, como los otomíes, estudiados por Pedro Carrasco y los mixteca con Barbro Dahlgren, quedando en lista de espera, entre otros más, los nahua, los mayas, los acolhua, los totonaca, los huasteca, los olmeca, los culhua-tolteca, los tarascos, etc., que se intentaron definir después por mi generación y posteriores, a manera más que de una línea de la etnohistoria, de una escuela.

Se ubicaba además dentro de la tendencia que definía Kirchhoff como formación de una ciencia mesoamericanista. Corriente integradora que trataba de caracterizar a Mesoamérica a través de la articulación de la etnografía con otras disciplinas antropológicas, especialmente con la arqueología, interpretando el dato material como testimonio histórico, expresado éste en los diseños simbólicos de la cerámica, de una escultura o en alto relieve en un edificio, una pintura mural, un hueso labrado, un pendiente de oro o un códice. Situación que probablemente se planteó en la proposición analítica de Dahlgren, como resultado de cooperar con Alfonso Caso en sus estudios sobre los reyes y reinos de la Mixteca y que posiblemente está ligada a la problemática de su tesis: *La Mixteca, Región oaxaqueña*, con la que adquiriría una identidad como investigadora durante toda su vida.

En ese sentido, otro aspecto, poco conocido en Dahlgren, fue su identidad con la antropología física, a través de su amistad con el A.F. Javier Romero, oriundo de Xochimilco, a quien conoció tal vez en los trabajos de investigación que realizaba con Caso, y que posteriormente acompañó a las cuevas de Baja California en la zona de pinturas rupestres, donde a través de un trabajo bidisciplinario preocupado por la caracterización del hombre americano, contextualizaron la presencia de restos óseos con las expresiones pictóricas, como expresión de la relación del hombre con la naturaleza americana, que implicaba su control; la propiciación de la cacería, como expresión de sus formas de organización



Foto no identificada.



Barbro Dahlgren.



que al parecer implican por la presencia de diferentes etnias, interpretadas con figuras de distintos colores y tamaños, a veces en asociación con varios animales como carneros, ballenas, tortugas y venados de diferentes colores y tamaños, a veces orientados a momentos astronómicos del paso del sol que los ilumina o bien de identidad mítica, como ballenas que incluyen venados en sus vientres o grandes serpientes con cuernos de venado, que parecen significar ancestros totémicos, además de escenas de cacería, batallas y sacrificios, o representaciones de mujeres ligadas a ciclos lunares, etc., que probablemente debieron de influir en su interés por analizar el mito, la magia y la religión.

Fue en esa temporada cuando al parecer conoció a Fernando Jordán, periodista de una gran profundidad histórica, quien en su obra *México Bárbaro*, a través de un viaje hacia el norte de México, hila las diferentes rebeliones que surgieron de la contrastación y conjunción de los indígenas y europeos que conformaron parte de la identidad histórica de México, y que también consideramos influyó en la política de investigación expresada por Dahlgren.

Así se enfatiza su identidad con las etnias indígenas, con el protagonista mesoamericano, que se expresa en sus estudios durante la formación del Museo Nacional de Antropología sobre los coras, mazahua, huasteca, totonaca, tarascos, entre otros, como textos base de guiones que servirán de referencia básica a la museografía de las salas de etnografía, escritas en el puro acento etnográfico, estudios que prosiguió cuando fue jefa de la Sección de Etnografía, sustituyendo a Fernando Cámara, y continuando la ampliación de las colecciones de la bodega y la realización de investigaciones, que con

base en trabajo de campo, implementaban los estudios sobre las etnias y los pueblos indios.

Posteriormente, cuando ya el maestro Carlos Martínez Marín había conformado la especialidad de Etnohistoria en la ENAH y Bonfil Batalla había creado el CISINAH, Dahlgren es convocada por Gastón García Cantú para conformar el Departamento de Etnohistoria en el INAH. Es cuando pone en juego su identidad la antropología interdisciplinaria, pues la maestra integró el Departamento con jóvenes investigadores de arqueología, etnología, etnohistoria e historia, propiciando incluso su articulación con otras disciplinas como la ecología, la biología, etc. Además, con una visión que implicaba la continuidad de la investigación de los pueblos indios de Mesoamérica, impulsó la conformación de un ambicioso programa de trabajo sobre la Cuenca de México, y apoyó con un proyecto etnohistórico de investigación —*Corazón de Copil*— los trabajos arqueológicos que por esos momentos se realizaban en el Templo Mayor.

Debo rescatar o enfatizar que como jefa del Departamento, ahora Dirección de Etnohistoria, generó condiciones de amistad y compañerismo que permitieron la libertad académica unida al compromiso de trabajo, aspectos que según creo, definieron las bases de una gran capacidad productiva y el desarrollo de un consejo académico de identidad democrática conformado por los investigadores.

Ya jubilada en el INAH, su trayectoria académica se traslada a la UNAM, donde recuperó sus estudios ya ancestrales sobre magia, mito y religión, que transmitió en sus enseñanzas ahora en cursos de doctorado, continuando así su vida de investigadora y formadora de investigadores.



Barbro Dahlgren en Europa.





Barbro Dahlgren.

## Barbro Dahlgren, un aporte etnohistórico

Celia Islas Jiménez\*

**L**a primera consideración acerca de la maestra Dahlgren: la de un ser generoso, del que todos aprendimos mucho. Como maestra en la ENAH y después titular y compañera en la Dirección de Etnohistoria siempre mostró sabia comprensión hacia las inquietudes o dudas de sus alumnos y colegas. La convivencia cotidiana era muy gratificante y valiosa, ya que ésta transcurría en medio de observaciones útiles para nuestras investigaciones, que con gran paciencia transmitía gracias a sus vastos conocimientos antropológicos.

Mostraba una infinita amabilidad con sus alumnos, siendo jurado en los exámenes profesionales, en los que, con una actitud bondadosa y cordial, hacía sentir a los futuros antropólogos que iban por el camino del logro de sus metas profesionales.

Al lograr una relación casi familiar con sus compañeros de Etnohistoria, investigadores y administrativos, e interesarse en sus problemas personales, mostró siempre una actitud conciliadora y atenta para ayudar en lo que fuera posible. Serán

\*Investigadora de la Dirección de Etnohistoria del INAH.





Dibujo de su cuaderno de notas.



Alfoso Caso, dibujo de su cuaderno de notas.



Barbro Dahlgren en París.

difíciles de olvidar sus conversaciones con el maestro Wigberto Jiménez Moreno, quien visitaba de vez en cuando nuestro centro de trabajo. Hablaban de diversos temas, siempre interesantes para los que nos encontrábamos presentes escuchándoles, siendo lecciones dignas de aprender y aplicar en nuestras propias investigaciones.

En el transcurso de su vida profesional, la maestra Barbro Dahlgren realizó relevantes estudios etnológicos y etnohistóricos, en los que el trabajo de campo en las áreas estudiadas era primordial.

Numerosas e interesantes fueron sus investigaciones en diversos campos del conocimiento; algunas se concretaron en publicaciones: *La grana cochinilla* ha sido un gran aporte para los estudios etnohistóricos, en el que la consulta de documentos y crónicas coloniales constituyeron el objetivo principal.

Para la publicación de dicha obra, la maestra consultó los archivos e hizo trabajo de campo en las regiones de cultivo de la cochinilla en la Mixteca, así como la investigación etnohistórica de los indígenas y su producción de colorantes antes y durante la época colonial. El estudio concreto de este producto indígena, que sería de gran importancia en la Colonia, con repercusiones en la economía de la Nueva España y la metrópoli española, se aleja del estudio descriptivo y Dahlgren lo convierte en una valedera investigación antropológica.

El estudio inicial de un expediente de varios documentos del siglo XVIII referente a un tinte natural llamado *Nocheztli* que se obtenía de la grana cochinilla, impulsó a la maestra Dahlgren a integrar una concienzuda investigación y la edición de la misma. La publicación comienza con un prólogo erudito, en el cual la maestra indica que el *Nocheztli* era un tinte utilizado por los indígenas prehispánicos como colorante natural en nuestro país. En la época colonial, desde el siglo XVI, los colonizadores advirtieron tempranamente su importancia y continuaron impulsando el cultivo de la grana, que llegó a convertirse en determinadas épocas en un producto industrial de exportación comparable al oro y la plata.

En los primeros tiempos coloniales, los indígenas de Tlaxcala y las costas de Oaxaca se vieron beneficiados con el incremento del cultivo de la cochinilla; sin embargo, la ambición de los comerciantes y autoridades españolas provocó su caída. Es hasta fines de la Colonia cuando volvió a verse una época de prosperidad, la cual fue comentada por Humboldt.

Advierte la maestra Dahlgren que después de la Independencia de México, el cultivo de la grana cochinilla se extendió a Guatemala y a las islas Canarias. Sin embargo, con el descubrimiento de los tintes a base de anilinas, para mediados del siglo XIX el mercado de dicho producto decayó. En la época





Barbro Dahlgren en su casa de Tepoztlán.



actual, se cultiva a nivel local, como industria casera, en algunas comunidades indígenas oaxaqueñas.

Es interesante hacer notar que durante mucho tiempo se ignoró de dónde provenía la grana, y se pensaba que era un producto vegetal; es así como la maestra Dahlgren ofrece una explicación detallada acerca del pequeño insecto y su cultivo; expone cómo se cría en algunas especies de nopales y debe ser atendido su cultivo, obteniéndose el tinte o grana del cuerpo disecado de la hembra. Por lo tanto, esta industria no sólo tiene aspectos económicos sino botánicos y zoológicos.

En documentos como la *Matrícula de tributos*, las *Relaciones geográficas* y en la obra de Sahagún, se indica que en la época prehispánica la industria de la grana tenía como principales productores a los indígenas mixtecos, aunque se menciona también a los zapotecos y a otros grupos étnicos. Se indica que el pueblo de Autlán en Jalisco, en los primeros años coloniales, benefició y recogió la grana, la cual ya purificada se elaboraba en forma de panes de cuatro dedos de anchura y en los tianguis se vendía principalmente a los pintores y tintoreros. Otros lugares donde se cultivaba la grana era en el área de Tlaxcala, Cholula y Huejotzingo en Puebla y Chiapas.



Barbro Dahlgren en Oslo.

Comenta la maestra Dahlgren que según las fuentes coloniales, inmediatamente después de la Conquista (1523) el rey de España se interesó en la producción de la grana y su exportación a Castilla para la obtención de beneficios económicos; es así como los gobiernos virreinales impulsan su beneficio compeliendo a los indígenas a realizar dicho trabajo. Para el año de 1550, la "cría, cosecha y beneficio de la grana" tuvo niveles muy elevados, logrando esta industria altos índices de exportación; pero a finales del siglo XVI declinó la producción por circunstancias adversas como el afán de lucro de autoridades y comerciantes, aunado a la explotación de que era objeto los cultivadores indígenas. Durante algún tiempo, ya en el siglo XVII, continuó este cultivo en algunas regiones del territorio novohispano, pero tiempo después, tanto indígenas como españoles descuidaron esta industria.

Después de este imprescindible estudio sobre la producción y acontecimientos de la grana cochinilla, Barbro Dahlgren hace la descripción detallada de los documentos reunidos en el legajo que contiene el expediente referente al beneficio de la grana en Oaxaca, con sus métodos y problemas. Dichos escritos, de fines del siglo XVIII (1774-1779) son copias de la época y se inician con las respuestas que dan dos religiosos de Santo Domingo de la Provincia de San Hipólito Mártir de Oaxaca, a un cuestionario de 17 preguntas sobre el cultivo de cochinilla. Comenta la maestra Dahlgren que en el cuestionario, aunque con imprecisiones, informan sobre la siembra de las nopaleras, el ciclo vital del insecto, sus enfermedades y plagas y su cosecha y muerte; también su comercialización y la forma de utilizarlo para teñir los textiles.

Una vez más hace hincapié en que el cultivo de la grana cochinilla era la base económica de los indígenas dedicados a esta actividad.

En un documento llamado *Voto consultivo del Real Acuerdo*, en el cual ciertos ministros debían dictaminar la forma de matar la cochinilla para su mejor aprovechamiento, indica la maestra Dahlgren que había un desacuerdo entre los indígenas y los alcaldes mayores y clérigos de Oaxaca sobre este tema por el exagerado afán de lucro de los colonizadores, los cuales ponían en peligro "a una de las industrias más lucrativas del Reino de la Nueva España". Los ministros mostraron a favor de los indígenas y censuraron la actitud de clérigos, comerciantes y alcaldes. Fue después un breve documento que se refiere a una Instrucción sobre el repartimiento y habilitación que hacían los alcaldes mayores para la producción de grana. Observa la maestra Dahlgren que dichas autoridades cometieron ciertamente abusos al perjuicio de los indios con el pretexto de su incapacidad para manejar sus propios negocios y su mínimo afán de lucro.



Continúa después con un voluminoso expediente con documentos signados por don Juan Manuel Mariscal, entre los que se encontraba un cuestionario elaborado por este personaje, el cual solicitaba al corregidor de Oaxaca fuera contestado por "peritos en cultivar y asemillar la grana cochinilla". Comenta la maestra Dahlgren que don Juan Manuel Mariscal se consideraba gran conocedor del cultivo de la grana y además proponía algunas sugerencias para mejorar dicha actividad, aunque su interés principal estaba relacionado con los costos del cultivo de la cochinilla, con cálculos acerca de la cantidad del insecto para asemillar en la nopalera, así como el costo de los materiales y el sueldo de los jornaleros, y en suma determinar los métodos de cultivo y cosecha. Este personaje, Mariscal, representaba

una era en que el conocimiento empírico y científico era ignorado por gente como él; ya para esas fechas, en la Ciudad de México, José Antonio Alzate empleaba las nuevas técnicas científicas para su famoso estudio sobre la grana cochinilla. Debe reconocerse que el expediente de Mariscal permitió conocer a los vecinos de la ciudad de Oaxaca que se dedicaban a esta actividad.

Agrega la maestra Dahlgren a la serie de documentos que forman el expediente total, dos apéndices que complementan la información obtenida: estadísticas sobre la cosecha de grana en Oaxaca y las cantidades registradas en la Aduana del puerto de Veracruz para su exportación; ambos documentos muestran las fluctuaciones características de su producción y exportación. Otro do-



En Teotihuacan.

cumento que incluye la maestra Dahlgren se refiere a las Ordenanzas para evitar que se cometan fraudes en el beneficio de la cochinilla; este aspecto es muy importante debido a las alteraciones y fraudes que cometían algunas autoridades y comerciantes para la obtención de mayores ganancias. Aúna a toda esta información una serie de láminas muy ilustrativas de las nopaleras donde se cría la cochinilla, dibujos de este insecto y su cosecha y beneficio. Del *Códice Florentino* se incluyen aquellas láminas que muestran al nopal con el animal y su cosecha y también los panes redondos que acostumbraban hacer con la grana.

Como conclusión, considero que esta investigación y edición de documentos de Barbro Dahlgren se inscribe dentro de los estudios etnohistóricos más relevantes y primeros en realizarse en nuestro país. La consulta de documentos de archivo y de fuentes coloniales impulsó esta investigación con el objetivo preciso de reconstruir una actividad económica de los indígenas del pasado prehispánico, así como durante la época colonial. La investigación de la maestra Dahlgren, con su correspondiente edición de documentos, puede considerarse como una genuina aportación a los estudios de la etnohistoria.



Fernando Jordán, esposo de Barbro Dahlgren.



# Barbro Dahlgren. Semblanza

Andrés Medina Hernández\*



Barbro Dahlgren con su nieta Astrid y la antropóloga Hanna Faulhaber.

## Primer apunte

**B**arbro Dahlgren pertenece a la primera generación de antropólogos profesionales que se forma en México, aquella que se inscribe entre 1938 y 1940, y vive la experiencia de trasladar la sede desde el Casco de Santo Tomás, en el Instituto Politécnico Nacional, al viejo edificio de la calle de Moneda, en las instalaciones del Museo Nacional de Antropología. Es cierto que ya existía una pequeña comunidad de estudiosos formada en los espacios del museo, y cuyos orígenes se remontan a mediados del siglo diecinueve, pero no había un plan de estudios de largo alcance, semejante a los de las carreras universitarias, ni un reconocimiento oficial de esta profesión. Esto sucede una vez que la escuela formaliza su programa, inspirado en la propuesta culturalista vigente en Estados Unidos y creada por Frans Boas y sus discípulos, y se integran al recién fundado INAH, en 1942. De esa fecha datan también los convenios establecidos con la propia UNAM y El Colegio de México.

Esta primera generación habrá de tener un papel protagónico en la configuración de la antropología mexicana del siglo veinte; si bien es un grupo relativamente pequeño, de no más de treinta personas, entre profesores y alumnos, cada uno de ellos marcará líneas propias que se constituyen en pilares de una muy rica tradición académica que pronto establece su perfil particular. Bajo las enseñanzas de notables estudiosos mexicanos y extranjeros, como don Wigberto Jiménez Moreno, Roberto J. Weitlaner, Alfonso Caso, Paul Kirchhoff, entre otros, es que se forma Barbro Dahlgren, y toda su actividad profesional, así como las vicisitudes de su propia biografía personal, se entranan apretadamente con el desarrollo de una antropología extremadamente sensible a la historia antigua y a la presencia diversa de los pueblos indios en la realidad mexicana y la del continente americano.

\*Investigador del Instituto de Investigación Antropológicas de la UNAM.



Ella forma parte del grupo que realiza un viaje, para una práctica de campo, a Zinacantán, comunidad tzotzil de los Altos de Chiapas, bajo la dirección de Sol Tax, joven y enérgico antropólogo funcionalista, entrenado en la rigurosa tradición británica por A. R. Radcliffe-Brown, quien impone estrictas normas de trabajo a esta primera generación de estudiantes, entre quienes están, además de la propia Barbro, Anita Chapman, Calixta Guiteras, Ricardo Pozas y otros más. La práctica dura un mes, suficiente para que estos jóvenes alumnos hayan padecido la dureza del trabajo en el terreno, como lo comentaban tanto la maestra Dahlgren como Anita Chapman.

Para 1941 nos encontramos a la joven Barbro haciendo un viaje a la Mixteca, acompañando a Wigberto Jiménez Moreno; de ello tenemos en el fondo reservado del Instituto de Investigaciones Antropológicas el álbum fotográfico que armó con un mapa que ilustra su recorrido y con numerosas, y excelentes, fotografías, a las que acompaña su respectivo texto. Este viaje a la Mixteca y la amistad entablada con don Wigberto serían determinantes en su orientación científica, pues por una parte establecen una necesaria articulación entre los datos etnográficos y aquellos otros de la historia colonial y antigua, es decir, lo que ahora conocemos como etnohistoria, concepción a la que el trabajo de la maestra Dahlgren contribuye sustancialmente, y por la otra definen el campo específico en el que su obra sienta las bases; el de la historia del pueblo mixteco. En ello tiene que ver también la influencia del doctor Kirchhoff y las investigaciones de don Alfonso Caso, agudo estudioso de los códices y de la escritura de los mixtecos.

Lo cierto es que pronto la maestra Dahlgren explorará otros ámbitos de la historia y de la cultura mesoamericanas con esa rica perspectiva que conjuga la etnografía y la etnohistoria, ello le provee de una sensible intuición que transmite a sus alumnos de pistas y de indicaciones valiosas; su pasión por el trabajo de campo le lleva a realizar recorridos junto con sus alumnos a diferentes regiones, pero una de sus preferidas y en las que encamina a numerosos estudiosos, es la de los pueblos otomianos, cuya sede más importante es el valle de Toluca.

## Segundo apunte

Conocí a la maestra Dahlgren en la ENAH, en 1958, cuando me inscribí en el curso "Etnografía antigua de México", y conocí en su estilo pausado las vicisitudes del personaje central de *Diario de una mujer pápago*, texto de Ruth Underhill que ella misma había traducido y cuya versión en español leía en una libreta de argollas, mientras la larga y curva ceniza de su cigarro parecía desprenderse de un momento a otro (lo que nunca sucedía). El lento transcurrir de la clase, en la que había amplios comentarios y disquisiciones con referencias a autores en diferentes lenguas, se tornaba en viva y estimulante conversación cuando al final la abordábamos con preguntas, ya en corto, en las que pronto descubrimos su peculiar estilo en varias frecuencias, pues tocaba un tema, mencionaba una ficha bibliográfica en inglés, luego otro, con otra referencia, que bien podía ser en francés o en alemán, luego hablaba de sus perros, para finalmente recuperar el hilo inicial, todo esto con el cigarrillo en la comisura de sus labios.

Su cubículo en el museo era pequeño; estaba como un entresuelo estrecho junto con otros dos o tres colindantes, lleno de libros, ficheros y papeles; a él llegábamos cuando le acompañábamos para que nos diese una ficha bibliográfica, nos mostrara algún libro o nos devolviera algún trabajo calificado. Era el momento de las conversaciones amenas y de los comentarios agudos, dichos con una particular sonrisa y mirada, y era también el momento en que conocíamos algunas de sus preocupaciones domésticas; era éste el espacio más sustancioso de su enseñanza, en el que el tono personal y cercano contagiaba de su entusiasmo por éste o aquel otro tema.

Ella fue mi directora de tesis en la ENAH, elaborada con la información etnográfica y el trabajo de campo realizado en una comunidad tzeltal de los Altos de Chiapas; mi propuesta era una contribución a las discusiones acerca de los grupos de parentesco y las unidades territoriales en las comunidades indígenas, cuestión que tenía como referencia las diversas definiciones del *calpul* en la etnografía, y se articulaba con la polémica etnohistórica. Era una lectora acuciosa, atenta tanto a la redacción como a la congruencia de los razonamientos, a las referencias adecuadas; pero sobre todo era respetuosa de las ideas y de la orientación planteadas. Fue una



Tipos de cerámica. Dibujo de su cuaderno de notas.



experiencia muy gratificante, no sólo había una enseñanza impartida graciosa y sutilmente, sino un entretimiento con comentarios personales y con tópicos sobre las más diversas cuestiones.

### Tercer apunte

La obra de la maestra Dahlgren cubre una amplia temática; lo que destaca es la conjunción constante de sus actividades en el campo de la etnografía y de la etnohistoria. Trabajó lo mismo con las culturas del Golfo que con coras y huicholes en el Nayar; recorrió la zona otomiana y escribió sobre sus experiencias; no era ajena a la discusión etnográfica con los materiales procedentes de Chiapas, pero también incursionó en la etnohistoria, como lo indica su artículo sobre la etnografía antigua chiapaneca publicado en el volumen de homenaje a don Roberto J. Weitlaner, la famosa *Summa Anthropologica*. Las enseñanzas que recibiera del Dr. Kirchhoff las expresaría tanto en su trabajo más importante, el de la Mixteca, como en el interés constante que mostró por la región circuncaribe, y con ello con la etnografía de Centroamérica. Sabía muy bien del estilo de trabajo y las orientaciones de Kirchhoff, poseía un profundo conocimiento del proceso de construcción teórica del concepto de Mesoamérica, pues estaba en estrecho contacto con sus principales arquitectos, como eran el propio Kirchhoff; y don Wigberto Jiménez Moreno.

Poseía una conciencia clara sobre el proceso histórico de formación de la antropología mexicana,

como lo mostró en el balance que sobre la etnografía/etnología hizo en la Mesa Redonda de Antropología celebrada en la ciudad de Xalapa en 1973; también lo dejaría ver en las semblanzas hechas sobre Jorge A. Vivó y Calixta Guiteras para la obra coordinada por Carlos García Mora, *La antropología en México. Panorama histórico* (1987), así como en el balance de las contribuciones del Ing. Weitlaner que publica en el homenaje ya mencionado. Era evidentemente un conocimiento no sólo por la obra de los protagonistas de la antropología mexicana, sino también por las peripecias de sus biografías, por compartir el escenario y el guión, los triunfos y las tragedias.

### Cuarto apunte

Desde sus días como estudiante en la enah conoce al que sería su esposo, Fernando Jordán, con quien procrea dos hijos: Ingrid y Eric; con él realiza un azaroso viaje a Baja California para visitar las extraordinarias pinturas rupestres, redescubiertas por el propio Jordán, y darlas a conocer en los medios antropológicos, pues ya Jordán había difundido sus hallazgos en las revistas de la Ciudad de México, en particular en *Impacto*, de la que era reportero. No hay más noticias de relación personal, pues Jordán despliega un nomadismo que le lleva primero al sureste, región preferida por los antropólogos de los años cuarenta y cincuenta, especialmente Chiapas, rodeada de un aura de exuberancia selvática, exotismo, primitivismo y aventura, y posteriormente al norte y al noreste,



Barbro Dahlgren en Europa.





Barbro Dahlgren en Hamburgo, Alemania en 1935.

como él mismo lo apunta en las primeras páginas de su libro *Crónica de un país bárbaro* (1956), cuando ante los ojos azorados de su hija Ingrid empaca el equipo de campaña para dirigirse al norte. Se consideraba un explorador profesional y en el libro mencionado alude a los quince años dedicados a esa actividad.

Por lo que Jordán escribe, toma la decisión de dedicarse al reportaje y a los viajes por regiones distantes, considerándolo un camino más efectivo que el de la academia, y lo hace desplegando una intensa actividad, expresada elocuentemente en sus dos más conocidos libros, el dedicado a Chihuahua, con el título ya citado, y el relativo a Baja California, *El otro México*. Ambos son extraordinarios trabajos en los que conjuga la investigación etnográfica, la histórica, la entrevista, el reportaje, es decir, el lenguaje ágil y ameno, el diálogo vivo y directo con el lector, al que reta y exige explícitamente. Es lamentable que la heterodoxia de su factura los haya marginado de la discusión antropológica porque, con la influencia contemporánea de los llamados "estudios culturales", recobran una nueva vida y su propuesta original nos resulta vigente. Si bien no parecen impactar a nuestra tradición académica sí lo hacen a la literaria y poética de la juventud bajacaliforniana, como nos lo hace saber el escritor Federico Campbell; para ellos Fernando Jordán es un mito, un personaje misterioso que recorre las solitarias y extensas regiones de la península de Baja California. El misterio de su vida y de su muerte recibe un tratamiento literario en la novela biográfica que escribe Campbell, *Transpeninsular* (2000, Joaquín Mortiz/Planeta). Nunca escuché ningún comentario sobre Fernando Jordán de labios de la maestra Dahlgren, aunque fue ella quien me vendió una muy bella edición de *Crónica de un país bárbaro* encuadernada en piel.

### Quinto apunte

A la maestra la fue devorando lenta e implacablemente la enfermedad de Alzheimer, algo extremadamente doloroso para ella y para quienes fuimos sus compañeros y alumnos en el Instituto de Investigaciones Antropológicas; no fue perceptible el inicio y el avance del mal, ya que su particular estilo de múltiples frecuencias en sus reflexiones era algo muy suyo que no nos permitía advertir la secuelas. Yo me enteré porque alguna vez me comentó Noemí Quezada sobre las molestias que le ocasionaba a la maestra la ingestión excesiva de café, pues tomaba una vez por la mañana, como lo acostumbraba, pero luego volvía a hacerlo varias veces, como si no lo hubiera hecho antes, repitiendo café y galletas. Pero la señal más fuerte que yo percibí fue cuando se realizó el examen doctoral de Beatriz Albores, mi compañera, en la que era presidenta del jurado. Como estaba sola en su casa, pidió que fuéramos a recogerla; sin embargo, yo tenía que hacer varios preparativos para la recepción post examen y no podía ir por ella. Doña Gloria Ruiz de Bravo Ahuja se ofreció a recogerla y se dirigió a la casa de la maestra, acompañada de la propia Beatriz. Pero se perdieron y entonces llamaron por teléfono a la maestra. Sin embargo, ella no pudo ayudarlas, pues contestó que no sabía dónde vivía. Así que preguntando y ensayando llegaron por la maestra, retrasándose el examen por más de una hora, ante la inquietud y la incertidumbre de lo que sucedía.

La última vez que vi a la maestra Dahlgren fue durante una celebración en el Instituto. Ella ya no venía a trabajar, hacía meses que estaba recluida en la casa de su hija en Cuernavaca. Llegó con su habitual paso, me acerqué a saludarla. Su mirada fue cálida, pero distante, sólo sonrió ligeramente y siguió su camino.





Bárbara Dahlgren, Calixta Guiteras y Hanna Faulhaber en Malinalco.



# La maestra Dahlgren: ser humano, investigadora y mentora inolvidable

Jesús Monjarás-Ruiz\*



La antropología del dulce.

**E**l 28 de marzo de 2002 dejó de existir la querida e insustituible maestra Bárbara Dahlgren, originaria de Filipstad, Suecia, donde nació en 1912. En contraste con el dinamismo y la luminosidad que la caracterizaban, sus últimos años estuvieron sumidos en la penumbra y el olvido involuntarios, de los que afortunadamente se liberó al completar su ciclo.

La imagen proyectada por la entrañable maestra presentaba varias facetas. El principio de un posible acercamiento a ella estaba marcado por la superación del alejamiento y cierta adustez adivinados o imaginados en su rostro, lo que aunado a su prestigio intelectual imponía, si no temor, si un respeto exagerado. Sin embargo, detrás de la supuesta o imaginada, aunque para algunos tal vez real, coraza-máscara, se encontraba un ser caracterizado por una inmensa calidad humana, cuya máxima preocupación en ese tiempo, inicios de los años setenta del siglo pasado, la representaban sus diversos intereses académicos, todos ligados con el estudio del hombre, su entorno, sus formas de vida y sus obras. Intereses a los que, poco después de su llegada a México en 1939, dedicaría buena parte de su vida. La maestra llegó al país respaldada por una sólida formación humanística, especializada en filología, literatura, geografía e historia, damos por descartado que de su propia cultura, así como de la francesa, la alemana y la inglesa, a lo que sumaba un cierto interés por otras lejanas y diferentes como las africanas y las autóctonas americanas.

En 1940, al año siguiente de su llegada a México, se inscribió en la ENAH, la cual en ese momento disfrutaba de gran prestigio académico. En su paso por la Escuela, determinantes para su futuro desarrollo fueron las enseñanzas e influencias de don Wigberto Jiménez Moreno, en lo que al manejo de la documentación histórica y el trabajo de campo se refiere; las del ingeniero Weitlaner sobre los secretos de la investigación etnográfica; las del maestro Kirchhoff acerca de la teoría y los estudios etnológicos e históricos, y las de don Jorge A. Vivó acerca de la antropogeografía. Con todos ellos colaboró, principalmente como ayudante en su época estudiantil y después,

\*Investigador del Centro INAH-Morelos.



sobre todo con don Wigberto, en su desarrollo profesional.<sup>1</sup> Asimismo, de alguna forma debe de haber influido en ella el contar entre sus condiscípulos más cercanos a Pedro Armillas, Arturo Monzón, Pedro Carrasco, Miguel Acosta Saignes y Anne Chapman, grupo en el que estoy seguro hubo competencia, pero también debió de haber existido, consiente o inconscientemente, un fecundo intercambio de ideas y propuestas novedosas.

De acuerdo con Téllez Ortega,<sup>2</sup> la generación de la maestra Dahlgren está inscrita dentro de la llamada "época de oro" de la antropología mexicana (1940-1964), caracterizada por la creación de la infraestructura institucional que permitiría el florecimiento y la maduración del quehacer antropológico en México. Grupo de investigadores, nacionales y extranjeros que ampliaron el panorama planteado por Villa Rojas, Pozas, Guiteras, Aguirre Beltrán y otros.

Las actividades desarrolladas por la maestra Dahlgren dentro de la etnología, en su sentido más amplio, estuvieron fundamentadas en la investigación de campo y documental y, además de la materialización de sus resultados en diversas publicaciones, tuvieron que ver con la museografía, una importante labor docente, y varias tareas organizativas y creadoras de instancias para el desarrollo de la actividad antropológica; todo lo anterior lo llevó a cabo básica, aunque no exclusivamente, en el inah y la unam. En el inah, entre otros cargos, fue subjefa del Departamento de Investigaciones Históricas (1968-1970), jefa de la Sección de Etnografía del Museo Nacional de Antropología (1970-1973) y, de manera importante en un esfuerzo compartido moralmente con el profesor Jiménez Moreno, creó el Departamento de Etnohistoria del inah en 1977, con lo que de esta forma se dio a esta disciplina un espacio institucional necesario. En la unam fundó el Colegio de Geografía de la Facultad de Filosofía y Letras. Su labor docente, iniciada en 1947, tuvo como base principal a la enah, institución que seguramente no pudo concebirse sin ella durante muchos años, aunque también dio clases en la unam, la uia, en el antiguo Mexico City College y en la Universidad de las Américas.

Desde su época de estudiante escogió o fue escogida por la Mixteca, región que contribuyó a definir y a delimitar. Sus investigaciones sobre la zona han sido consideradas por los especialistas como su aportación académica más destacada, plasmada básicamente en la investigación que en 1950 presentó como tesis de maestría en la ENAH, titulada *La Mixteca, sus etnografía e historia prehispánicas*, publicada por la UNAM en 1954.

Como un sentido y activo homenaje a la memoria de la maestra, creo que es válido referirme brevemente a su obra sobre la Mixteca, la cual, a través de sus tres reimpressiones (1956, UNAM; 1979,

Gobierno del Estado de Oaxaca, y 1990, UNAM) muestra su validez y el por qué se convirtió en modelo y lectura obligada para estudiantes y estudiosos de la antropología nacional en general y oaxaqueña en particular.

*La Mixteca* consta de cuatro partes principales, organizadas en XVII capítulos, antecidos por una corta introducción y precedidos por unas concentradas conclusiones. En ella, su autora busca "aportar datos sobre la cultura material de la Mixteca tal como la encontramos a través de los dos primeros siglos que siguieron a la conquista española, y en menor grado, a través de los códices y la arqueología". En el desarrollo de la obra, con una lógica impecable, la maestra nos introduce al entono geográfico-cultural de la Mixteca y sus habitantes, para después diseccionar, con fino bisturí, los diversos aspectos vitales-cotidianos, organizativos y socioeconómicos, para terminar con los intelectuales y espirituales de los mixtecos.

El discurso del libro, si bien a veces necesariamente descriptivo, se caracteriza por su tinte fundamentalmente analítico y comparativo; en este último aspecto, dentro del ámbito mesoamericano, los principales grupos a que recurre son tarascos y mexicas, y fuera de dicha superárea, a grupos de regiones centro, sudamericanas y circuncaribes. Esto nos señala indudablemente una muy amplia y extendida dinámica del mundo indígena precolumbino, en el cual los rasgos culturales y las especializaciones artesanales rebasaron las áreas y superáreas culturales establecidas muchos siglos después con fines analíticos.

Con el paso del tiempo, como es natural en el proceso del conocimiento, los nuevos estudios sobre la Mixteca complementan, modifican y en algunos casos incluso sobrepasan lo dicho por la maestra. Sin embargo, la vigencia de sus planteamientos y su amplitud en el tratamiento de los mismos, aunado a lo ya señalado sobre su vigencia, hacen de *La Mixteca, su cultura e historia prehispánica*, uno de los estudios clásicos de la antropología mexicana.

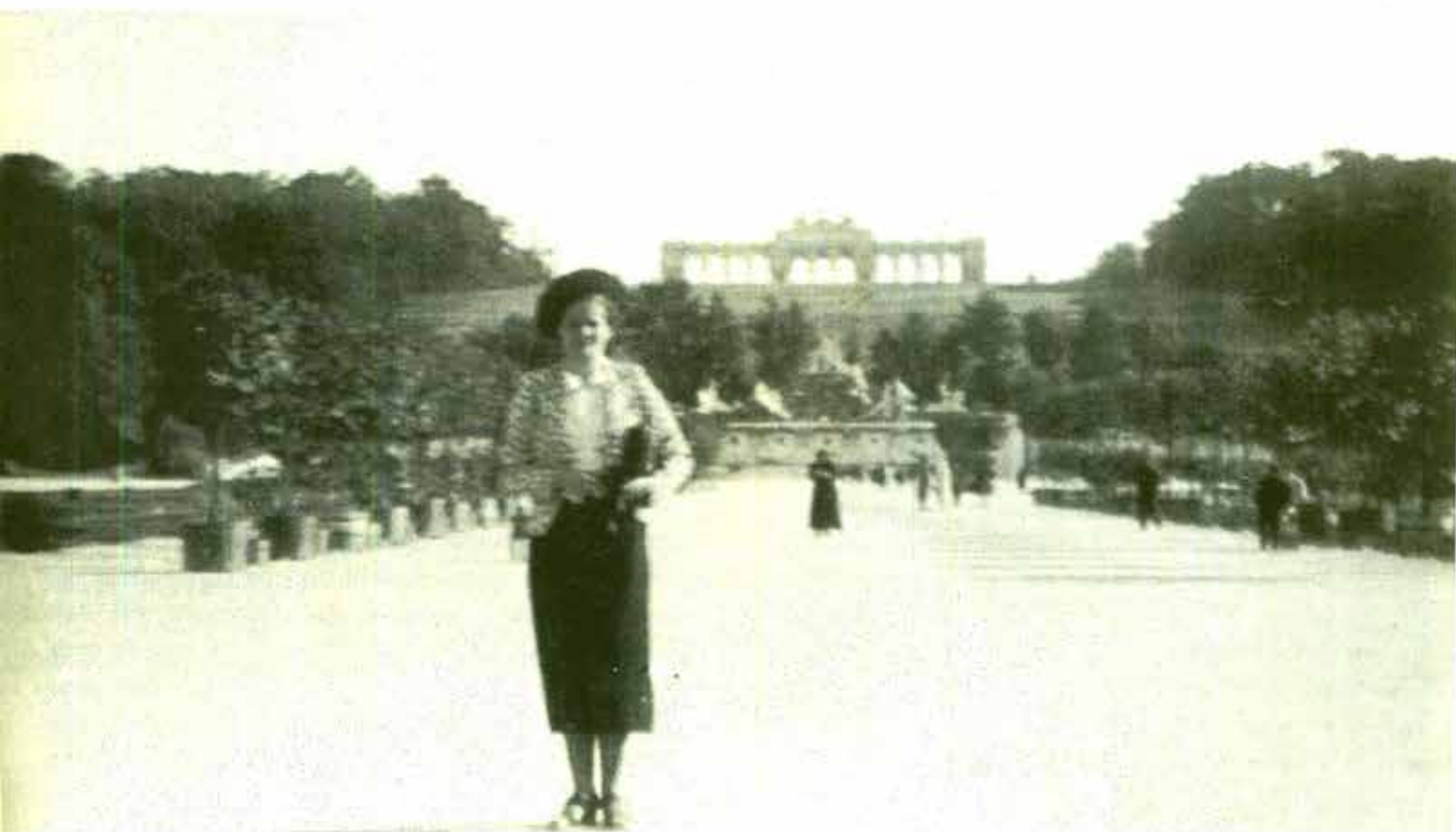
Lo dicho apenas es un modesto apunte sobre las contribuciones de la maestra Dahlgren a nuestra disciplina. En lo personal, le agradezco mucho el afecto y apoyo que siempre me brindó y, por qué no, también los regaños que alguna vez me prodigó. Espero, si eso es posible, poder reencontrarla cuando complete mi ciclo.

#### NOTAS:

<sup>1</sup> Cfr. Quezada, Noemí, "Barbro Dahlgren de Jordán", en Lina Odena Güemes (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 9, México, INAH, 1988, pp. 610-620.

<sup>2</sup> Téllez Ortega, Javier, "La época de oro (1940-1964)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, vol. 2, México, INAH, 1987, pp. 289-338.





Barbro Dahlgren en Austria.

## Barbro Dahlgren. Enigmática exégeta de la mujer pápago

Ana María Salazar Peralta\*

**A** principios de 1980, quienes nos encontrábamos desarrollando tareas académicas en el Instituto de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, recibimos con entusiasmo la noticia de que la maestra Barbro Dahlgren se incorporaría a la especialidad de Etnología, como investigadora titular "C" de tiempo completo. Ella venía en calidad de investigadora jubilada del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Su experiencia como investigadora de campo, curadora del Museo Nacional de Antropología y profesora titular de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la acreditaban como una incorporación muy prestigiosa para la Universidad Nacional. Junto con Ada D'Aloja, Antonio Pompa y Pompa y Johanna Faulhaber, constituyeron un núcleo de profesores y alumnos fundadores de la antropología mexicana. Ellos encabezaban una planta de profesionales que fortaleció el prestigio académico en materia antropológica en esta institución.

A Barbro Dahlgren le precedía una profusa tradición oral. Colegas y alumnos invariablemente al escuchar su nombre no podían eludir o ignorar a tan destacada profesional. Su imagen de antropóloga integral era su carta de naturalización en el interior de la comunidad antropológica mexicana. Las referencias a su vasta experiencia de campo fueron siempre una constante. Se destaca, por ejemplo, su imprescriptible interés por la biografía de una mujer pápago. Esta referencia invariablemente arrojaba un alud de comentarios y anécdotas sobre la dimensión docente y pedagógica de la maestra.

\*Investigadora del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM.



Para muchos, el *Diario de la mujer pápago* se convirtió en un emblema de la maestra Dahlgren. Después de tratarla, conocerla, respetarla y, por supuesto, quererla, debo reconocer que su interés en esta etnografía más que una obsesión, fue para Barbro Dahlgren el despliegue de una pasión infinita por la etnografía, entendida como *el hecho social total* —parafraseando a Marcel Mauss.

Debo reconocer que no tuve la oportunidad de ser alumna de la maestra Dahlgren en las aulas de la Escuela Nacional de Antropología. Sin embargo, esta carencia la compensé con su generosa voluntad de orientación y prodigiosa sabiduría —a veces— enigmática. Su enorme capacidad de procesar información y verbalizarla en la interlocución daba la impresión, aparente, de secuencias inconexas. Pero nada estaba más lejos de la anarquía o el desorden. Su capacidad discursiva podría describirse como un hiperlenguaje sofisticadamente estructurado. Sólo se requería prestar atención y al final uno podía sentirse recompensado por una avalancha de datos etnográficos, etnohistóricos, históricos, arqueológicos, lingüísticos e, incluso, con traducciones simultáneas, en las múltiples lenguas que ella conocía a la perfección. La transmisión de estos saberes era

enriquecida por sus amplios conocimientos en historia del arte. Ello daba cuenta del enorme capital cultural que logró acumular a lo largo de su vida.

Uno de los rituales que añoramos quienes tuvimos el privilegio de convivir con *nuestros queridos maestros*, era reunirnos a tomar el café. No eran sesiones de ocio; muy por el contrario, en múltiples ocasiones eran coloquios y verdaderas mesas redondas sobre temas de investigación, sobre la antropología mexicana y sobre sus personajes. Después de la consabida bienvenida y del coloquial “qué dice la familia...”, como necesario preámbulo se abordaba un tema, una consulta, o se aportaba un dato de campo; se compartía un comentario sobre un nuevo artículo o reseña de eventos académicos, etc. Dahlgren invariablemente salía al debate, con economía, elegancia y parsimonia en la argumentación. Así, entre tazas de café y pan dulce, se fue gestando otra modalidad formativa en la vida cotidiana de Antropológicas. Las visitas de colegas, alumnos y tesis de la maestra, también fueron capitalizadas en este afán formativo, amén del despliegue de oportunidades que tuvimos en el desarrollo de los seminarios y los congresos internos. Incluso la charla de pasillo podía convertirse en una magnífica ocasión

para aprender. Y en esas lides, la maestra Dahlgren se destacaba en la oportunidad, sagacidad y profundidad de sus aportaciones a nuestro conocimiento.

Considero que mi trabajo sobre el café en Chiapas le significaba un referente y la conectaba con sus propias experiencias de campo. Pero creo que el vínculo que más nos estrechó fue cuando comencé mis investigaciones en Morelos y, particularmente, en el municipio de Tepoztlán. Ése fue un referente muy significativo para mí, pero creo que también para ella, ya que la maestra Faulhaber y la maestra Dahlgren habían desarrollado investigaciones en antropología física y etnográficas respectivamente en esa región morelense. Al platicarles los resultados de mis pesquisas, a la maestra Dahlgren le provocaba un efecto de inmersión al pasado profesional y personal, pues ella, la maestra Faulhaber, Kirchhoff y Fernando Jordán fueron de los primeros avecindados en Tepoztlán en una época en la que esto era un suceso inusitado en la comunidad. Así, al compartir sus recuerdos conmigo, me aportaba un sinfín de datos sobre la historia y la dinámica sociocultural de Tepoztlán. Datos que con posterioridad pude investigar en el archivo municipal y en otras fuentes documentales con las que constaté lo valioso de su aportación.



Barbro Dahlgren esperando sus resultados en la Sorbona, París 1938.



También a la distancia resultan invaluable las aportaciones que surgían cuando la maestra dialogaba con Noemí Quezada, con Otto Schuman, Carlos Navarrete y con Andrés Medina. Ella les refería algún dato o pasaje de alguna vivencia del trabajo de campo en el valle de Toluca, en la Mixteca, o alguna vivencia en el museo, etc., y ellos, como sus alumnos y acompañantes en múltiples recorridos, desplegaban un inventario de datos y signos culturales que muchas veces hacían palidecer al *Human Relations Area files*. Asimismo, los nombres de Jesús Montoya, Toño García de León, Perla Valle, Lourdes Suárez y Emma Pérez Rocha, siempre le despertaban un comentario amable, distinguiéndolos con un profundo reconocimiento, con esa actitud nutricia que le caracterizaba.

Como presidenta de la Sociedad Mexicana para el Estudio de las Religiones, Barbro Dahlgren logró interesar al pleno de la especialidad de Etnología y a la Dirección de Antropológicas para la realización de los coloquios de Historia de la Religión en Mesoamérica y Áreas Afines I, II y III; este último en 1990. Así, los miembros de la especialidad fuimos emplazados por la maestra para sistematizar de nuestro trabajo etnográfico materiales e interpretaciones etnológicas con los que tendimos puentes interdisciplinarios en la comunicación, retroalimentación y puesta al día de la aportación científica de los académicos de Antropológicas sobre el estudio de las religiones. Y justamente, como un reconocimiento de sus compañeros y alumnos de la especialidad de Etnología, es que hemos instituido el Coloquio de Religiones "Barbro Dahlgren", como un merecido homenaje a la maestra; evento programado para desarrollarse en el 2003 en las instalaciones del Instituto.

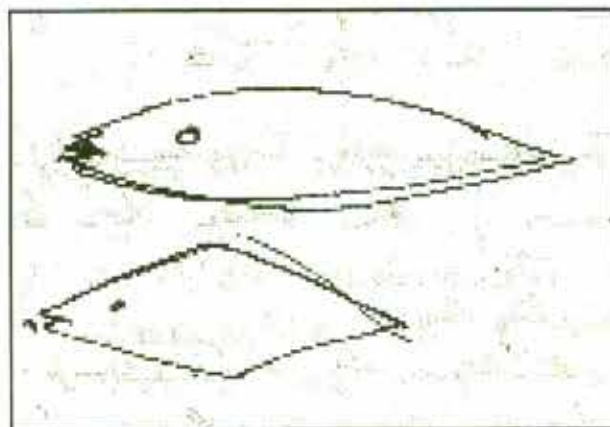
En 1991, algunos miembros de la especialidad de Etnología convocamos a un amplio grupo de especialistas a debatir sobre el estado de los estudios con enfoque de género en México, ya que éste había sido uno de los resolutivos del congreso universitario, proponiendo se reorientaran las políticas de investigación, docencia y gestión en nuestra universidad con enfoque de género. Así nació el Seminario Permanente de Antropología de Género. La maestra Dahlgren fue un miembro fundador de este grupo; sus participaciones siempre fueron pequeñas perlas de sabiduría. Ella desempolvaba del baúl de los recuerdos anécdotas y pasajes que ilustraban algunos de los temas que se abordaban en nuestras reuniones. Ahí, me pude percatar de lo valioso de su experiencia de campo en las comunidades indígenas, experiencia que había forjado en ella una visión caleidoscópica de la dinámica socio-cultural de las relaciones entre hombres y mujeres. Su pasión por la etnografía fue también una manera de desentrañar, a través de la observación y la clasificación de los fenómenos sociales, el modo de



Barbro Dahlgren en Europa.



Zinacanteco. Dibujo de su cuaderno de notas.



Pescados : Dibujo de su cuaderno de notas.



vida, la cosmovisión, el sentido de esos pueblos estudiados, en el contexto de la multiculturalidad en la que se desarrollan estas modernas sociedades tradicionales.

Respecto a la pasión de la maestra Dahlgren por la etnografía de Chona, la mujer pápago, habitante del desierto, en una entrevista que le hizo Ruth Underhill, cuyo trabajo etnográfico fue traducido por la maestra Dahlgren, ésta comentó que no la guiaba el afán de editar una etnografía más en español, sino el de darle voz a un sector social silente por la marginación, la estratificación y la discriminación histórica en la que viven las mujeres, indias y pobres del territorio nacional. La traducción de este trabajo permitió a muchas generaciones de antropólogos comprender el significado del deber ser y el orden genérico en sociedades de cazadores recolectores seminómadas. La dominación y subordinación emergen en esta etnografía como aspectos que vertebran la historia de vida de Chona; su aspiración de destacar socialmente en igualdad con los hombres es el elemento que colorea y da textura a la biografía de este personaje pápago, quien en la vejez revierte el sometimiento, la constante preñez y el arduo trabajo de una vida, hasta alcanzar la recompensa social del reconocimiento y la posibilidad de detentar autoridad y gobierno sobre su parentela. Sin embargo, el reconocimiento social no logra someter la frustración de Chona, acotada en su testimonio: "No es agradable ser vieja. No es

bonito. Para la próxima vez que usted venga, yo ya no estaré aquí". Muchas son las enseñanzas que derivan de la lectura de este trabajo.

Pero también son muchas las enseñanzas que derivan del esfuerzo pedagógico de la maestra Dahlgren, que sin afán militante y mucho menos con pretensiones feministas, ilustraba con sencillez las vivencias de una mujer indígena en un mundo donde el varón tiene todas las ventajas. Mientras que el ser mujer es de por sí problemático y conflictivo, la situación se agrava porque el mundo del propio grupo social está colocado en condiciones de desventaja y, en consecuencia, el ser mujer es aún más problemático y conflictivo estructural y simbólicamente.

La maestra Dahlgren se ha ido. Se ha alejado del mundanal ruido. Y sin embargo, en medio del dolor de su partida, festejo su existencia y el enorme privilegio de haberla conocido. Pero sobre todo, haber disfrutado su afecto y sabiduría en un contexto de docencia informal, que ella supo ejercer hasta el último momento de su vida. En la última oportunidad que tuvimos de interactuar con ella, lo primero que nos preguntó a quienes fuimos a visitarla a Cuernavaca fue "cuándo nos vamos a la escuela". Sólo me queda decir, gracias maestra Dahlgren, conocerla fue uno de los mayores privilegios de mi vida. Todos los tributos que podamos hacerle no alcanzan a compensar la generosa calidez de sus enseñanzas. Muchas, muchas gracias.



Paseo en 1939.

Cladio de  
campo

COLECCION  
DIARIO DE CAMPO

COORDINACION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA  
INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA



En sus palabras...

# Barbro Dahlgren

*Diarios*  
DE CAMPO

SUPLEMENTO NO. 21 AGOSTO 2002







Barbro Dahlgren en su natal Suecia.





Barbro Dahlgren en Tepoztlán.

## Presentación

María José Con\* y Magalí Daltabuit\*\*

**E**n 1979 organizamos un ciclo de conferencias en el Museo Nacional de Antropología. El ciclo, al que llamamos “Vidas en la antropología mexicana”, reunió a connotados investigadores de las diferentes ramas de la antropología y maestros de muchas generaciones, para que hablaran de sí mismos, de cómo llegaron a la antropología, de sus experiencias a lo largo de su formación académica y posteriormente de su vida profesional, así como de su apreciación de la antropología desde la perspectiva de su especialidad.

Lo que aquí se presenta es una síntesis de la conferencia dada por la maestra Barbro Dahlgren hace 23 años. Esperamos que la versión íntegra de esa exposición, junto con las de otros ocho reconocidos antropólogos, sea publicada en breve.

### Barbro Dahlgren

Puede decirse que mi carrera en los campos de la etnografía, etnología o etnohistoria se inscribe parte en la tradición mexicana de enseñanza e investigación y parte en una serie de eventos circunstanciales como la enseñanza, la creación de nuevos museos y los puestos administrativos. Pero básicamente se debe a la formación que nos dieron los maestros de la carrera que escogimos y claro está, a la forma como supimos responder y aprovechar aquellas enseñanzas.

Mi interés data de mis días de estudiante en el Politécnico Nacional, donde el doctor Paul Kirchhoff enseñaba etnología general. Del curso que tuve sobre Oaxaca salió la enseñanza de investigación, es decir, los métodos de análisis y clasificación. Nuestros trabajos formaron parte del material que permitiría al doctor Paul Kirchhoff elaborar su famoso artículo sobre Mesoamérica. También tuvimos un seminario sobre Baja California, en relación con una publicación –con prólogo de Kirchhoff– en español de una de las crónicas alemanas más singulares que se conocen de la península.

Al entrar como becaria al Museo en Moneda 13, quedé adscrita a la oficina de los profesores Wigberto Jiménez Moreno y Roberto Weitlaner. En ese momento ambos tenían mucho interés en Oaxaca y el museo planeó un trabajo que iba a ser exhaustivo sobre las culturas de Oaxaca, tanto en el campo de la antropología física como etnografía y folklore. Para entonces, Julio de Fuente llevaba ya tiempo entre los

\*Investigadora del Centro INAH-Quintana Roo.

\*\*Investigadora del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias de la UNAM, Campus Morelos.



zapotecos de Yalalag y Choapan y el ingeniero Weiltaner y su hija Irmgard entre los chinantecos. A los triquis fueron Carlos Basauri como etnólogo con Arturo Monzón como alumno, y el doctor Juan Comas y su alumno Eusebio Dávalos para antropología física; la doctora Ada D'Aloja y Johanna Faulhaber fueron a la Chinantla. Allí no fue todo "un camino de rosas", como diría Hanna. Recuerdo el primer día de llegada a los triquis, que nos llevaron a un señor que casi le habían partido el cráneo de un machetazo, y les aseguro que si Dávalos no lo hubiera curado, los demás tampoco hubiéramos regresado.

A mí me mandó Jiménez Moreno a mi primer recorrido de la Mixteca Alta con Tlaxiaco como base. En un pueblo cercano pude asistir a la primera fiesta indígena del Santo Niño de Atocha, con una sencilla danza de Moros y Cristianos.

Como al profesor Jiménez Moreno le interesaba mucho la lingüística, pasamos varios días en casa del doctor Pike (un lingüista de verano de las primeras épocas) en San Miguel el Grande, Oaxaca. Pero una lengua tonal tan complicada, por no decir endiablada, no era para mí. El doctor Pike conocía muy bien el terreno y nos llevó a la iglesia, donde en el altar había cosas de ovejas y plantas, y unas piedras de forma más o menos antropomorfa que en aquel tiempo todavía eran adoradas. También fuimos a sacar a la bruja, que estaba en la cárcel por borracha. Éste era San Miguel el Grande, un pueblo que no se distingue precisamente por ser abstemio.

Al regresar a la ciudad de Oaxaca, llegó la orden de Caso de que teníamos que ir a copiar y estudiar



Foto no identificada.

un lienzo en Santa María Nativitas, pueblo chochó bastante triste y airoso, no lejos de Coixtlahuaca.

De regreso en México me tocó copiar el mapa de Tezacoalco. Mientras, Jiménez Moreno estaba estudiando los jeroglíficos, logrando a través de la alianza de Nativitas una coordinación de fechas mixtecas y mexicanas. Ambos mapas habrían de resultar de enorme interés para los futuros estudios genealógicos de Caso de los códigos mixtecos. El doctor Alberto Ruz tenía su personaje, doña Eulalia Guzmán también tenía el suyo y lo perseguían a través de todos los códigos. Pero lo que aquí ocurrió por vez primera fue que un personaje que se encontraba en las fuentes históricas coincidía con el mapa.

Pero volviendo a la Escuela y a nuestra formación, creo que el interés de muchos de nosotros tendía menos a la especialización y más a un sentido de la unidad de las diferentes ramas de la antropología. Así, la mayoría de los futuros arqueólogos asistían a cursos y seminarios de etnología; los etnólogos, como era mi caso, a los de arqueología o a los de lingüística.

Pero entonces, había también una amplia comunicación, o mejor dicho, una mayor cohesión entre las diferentes carreras. Por otra parte, había también alumnos que daban clases: el doctor Jorge A. Vivó daba antropogeografía y culturas de América, Alberto Ruz daba francés y Hanna Faulhaber, alemán. En esa época, hubo mucho estímulo gracias a la recién fundada Sociedad Mexicana de Antropología, cuyas sesiones eran un foro donde se presentaba todo lo último en el campo de la antropología dentro del mundo mesoamericano. Luego estaban las mesas redondas, enfocadas desde todas las ramas de la antropología hacia problemas o áreas específicas, a las que asistíamos en calidad de anónimos, oyentes o ayudantes. También había congresos de historia organizados por Antonio Pompa, donde se reunían no sólo historiadores de provincia y del centro del país, sino antropólogos e investigadores de estéticas.



Barbro Dahlgren



Al pasar la Escuela al edificio de Moneda 13, se estableció el primer contacto con la primera generación del Colegio de México y es obvio que este acercamiento fue bien aprovechado, como se refleja en las obras de Pablo González Casanova, y de Moisés y Luis González y González, que poseen unas buenas y perfectas introducciones antropológicas.

Tuvimos maestros inolvidables, como Alfonso Caso, con su brillante enfoque al analizar a los mexicas en términos modernos, hablando ya de impuestos internos, de impuestos comunales, etc. y dejando atrás aquellos relatos de la sangre chorreando. También recuerdo a don Pablo Martínez del Río, que nos familiarizaba con todas las teorías antes de interponer su propia inclinación. No olvidaré los inmensos conocimientos de don Pedro Bosch Gimpera, que nos trajo corriendo tras el vaso campaniforme, o las brillantes exposiciones de Paco de la Maza, con sus expresiones del "barroco tremens". Tuvimos cursos también con Miguel Covarrubias y Othón de Mendizábal.

A partir del segundo año, no hubo dinero para prácticas de campo, así que bajo la supervisión del doctor Kirchhoff, Pedro Armillas y yo elaboramos un pequeño manual para estudios de distribución y sus claves en mapas. En el tercer año la misma historia, pero una muchacha Contreras y yo, juntamos lo que buenamente alcanzábamos y nos unimos al ingeniero Weitlaner para presenciar la celebración de la semana santa entre los chinantecos de Usila, donde yo debía levantar planos de casa. De allí nació más tarde mi interés por la mitología, gracias a que el ingeniero me dio a conocer las versiones que había registrado sobre la creación del sol y la luna. Este interés fue fortalecido cuando en un seminario impartido por el doctor Alfred Métraux me tocó el tema del chamanismo entre los grupos amazónicos. Más tarde habría de regresar a lo sudamericano y a lo circuncaribe como ayudante del doctor Kirchhoff.

Teniendo en cuenta aquellos viajes, los códices, y la amable ayuda del profesor Jiménez Moreno, no es extraño que mi tesis versara sobre la Mixteca prehispánica, para lo cual pude contar con las genealogías de los códices estudiados por el doctor Caso.

Se preguntarán y con mucha razón que dónde quedó la etnología. Pues curiosamente, y no obstante la tradición de Manuel Gamio como el coordinador del primer estudio regional realizado en el mundo, la etnología moderna era practicada tan sólo por Julio de la Fuente, quien después colaboraría con Malinowski

en el primer estudio sobre los mercados de Oaxaca. Por otra parte, estaba toda la serie de estudios de comunidad publicados bajo la dirección de Robert Redfield, quien en Yucatán conoció y formó a aquel antropólogo nato que es Alfonso Villa Rojas.

En cuanto a toda aquella primera generación de etnólogos y futuros antropólogos sociales, se formaron en la escuela de Redfield a través de Sol Tax, que llevó a un grupo de pasantes a estudiar al pueblo de Zinacantan en Chiapas. Fue una rigurosa y dolorosa enseñanza de trabajo de campo a la cual asistimos Ricardo Pozas, Fernando Cámara, Calixta Guiteras, Miguel Acosta Saignes, Ann Chapman, Pedro Carrasco y yo. Y digo dolorosa, porque como era invierno, a los primeros cohetes que tronaban había que saltar de la cama y correr al pueblo a ver lo que pasaba. Luego no podíamos acostarnos hasta haber transcrito todas las notas del día —la famosa técnica de diario de campo—, que es importante porque ya en la tarde apenas uno recuerda lo visto en el día.

Hoy día, como ustedes saben, Zinacantan se ha vuelto, según sospecho, el pueblo más estudiado del mundo, con enormes equipos de Harvard, Chicago y más tarde la Universidad de Stanford. Todo esto duró 30 años, lo cual hace pensar si Zinacantan no se volvió informante profesional... bueno, es una ligera sospecha, pero además honestamente, no entiendo cómo los aguantaron.

En 1947 ingresé como investigadora al Museo de Antropología y a la vez como profesora de la Escuela Nacional de Antropología; di clases de etnología de México y Centroamérica, a las que se fueron agregando otras materias, como Sudamérica, metodología, religión, mito y magia, África y Oceanía, etcétera.

En el año 1951 participé en la expedición que mi marido Fernando Jordán y Javier Romero organizaran para estudiar las pinturas descubiertas por él en la Cueva de San Borjitas en Baja California.



Barbro Dahlgren en Europa.



Junto con Romero hicimos la publicación correspondiente. Ésta fue la primera publicación moderna, porque en realidad algo ya decían Clavijero y también León Diguét, un francés del siglo pasado. En ese momento nadie se tomó en serio nuestro trabajo, hasta que los americanos empezaron a estudiarlo y entonces sí resultó importante.

Poco después nuestro amigo don Antonio Pompa halló un interesante manuscrito sobre la grana cochinilla y me encargó el prólogo y la edición. Significaba conocer un nuevo aspecto de Oaxaca en el siglo XVII, y para poder estudiar con tranquilidad todo esto obtuve una beca de la Universidad Iberoamericana.

Desde 1960 formé parte del comité de planeación del nuevo museo y escribí un par de guiones para las salas: coras y nahuas de Jalisco, así como parte de huicholes y zoques. Durante 1963 y 1964 me tocó ser asesora de la sala de Introducción a la Etnografía de México, y ayudar en la de los otomianos. Como se trataba de una sala comparativa y parte consistía en rescatar piezas de grupos no incluidos expresamente como los nahuas, zoques y mixtecos de la costa, tuve la oportunidad de conocer nuevas regiones y culturas.

En 1965 y 1966 tuve a mi cargo la curaduría de Etnología del Museo de las Culturas y se nos encomendó la tarea de rescatar el Museo de Moneda. Trabajamos allí Julio Olivé, Beatriz Barba y yo con dos museógrafos: Pepe Lameiras y Manuel Oropeza. Nos pasamos días y noches tratando de levantar el museo para que se inaugurara un día 4 de diciembre.

Luego fui llamada a ser subdirectora de Investigaciones Históricas bajo el doctor Jiménez Moreno, donde en aquel tiempo se cultivaban casi todas las ramas de la antropología. Allí leíamos trabajos y tesis y salíamos a investigar y buscar. Fue



Barbro Dahlgren en Europa.

un trabajo muy interesante, en un clima de tranquilidad relativa, pero luego empezaron los sexenios de vendavales y de un día a otro dijimos adiós. Pero el mismo sexenio que nos sacó a nosotros puso a Fernando Cámara de subdirector del INAH, quedando libre la Sección de Etnología en el Museo de Antropología, de la cual pasé a encargarme. Allí estuve por un periodo de dos años y medio, en tiempos del doctor Guillermo Bonfil. Actualmente, con los nuevos cambios del último sexenio, se logró la creación del nuevo Departamento de Etnohistoria, quedándome al frente de éste.

Hay un aspecto importante que quisiera mencionar: si dar clases no es precisamente el sueño dorado de todos los maestros, sí lo es el contacto con las generaciones jóvenes, sobre todo en la relación mucho más personal que se establece al dirigir tesis y revisar trabajos, por tanta gente suave que se llega a conocer.

Recuerdo cómo en Investigaciones Históricas nos reuníamos los domingos, e íbamos a reconocer el valle de Toluca; uno ponía carro y gasolina, otro la comida y así por el estilo. Noemí Quezada y yo íbamos en búsqueda de unos denominadores comunes de la antigua área matlatzinca, otras veces íbamos con el ingeniero Weitlaner y Manuel Alvarado, Noemí y Toño García de León hacia el valle de Ixtlahuaca. Con Mágina Nolasco fuimos a trepar al santuario de Santa Cruz Tepexpan y comprar material para la sala Otomí que no tenía nada. De todo ello salió un artículo en el *Boletín del INAH*.

Viajé por todas partes; las últimas dos salidas que recuerdo muy especialmente, gracias a la amabilidad de mis ex alumnos, fue por ejemplo la que hice para ver la semana santa en San Andrés Cumiata. Otra vez, Guido Munch me llevó a ver una sesión de brujería entre los mixes. Se hizo hacer sus muñequitos y salimos a las once de la noche para llegar a la cueva en la cumbre de un cerro, lleno de calaquitas, cajas de muñecas, etc. El brujo agarra un guajolote, lo degüella y lo suelta; si cae al sur es buena suerte y si cae al norte es mala suerte. Y fue al norte realmente porque Guido se enfermó de los riñones y yo tampoco andaba muy alegre.

Otro alumno, Jaime Nieto, que estaba en aquel tiempo en el proyecto del Balsas, nos llevó a una fiesta del viernes entre los triquis. Nunca se me va a olvidar su plasticidad, en medio de la noche, con teas prendidas y sus soberbios huipiles y cada grupo de viejitas bailando felices.

Porque es en estos momentos cuando uno logra captar siquiera un destello de la cultura indígena, y quizás también entender la importancia que para ellos tiene su cultura tradicional. Pienso que solamente en sus propios términos debemos buscar ayudarles, y eso siempre de acuerdo con su propia voluntad.



# Los purépechas de Michoacán.

Barbro Dahlgren

Carlos García Mora\*



Barbro Dahlgren con amigas en Europa.

y

## Presentación

a en el año 1967, y desde fecha imprecisa, en el Museo Nacional de Antropología estaba instituida la loable labor de organizar ciclos de conferencias impartidas por antropólogos destacados sobre diversos temas históricos y antropológicos, en su entonces nuevo y elegante auditorio Jaime Torres Bodet. Tales ciclos de conferencias vespertinas, que fueron un éxito, lograron atraer un público constante y se sucedieron varios años. Desafortunadamente, con los cambios de director y política en el citado museo, éstos se suspendieron. Gracias a que, por un tiempo, dichas conferencias eran grabadas, transcritas, impresas en mimeógrafo y distribuidas entre los interesados, actualmente es posible conocer el contenido de algunas de ellas.

Tal es el caso de la dictada por la profesora Barbro Dahlgren†, etnóloga sueca vecindada en México, y ese año investigadora del Instituto Nacional de Antropología e Historia, quien dedicó su plática al tema de lo que ella misma llamó "el problema de los tarascos o purépechas", haciendo referencia a la problemática antropológica que la existencia del pueblo purépecha y sus antecedentes históricos presentaba al conocimiento científico del pasado y presente de este pueblo.

Durante su exposición, Dahlgren intentó resumir el conocimiento purepechológico disponible y señaló los aspectos cuyo estudio prometía frutos prometedores. Como el lector podrá constatar, el enfoque por ella adoptado estaba fuertemente influido por la etnología entendida a la manera en que su maestro Paul Kirchhoff la impulsó. Particularmente notable es que ella consideró "el problema tarasco o purépecha" como uno de los más importantes de la mesoamericanología de su época.

Dado pues este contenido y el hecho de que se trata de una rareza bibliográfica difícil de consultar, el Grupo K'uanískuilarani de Estudiosos del Pueblo Purépecha creyó conveniente distribuir entre sus miembros una transcripción en una edición

\*Investigador de la Dirección de Etnohistoria del INAH.



fotocopiada. Ello con motivo de cumplirse los cinco años de haberse fundado el grupo y haber dedicado su sesión de aniversario justamente al tema "Los enigmas del pasado y presente del pueblo purépecha", lo cual hace oportuna su distribución.

Se trata de un documento precedido por una carátula con letras de imprenta e integrado por 25 hojas tamaño carta impresas de un solo lado en mimeógrafo, cuyos estarcidos fueron picados con máquina eléctrica o usando lo que entonces se denominaba "esténciles electrónicos". En la última hoja se enumeraron los funcionarios responsables de las dependencias involucradas: Lic. Agustín Yáñez (secretario de Educación Pública), Mauricio Magdaleno (subsecretario de Asuntos Culturales), Dr. Eusebio Dávalos Hurtado (director del Instituto Nacional de Antropología e Historia), Lic. Joaquín Cortina (jefe del Departamento de Promoción y Difusión del INAH), Dr. Ignacio Bernal (director del Museo Nacional de Antropología), y Lilia Trejo de Aveyra (jefa de la Sección de Difusión Cultural del Museo Nacional de Antropología).

La transcripción aquí reproducida se realizó usando una fotocopia de un ejemplar conservado en la Biblioteca Central de la Universidad Nacional Autónoma de México (catalogado con la clasificación F1219/A58),<sup>1</sup> ubicada en la Ciudad Universitaria del Distrito Federal. Como este documento es, a su vez, transcripción de una grabación fonográfica, y aunque cabe la posibilidad de que la autora la haya revisado, se decidió corregir puntuación, ortografía,

mayúsculas y otros detalles, en vista de lo inacabado de su revisión, respetando invariablemente el contenido. Los nombres de lugares, dioses o personajes se han tratado de acercar a su grafía actual.

Por cierto, dado que se trata de una transcripción, el lenguaje usado es muchas veces coloquial y ello provoca defectos en la redacción, lo cual deberá tener en cuenta el lector. También habrá que considerar que la autora tenía una visión europea, patente en su manera de referirse a los pueblos americanos ("indígenas"), sus representaciones sagradas ("ídolos") y la naturalidad con la que se refiere a la evangelización; sin embargo, procura hacer una reconstrucción histórica apegada a una antropología que deseaba comprender en sus propios términos la confederación tarasca antigua y el pueblo purépecha contemporáneo.

Dado que sobre los tópicos aquí tocados se sabe considerablemente más hoy en día, esta conferencia puede parecer anacrónica y, de hecho, lo es. Sin embargo, contiene algunas ideas que siguen siendo útiles y constituye una fuente para la historia de la purepechología, pues muestra la visión que, en 1967, tenían los miembros de la generación de la autora sobre lo que entonces ellos denominaban "el problema tarasco".

El occidente de México era un mundo extraño y en extremo complejo. Allá, sobre un antiguo fondo común mesoamericano, se cruzaron —y quizá en repetidas ocasiones—







Barbro Dahlgren en Paris.



corrientes culturales provenientes del norte, del sur y del altiplano central. Su paso quedó testimoniado no sólo por la arqueología, sino también por la lingüística y las tradiciones locales.

Una de las características más significativas de la costa del [océano] Pacífico es la increíble proliferación de idiomas y dialectos del tronco yutonahua y junto a ellos la existencia, podíamos decir esporádica, de idiomas de otros troncos. Sin duda, muchas de las características tan particulares de esta área cultural se deben a su situación geográfica,



Chapultepec 1939.

Por 'occidente de México' entendemos un área que se extendía desde los límites de Guerrero con Oaxaca, hasta los confines de Nayarit con Sinaloa, o sea, abarcando los actuales estados de Guerrero, Michoacán, Colima y Nayarit, así como partes adyacentes de Jalisco. Tal situación permitía recibir, por una parte, influencias que se transmitirían a lo largo de la costa del Pacífico, por mar, mientras tierra adentro la zona lacustre de Michoacán y Jalisco conectaba a la meseta tarasca con el Bajío y el altiplano central.

En el occidente florecieron, a veces vegetaron, durante muchos siglos, quizá desde el siglo V de nuestra era, una serie de pequeñas culturas locales, cada una de las cuales a veces tenía su propio idioma. Sin embargo, a partir de los principios del siglo XV esta situación habría de cambiar radicalmente. Por entonces, los tarascos, un pequeño grupo venido del norte uno o dos siglos antes —creemos que venidos del norte— había logrado la hegemonía política del centro de Michoacán y hasta allá fueron extendiendo sus conquistas sobre pueblos comarcanos y vecinos. Para el año de 1480, habían logrado forjar un reino tan extraordinario, que contra él se estrellaría cualquier intento de conquista de la Triple

Alianza, principiando con la derrota de Ahuizotl y sus tropas.

Es muy frecuente oír decir que si la Conquista se hubiera retrasado 100 años, los españoles hubieran encontrado a los tarascos como señores del Anáhuac. Cambios similares se operaron también en otras partes de nuestra área: se habla por ejemplo de la gran Colima como un poderío en ciernes que había sido capaz de contener algunos de los avances tarascos.

El problema de los tarascos o purépechas puede enfocarse de diferentes ángulos; por una parte, lo poco que sabemos de ellos a su llegada a suelo michoacano; por otra, lo que se conoce acerca de las antiguas culturas radicadas allí desde hacía mucho tiempo y hasta que fueron enseñoreadas por los tarascos, y por último, el proceso de transformación que hubo de sufrir un pequeño grupo de cazadores chichimecas para transformarse, primero, en un grupo dominante y, finalmente, en los señores más poderosos del México de aquel entonces, siempre y después de los mexicanos. Es una historia fascinante que se puede seguir casi paso a paso, gracias a la tradición oral que se fue transmitiendo de una generación a otra por los sacerdotes de la corte de Tzintzuntzan.<sup>2</sup> En 1541, fue transcrita por un fraile franciscano,<sup>3</sup> quien le puso por título *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la provincia de Michoacán*, la cual generalmente se conoce como la *Relación de Michoacán*.

En esta plática, haremos un brevisimo resumen de lo que se conoce hasta la fecha acerca de los tarascos y luego trataremos de señalar algunos rasgos de la cultura del occidente que se nos antojan prometedores para futuras investigaciones.

Purépecha<sup>4</sup> quiere decir 'gente', y es el nombre correcto del grupo que hasta aquí hemos llamado tarasco, ya que es el que usaban ellos mismos en tiempos prehispánicos. Los mexicas los llamaron michihuaque, 'la gente que tiene pescado'. La misma raíz tiene Michoacán, nombre con que los mexicas designaron a la capital de los purépechas y por extensión a su reino. En su propio idioma, la capital era Tzintzuntzan, 'lugar de colibríes'.

Siguiendo la costumbre mexicana, los españoles conservaron el nombre, aunque transformado en Michoacán, para la capital del reino tarasco, y ése será el nombre que conservará hasta nuestros días, primero como una provincia de la Nueva España,



luego como el obispado del mismo nombre y finalmente como el actual estado de Michoacán —con una única intrusión a fines de la Colonia, cuando se vio convertido en la intendencia de Valladolid.

Sin embargo, desde los primeros años de la Conquista se hizo popular el uso de la palabra 'tarasco', tanto para la gente como para su idioma. El padre Sahagún deriva 'tarasco' de una deidad chichimeca llamada Táras o Taras, única mención que hasta ahora se ha encontrado de tal personaje. Por su parte, fray Maturini Gilberti, autor del diccionario de la lengua tarasca, registra una palabra, 'tares[i]', que traduce por 'ídolo'. Como ninguna de estas etimologías ha resultado muy convincente, lo más probable es que el nombre se haya originado tal como lo relataron dos ancianos del pueblo de Cuitzin,<sup>5</sup> uno de los cuales se dice que tenía más de cien años y, por lo tanto, hubiera existido en tiempos de la Conquista. La información que dieron a su corregidor es que, en una refriega que tuvieron los conquistadores con los de Tzintzuntzan, oyeron a un niño llamar a otro:

—¡Tar[h]askue, tar[h]askue!

En nuestro idioma:

—¡Ah suegro, ah suegro!

Y dice textualmente: "Así los españoles les llamaron de ahí en adelante, indios tarascos. Aunque en ese tiempo, en su gentilidad, se llamaban purépechas".

La primera noticia que tenemos de ellos es la de un grupo de cazadores que un buen día se presentó en Zacapú. Corría, según piensan los conocedores de esta materia, el siglo XIII; ellos se llama[ba]n tan

sólo 'chichimecas', pero por los nombres de su jefe y de su númen titular no hay duda de que se trata de un grupo de lengua tarasca; por lo tanto, al tratar de indagar algo más acerca de su procedencia, lo indicado es principiar por el idioma.

Esto ofrece un interés muy especial, por no decir un reto lingüístico, ya que constituye una lengua aislada a la cual no se le ha encontrado ningún parentesco cercano con los demás grupos lingüísticos existentes en México. Por otra parte, a fines del siglo pasado, algunos estudiosos del idioma tarasco habían señalado una serie de semejanzas entre palabras tarascas y quechuas. Sin embargo, tuvo que pasar bastante tiempo hasta que el doctor [Morris] Swadesh, hace unos 20 años, diera principio a una serie de comparaciones sistemáticas entre tarasco y varias lenguas tanto de México como de Norte y Sudamérica. La primera fue con el zuñi, lengua de uno de los grupos de los indios pueblos situados en Nuevo México y de filiación algo dudosa, pero supuestamente emparentado con el grupo nahua. La segunda comparación se hizo con el quechua aimara del Perú y Bolivia. Más recientemente, se hizo un análisis glotocronológico:<sup>6</sup> un método por medio del cual se pretende fijar el número de siglos transcurridos desde que se separaron dos lenguas de un tronco común, basándose en el número de palabras básicas, es decir, palabras importantes que tienen en común; se calcula por siglos la distancia y si pasa de los veinte siglos no se puede hablar de parentesco cercano. La comparación se hizo entre nueve idiomas del grupo mayance, el macehuave, el tarasco, el



Barbro Dahlgren en París.



zuñi y el quechua. El resultado fue que el idioma más cercano al tarasco era el totonaco, con 40 siglos, seguido por el zoque (el zoque se habla en el oeste de Chiapas) con 41 siglos de distancia, ambos del grupo maya; para el zuñi y el quechua las distancias fueron de 43 y 46 siglos respectivamente. Siguiendo estas pistas, el doctor Swadesh ha seguido profundizando en el estudio del tarasco, tanto antiguo como moderno y de su posición dentro de la red lingüística americana.

En su trabajo comparativo entre tarasco y zuñi, un trabajo mucho más amplio, señala —además de los resultados estrictamente lingüísticos— una notable semejanza entre los dos sistemas de parentesco, así como la existencia en el zuñi de la distinción, tan típicamente mesoamericana, entre hermanos mayores y hermanos menores. Pero esos datos acerca del zuñi cobran un interés especial si los aunamos a las observaciones hechas por el profesor [José] Corona Núñez, en torno a ciertos pasajes del *Códice Plancarte* (el códice del pueblo de Karapa):<sup>7</sup> tenemos indicios de que, en dos ocasiones, hubo contactos más directos con los zuñi; el primero, a mediados del siglo xv, y el segundo, que parece algo dudoso, a raíz de la Conquista [española]. Dice textualmente el códice:

Entonces vinieron los valientes guerreros con el rey Tsitsispandekuare y empezó a dar guerra por todos los lugares, para que le dieran tributo á él en Zibulan y Paquilpan y Titelan Chapatouvato y Sichoo en Kamdalani. Esto duró mucho tiempo hasta que, por último, ya por la vejez, no pudo guerrear más.<sup>8</sup>

Comenta Corona Núñez que Tibola era el nombre que, en el siglo xvi, llevaba la provincia de Zuñi o Ziñi en Nuevo México. No se ha encontrado este nombre para otro pueblo, mientras que quichú existe todavía en el extremo nororiental de Guanajuato.

La segunda ocasión sería cuando, por temor a los malos tratos de los conquistadores, muchos decidieron huir a Sinaloa, y, dicen, por ser tierra larga. Podríamos agregar otro dato, aunque completamente aislado, que viene a confirmar aquella dispersión tarasca a raíz de la Conquista [española] hacia el lejano norte: al llegar los españoles a la comarca lagunera, encontraron allí instalada a una familia tarasca con su casa construida y su sembrado.

Para concluir esta parte, creo que se puede decir que, durante los últimos años, la

ciencia más adelantada en cuanto a dilucidar algo nuevo sobre el problema tarasco ha sido, justamente, la lingüística.

Pero volvamos a los chichimecas, que habíamos dejado en Zacapú, y veamos algunas de sus características culturales, tal cosmo se habían conservado a través de la tradición oral.

A la *Relación de Michoacán*, que seguramente está trunca, le falta la primera parte, donde trataba del origen de sus dioses y quizá también de la procedencia de ellos, pero no será imposible que algún día se encuentre. Lo que falta es bastante natural: creo yo que obedece a una actitud general que se seguía en aquella primera época, donde se escribieron tratados sobre misiones prehispánicas muy cercanas a la raíz de la conversión de los indígenas, temiendo que sirviese de una especie de prontuario para conservar los cultos y que pudieran caer en manos de los indígenas. Así por ejemplo, se han encontrado, en ocasiones, fuentes donde se ve que la censura eclesiástica había tachado todo lo referente a la religión. (Muchas veces se queja uno de las fuentes, porque dicen: "Voy a cansar al lector", etc., y lo más probable es que esas palabras las escribían los que censuraron la obra.)

Tal parece pues que, en el caso de los chichimecas, se trata de un grupo de cazadores quizá seminómadas que llegaron enviados por un jefe sacerdote. Nunca se mencionan directamente los demás miembros del grupo; desconocemos por completo cuántos fueron y qué relaciones tuvieron con su jefe. Menciono esto porque es muy distinto a lo que hemos visto, por ejemplo, en la *Tira de la Peregrinación* de los aztecas que venían encabezando a su gente guiados por los dioses.

En cuanto a sus rasgos culturales, como chichimecas, todos llevaban el cabello largo, vestían pieles y además se mencionan vendas frontales de piel de ardilla. Se pasaban los días monteando, es decir, iban por los cerros cogiendo conejos, ardillas y palomas, quizá con trampas y los guardaban en redes agollotadas que tienen cuello. Peleaban con piedras y terrones, por lo menos en un encuentro conjunto, y el jefe parece haber llevado sólo un arco muy largo que usaba también para la guerra. Como sacerdote flechaba venados, los desollaba y les ofrendaba a su dios Kurikuaweri —en su calidad probablemente de dios solar— y con la piel hacía envoltorios para el ídolo. Además,





Xochicalco 1939.



como dios del fuego, recibía ofrendas en forma de hogueras. El mismo sacerdote debía cortar la leña en el bosque y transportarla con mecapal a donde tenía guardado el dios. Este culto nunca dejó de ser el meollo de la cultura tarasca.

En su migración que, según relata la historia, va desde Zacapú hasta las orillas del lago de Pátzcuaro, esos chichimecas parecen seguir una ruta por la cual ya les habían precedido otros grupos de su misma filiación lingüística, porque se dice expresamente que aunque los otros pueblos hablasen un idioma serrano y difícil, se podían entender. Pero, por otra parte, en realidad, notamos transformaciones paulatinas muy lentas. Se habla de que, después de una o dos ciudades, levantan cúes, pero tal parece que son de tablados, de maderas. Luego, llegan a [lo que hoy se llama] Santa Fe de la Laguna y allá se quedan durante cierto tiempo establecidos, se hacen sus cúes y se habla de que allí se entierra a los jefes al pie de la pirámide o del cú.

En realidad, no es sino hasta que van a las islas cuando empieza una transformación más completa. Ahora bien, todos aquellos grupos que los habían precedido se encontraban ya establecidos como cultivadores, y en el caso de los isleños eran además pescadores. En general, parece ser que su aculturación es completa: siembran, adoran a diosas lunares y agrícolas que exigen sacrificios humanos, se rasuran la cabeza y visten *xicolli* (especie de camisa que encontramos muy extendida entre grupos antiguos en México, también entre los toltecas). Es posible pensar que eso de llegar a establecerse a una laguna es un paso bastante parecido a lo que pasó con los aztecas o mexicas, así como que llegaron de un hábitat similar anterior, no forzosamente muy lejano: quizá podrían ser la zonas lacustre de Jalisco, pero es una mera suposición.

Esta gente, que es ya muy sedentaria, no deja sin embargo de reconocer la importancia del dios de los chichimecas, Kurikawere, del que dicen "ha sido muy altamente engendrado". En cada nuevo lugar donde se presentan los chichimecas (es una de las observaciones más importantes de [Paul] Kirchhoff), los predecesores, que son su misma gente, tratan de civilizar a los recién llegados.



Barbro Dahlgren en Suecia.

Por lo que sabemos, quizá por temor a ese dios o quizá para quedarse con él, en el primer pueblo donde se establecen les ofrecen una hija para emparentar con ellos; y en otra ocasión, se ve que el pensamiento que está detrás de eso es que, una vez que haya un hijo de ese matrimonio, ellos podrán reclamar a la hija, al nieto y al dios Kurikawere.

Por cierto que, hasta este casamiento, nunca se había hablado de ninguna mujer en la peregrinación, lo cual sería otra diferencia con los aztecas, con los que viene una sacerdotisa y, ante todo, una diferencia muy fuerte entre los antiguos habitantes del lago, donde se encuentran las mujeres participando en la comida de los sacrificios.

Entre los muchos puntos por resolver, uno que me parece de mucho interés se refiere a cuál de estos grupos de chichimecas ya establecidos, de aquéllos que hemos seguido desde Zacapú, será al que se refieren las fuentes cuando hablan de la peregrinación de los mexicas y citan aquel episodio tan conocido de que su dios les ordenó que no se metieran a bañar a la laguna, mientras otro grupo lo hacía (podrían ser los tarascos); además, les esconden las ropas.

Los que se quedan en la laguna serían los tarascos, y el episodio de la ropa me imagino que es para explicar el uso del *xicolli* (una especie de camión que les llega a media pierna) y el que no usaron *maxtlatl* (lo que era mal visto de parte de los mexicas). Y aquí, una digresión: encontramos una serie de parecidos entre esta actitud muy recta y moral de los tarascos, y la crítica continua a todos los señores que se encontraban en el lago: que siempre estaban borrachos o con sus mujeres, o sacrificándose, mientras Tarikuri al menos nunca bebe; tiene dos sobrinos que podríamos calificar de calamidades, pero él mismo en ninguna ocasión toma mucho; eso semeja algo a esa actitud que tuvieron



siempre los mexicas frente a los huastecos (quizá alguna vez fueron sus maestros).

Hay otros datos un poco curiosos del mismo estilo, procedentes de la relación del pueblo de Cuetzalan en Guerrero; es un pueblo en el centro chontal, de un idioma desconocido pero que existía. Ahí estaban, por ejemplo, Ostuma, Ixcateopa, todas estas partes que estaban entonces en la frontera entre mexicanos y tarascos. Ahora bien, ellos se consideran mexicas y decían que sus antepasados habían salido todos juntos de la provincia de Michoacán, en compañía de los demás mexicanos que fueron a fundar la Ciudad de México, que fueron por caminos diferentes, se apartaron, etc., hasta que, al final, llegan al pueblo de Cuetzalan (nombre poco usual en México) y piden alojamiento a los chontales. Como éstos se lo negaron, se fueron a vivir a unas cuevas en un cerro alto (no tenían sementeras porque eran cazadores), tanto ellos como las mujeres y así duraron mucho tiempo, independientes, hasta que empezaron a tener señores y llevar una vida más mesoamericana. En esta historia hay sus dioses —cree [Francisco del] Paso y Troncoso que se trata de Huitzilopochtli—, y en toda esta zona chontal se usan, por ejemplo, nombres calendáricos.

Si nos atenemos a esta posibilidad, al parecer los que llegaron eran cazadores, igual que los de Zacapú y podríamos, entonces, pasar a ver lo que se sabe sobre los antiguos habitantes de esta área que sería



Barbro Dahlgren en Europa.

el reino de Michoacán y que había de influir tan fuertemente sobre los tarascos, sin que por ello, y eso es importante, pierdan por completo sus antiguos valores como habíamos indicado al principio.

Esta zona es un *mare magnum* lingüístico. El padre [José] Bravo Ugartte cita 28 lenguas o dialectos entre los que existían en Michoacán y en las provincias sometidas, que eran parte de las de la costa del Pacífico, como por ejemplo Coalcoman, parte de lo que es ahora de Colima, parte del sur de Jalisco y una buena porción a lo largo del río Balsas, que ahora pertenece a Guerrero. En el mismo centro de Michoacán había, indudablemente también, varios idiomas y muchos nahuas.

En cuanto a los nahuas, tenemos otro documento, el *Lienzo de Jucutácato*, que narra una migración de gente tolteca o por lo menos artífices, desde las costas del Golfo, quizá por la zona de Veracruz, pasando por México Coyoacán y Tenochtitlán, donde por cierto se rien de ellos, y por fin, llegan a la zona cercana a Uruapan, a un pueblo que Jiménez Moreno ha identificado como Xicalan Viejo, un lugar donde se sembraba índigo y de donde se extendieron todavía hacia los límites del río Balsas, aparentemente en busca de minas de cobre.

Había una colonia de nahuatlacas en Pátzcuaro cuando se establecieron allí los tarascos. Posiblemente también la hubo en Ihuatzio (en mexicano se llama Coyoacan) y con seguridad la había en la zona de Tuxpan, Ciudad Guzmán y Tamazula (Tamazula antes se llamaba Zapotlán). Por el lado del Balsas, estaban los cuitlatecos, idioma también muy interesante por estar emparentado con el nahua en una lejanía quizá similar a la que pudiéramos ver entre el tarasco y el totónaco. Como ya dije, pues, había chontales y otra gente que se llamaba tepozteca y en la costa sur, otra serie de idiomas en lo que hoy se llama Zacatula, mientras toda la frontera oeste estaba ocupada por gente otomí, y en el sur de la frontera, estaban los matlatzincas que llegaban hasta Toluca y, más al norte, mazahua; un grupo otomí más primitivo.

En esta cadena de viejas culturas que, creo yo, representan un sustrato en Mesoamérica bastante distinto a lo que encontraron los españoles en México Tenochtitlán, por ejemplo, hay rasgos de que se han conservado más puros, rasgos que, además, rebasan las fronteras de Mesoamérica. Cuando el doctor Kirchhoff señala que los huastecos, según él, no debían formar parte



de Mesoamérica y opina que algo parecido ocurre en la zona del occidente de México, es porque cree, creemos más bien, que es una gran capa que alguna vez se extendió por sobre muchas partes de nuestro territorio, aflorando aquí y allá pero no sistemáticamente.

Claro que habrá que referirse a datos arqueológicos. Desgraciadamente no se puede hablar de una cronología en el centro de la zona tarasca. Sabemos que Chupicuaro (en el límite noreste del área) fue un gran centro muy importante que se extendió desde casi las cercanías de la Ciudad de México hasta un pueblo que se llama Morales en el norte de Guerrero. Curiosamente, algunas de las formas muy elegantes de esta cerámica se conservaron casi hasta la llegada de los conquistadores o tuvieron un renacimiento en la cerámica de la última época del "imperio" —si así lo llamamos— tarasco.

Por otra parte, ha habido excavaciones en zonas como Apatzingán, realizadas por la doctora [Isabel] Kelly, la cual no considera a éste como un pueblo tarasco. Sin embargo, me acaba de decir un arqueólogo [acerca] de la cerámica, que las figuritas serían típicamente mazahua y eso nos llevaría a la época de 1200 [d.C.], la misma que se da generalmente para las yácatas; estos templos, estas pirámides o basamentos tan especiales de los tarascos, de un tipo de construcción diferente a todo lo que se conoce en cuanto a basamentos. Todos los arqueólogos mexicanos niegan rotundamente que haya alguna semejanza con matlatzínca o con el totonaca tardío, como lo quisiera ver, por ejemplo, [Walter] Krickberg.

Sabemos que hay una cantidad de semejanzas extrañas con Sudamérica, no solamente en la cerámica sino ante todo en la metalurgia, lo que nos sugiere que fácilmente podía haber ido a lo largo de la costa. Hay toda una serie de fenómenos en varias áreas de la costa del Pacífico que se repiten, aun en plantas de grupos que se encuentran separados por miles de kilómetros.

Esta distribución a lo largo de la costa parece indicar un tráfico marítimo no despreciable. Como ejemplo más curioso tenemos las tenacillas o pinzas de plata o de oro que, según se dice en la *Relación* [de Michoacán], se colgaba el gran sacerdote, el petámuti, alrededor del cuello y que el doctor [Fermín Rubín de la] Borbolla encontró en una excavación, en una yácata de

Tzintzuntzan (están en exhibición aquí abajo [en la planta baja del Museo Nacional de Antropología]). Generalmente, el trabajo en cobre (lo que hemos encontrado) es de técnicas muy refinadas que contrastan curiosamente con el escaso trabajo de la piedra.

Los ídolos tarascos nunca han gozado de mucha fama artística en verdad, están de plano mal hechos, [por ejemplo,] unas figuras de hombre con cabeza de coyote. Hay, en cambio, algo muy interesante: la existencia de los chac-mooles. Un chac-mool que, en las manos, en vez de un espejo redondo como sucede en Chichén [Itzá] por ejemplo, tiene un espejo cuadrado. Además, el chac-mool de lhuatzio se encontraba colocado en medio del pasillo, entre las dos yácatas y había una serie de asientos en forma de coyote.

En general, siempre aparecen sillas muy particulares en los códices (claro que son postcortesianos y Eduardo Seler cree que es una imitación de las sillas coloniales), pero si se piensa en los chac-mooles y toda una serie de cosas, puede llegarse a la conclusión de que quizá tuvieron una clase de silla particular. Podríamos pensar en la importancia de las sillas, tomando en cuenta algo distinto de lo de aquí: entre la zona corahuichol el famoso *icpalli* es un asiento con un ruedo calado de caña y de cuero.

El primer rasgo y el más visible de esta gran extensión de conexiones quizá muy específicas, con el norte de Sudamérica, es el de las grandes tumbas de tiro, como aquella que [José] Corona Núñez excavó en Exatlán, en Jalisco. No recuerdo la profundidad que tiene, pero es enorme; es un tiro que baja y en el fondo se encuentran una serie de cámaras donde se enterraba a la gente. Hay otros sitios donde llega a tener una importancia similar como [la que tuvo] en Colombia, donde hay una zona de muchas minas donde se dice que existen cantidad de entierros. Pero también en la parte intermedia encontramos este concepto que, a veces, se ha llamado del cadáver viviente: se enterraba un personaje —porque se trata siempre de personajes— en una cámara funeraria, a veces envuelto en miles de mantas de algodón (miles es exagerado, pero creo que en el caso de Colombia se citan 300). Lo mismo encontramos en Panamá, por ejemplo, y en una forma mucho más modesta, en la Mixteca, en la tumba que el doctor [Ignacio] Bernal excavó en Yanhuitlán.

En las relaciones, los mencionan [en] toda esta zona limítrofe del bajo Balsas, tanto para chontal como tepozteca cuitlateca; se





Barbro Dahlgren en Paris.





Barbro Dahlgren y Hanna Faulhaber camino a Malinalco.

dice que cuando alguien se moría, se hacía un hoyo y ahí se le enterraba sentado. Si era un personaje, se enterraban con él esclavos, ofrendas y comida y algunos decían que iban diariamente a darles de comer en la tumba. Es pues éste un rasgo que se puede seguir, aunque entre los tarascos parece que eran más frecuentes los entierros en urnas; sobre las urnas los decoraban, los envolvían y les ponían sus máscaras de oro.

El otro rasgo del que tenemos datos para un área muy extensa, es la costumbre de desollar a las víctimas del sacrificio [humano]. Tal como se conocía en México en el momento de la Conquista [española], se practicaba en fiestas relacionadas con el dios Xipe y se llamaba a la fiesta 'el desollamiento de hombres', y con estas pieles bailaban algunos jóvenes o sacerdotes. Xipe era un dios de la primavera y la explicación que se ha dado es que, tal como la tierra se reviste con una nueva piel en la primavera, así lo hacían los sacerdotes mediante una magia simpática. La antigüedad de Xipe una cosa muy difícil de fijar y debiera buscarse más detenidamente; hay una pequeña mascarita en Teotihuacán I, que son sencillamente tres hoyos —uno para la boca y uno para cada ojo— que se ha pensado que podía ser un Xipe.

Ahora bien, en las fuentes [históricas] se menciona al Xipe en dos lugares de nuestra área: en Zapotitlán El Grande —hoy ciudad Guzmán— donde se dice que tenían por dios a Xipe y entre los [habitantes] de Guerrero. En la descripción que hace

Sahagún de ese dios, antepone al nombre de cada orejera, maxtla o lo que sea, la palabra 'yopi'. Pero yopi era el nombre de los tlapanecos libres (por lo menos quizá de toda la tierra de allá hasta Acapulco, que en los primeros viajes de los españoles, hacia 1822, se llamaba todavía Yopitzingo). Últimamente, se han encontrado xipes o se ha dado cuenta de su existencia: hay una serie de xipes en el Museo de Ciudad Guzmán bastante toscos y entre ellos xipes femeninos; hay xipes por el centro y norte de Veracruz; hay xipes de bulto, en barro, hasta San Salvador y bastante parecidos a los que se dice son de Veracruz.

En la *Crónica de Michoacán*<sup>10</sup> (por un accidente, se les pasó [a los censores] una hoja con las descripciones de las diosas y sus fiestas), se describe una fiesta que se piensa fue

en favor o en honor de la diosa madre de los dioses —la diosa vieja, una mujer— y se dice: primero hay una serie de sacrificios y después, el siguiente día, bailaban vestidos con los pellejos de los esclavos sacrificados.

Si seguimos un poco las fuentes, nos encontramos también esta costumbre en los tres pueblos nahuas, antiguos nahuas, de Tuxpan, Zapotitlán y Jalisco. Pero se añade una particularidad: allá los rellenaban con paja. Tal lo hacían también los huastecos cuando cogieron a los primeros españoles que llegaron, los hombres de Grijalva. Si mal no recuerdo, los que llegaron allí después se encontraron las pieles de esos españoles colgadas y llenas de paja. Ahora bien, este rasgo no era tampoco ajeno a los chichimecas del centro; se cita que los chichimecas (de la guerra de los chichimecas, por ejemplo) de la región casi pame, por San Luis de la Paz, sacrificaban hombres y los desollaban. Nuestros chichimecas tarascos no hacen —por lo menos en la primera época— ningún sacrificio humano, pero sí son muy particulares en la forma de desollar a los venados; muchas veces hay una sustitución entre sacrificios de animales y sacrificios humanos. Pero lo más interesante es que también este rasgo se extiende hasta la parte norte de Colombia y de Venezuela. Miguel Acosta Saignes, que ha estudiado mucho la costa [del] Caribe, encuentra ahí un complejo que él llama, con el nombre del mes, complejo de *Tlaquexipehualistle*, 'hacer xipes de los hombres'.



Y por otra parte, en la costa sur de Colombia, por la ciudad de Liri [¿?], había también esta costumbre; es una costa donde abundaban los sacrificios y también el trabajo del oro, así como la misma costumbre de usar las pieles de los sacrificados, rellenarlas y colgarlas. Creo entonces que, por este camino, podríamos encontrar algunos rasgos más acerca de la historia de los tarascos.

Hablaba antes de las mujeres. Se da una importancia grande a las diosas en el lago de Pátzcuaro. De por sí es muy frecuente que una zona lacustre (así era aquí en el lago de Texcoco) tenga deidades femeninas, deidades en forma de serpientes; aquí se cuenta que en una ocasión le construyeron a Xarátanga, la diosa del lago, sus cués o sus pirámides; le hicieron, además, un baño como a cualquier diosa lunar y un juego de pelota.

Un dato más sobre los sacrificios y pieles rellenas con pajas es el de una cabeza sola. También se cita con referencia a los zapotecas en el vocabulario de Córdoba. En Oaxaca, el traje de los tarascos es muy parecido a lo que encontramos allá; esa camisa larga que usan los reyes, tanto los que aparecen en los códices mixtecos como el rey de Tehuantepec del *Lienzo de Guevea*.

Don Eduardo Ruiz, en sus *Paisajes y leyendas michoacanas*, trata de ver las sobrevivencias actuales de las costumbres del pasado. Hay toda una serie de rasgos —algunos pueden parecer insignificantes, otros no—, como uno que quizá todos conocen: los señores del lago llevaban guirnaldas de trébol o de flores, en vez de las vendas de piel que tenían los demás chichimecas, y todavía hoy día se usan en muchas fiestas, como por ejemplo en las bodas en la sierra tarasca y es habitual que se extienda aun hasta los nahuas actuales, como se ve en Tuxpan, Jalisco.

Otro rasgo característico podría ser la importancia de la hechicería, de la cual tenemos muy buena información, porque un joven de origen tarasco, que hablaba tarasco, procedente de Charapan, hizo su tesis en la Escuela [Nacional] de Antropología sobre ese tema.<sup>11</sup> Y los hechiceros, debido a la pugna que había en todas las altas culturas, eran perseguidos tanto en la Ciudad de México como entre los tarascos; el hechicero generalmente suele representar una capa antigua, de la época en que hubo cierta coexistencia o convivencia religiosa cuando se decía que, además de sus dioses, había que adorar, por ejemplo, a Huitzilopochtli.



Barbro Dahlgren en el Castillo de Chapultepec 1939.

Ahora bien, al perderse la organización eclesiástica, jerarquizada, sistematizada, es muy posible que surgiesen con una fuerza renovada todas aquellas viejas raíces que podían haber estado latentes desde los tiempos en que no había urbes sino sencillas aldeas, [según] se dice en esa interesante tesis a que me referí y que ojalá algún día se publique.<sup>12</sup>

Hay en ella una mezcla muy fuerte de elementos cristianos y de elementos antiguos; se cita, por ejemplo, que hay tres escuelas para brujos, en donde había que pasar una serie de pruebas como el manejo de la serpiente (este es un rasgo que se extiende por muchas partes, lo encontramos justamente, si no entre los zuñis de allá arriba, sí entre los hopis, y en las fuentes viejas hablan por ejemplo de un grupo del Istmo llamado popoloca) y el aprendiz, el novicio, tenía que pasar un examen que consistía justamente en pasarse sin miedo las serpientes por el cuerpo. (Un elemento completamente cristiano es el día de las brujas que, como en Chiapas, es martes y viernes.) En Jarácuaro, uno de los pueblos muy importantes en las islas, donde estaban las yácatas de la diosa Xarátanga, la diosa del lago, se localiza[ba] una de las tres escuelas para brujos; allí hay una cueva para pasar estas pruebas de novicio; las otras están en Pichátaro y en Curácuaro. Todo es muy secreto. Junto a Carapan hay una cueva y en Pichátaro una barranca lúgubre que queda entre dos pueblos, a mitad de camino de Erongarícuaro. Quizá no debemos dar tampoco demasiada importancia a las cuevas, consecuencia quizá de la evangelización (como cualquier grupo de resistencia



tuvieron que refugiarse bajo tierra, y las cuevas que de por sí eran sagradas, tomaron entonces una mayor importancia), pero yo creo que hay que utilizar todos los caminos posibles para tratar de cerca el problema tarasco y por eliminación llegar a enfocarlo mejor.

No quisiera terminar sin hacer la observación de que la zona tarasca ocupa un lugar muy importante en toda la antropología mexicana, porque —como ustedes recordarán— ahí se hicieron los primeros ensayos utópicos de Táta Vasco [de Quiroga], instituyendo una especie de hospital con trabajos comunales. Hubo mucha gente de la provincia que tuvo gran entusiasmo y se hicieron grandes estudios como el del doctor Nicolás León, y el del obispo [Francisco] Plancarte —que ha dado nombre al *Códice Plancarte*.

Y en tiempos más recientes, en 1938, Pátzcuaro fue el lugar de una reunión de lo que serían los institutos indigenistas, donde está también ahora la oficina de CREFAL, un proyecto piloto. Todo esto llevó a la creación de un Proyecto Tarasco y el resultado fue no solamente los estudios mencionados de [Morris] Swadesh, sino también una serie de monografías de lugares tarascos que hace que después de la zona maya, sea la zona más documentada con respecto a los indígenas de la República Mexicana.

México, D.F., a 12 de abril de 1967



Barbro Dahlgren en París.

## NOTAS:

<sup>1</sup> Véase ficha completa en la hoja legal de esta edición.

<sup>2</sup> Ts'intsútsani.

<sup>3</sup> Fray Jerónimo de Alcalá.

<sup>4</sup> P'urhépecha.

<sup>5</sup> Kuítsini.

<sup>6</sup> En el original, transcribieron equivocadamente "protocronológico".

<sup>7</sup> Se refiere al publicado con ese nombre por Corona Núñez en 1959.

<sup>8</sup> La cita está mal transcrita en el original, por lo que aquí se sustituye por una versión modernizada basada en la que cita Roskamp: 1998: 222.

<sup>9</sup> Quiso decir: "porque piensan".

<sup>10</sup> Se refiere a la *Relación de Michoacán*, frag. de la primera parte.

<sup>11</sup> Velásquez Gallardo, 2000.

<sup>12</sup> Ya fue publicada el año 2000.

<sup>13</sup> Esta lista de referencias bibliográficas ha sido añadida por el editor, actualizándolas en algunos casos, ante la dificultad para saber qué ediciones usó la autora. Por lo demás, sólo se incluyen fichas de las obras que se citan explícitamente o que fue posible identificar con facilidad.

## [BIBLIOGRAFÍA CITADA]<sup>14</sup>

Alcalá, Fr. Jerónimo

2001 *Relación de Michoacán* "Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernanza de los yndios de la provincia de Mechuacan hecha al yllustrísimo señor don Antonio de Mendoça, virrey y governador desta Nueva España por su Magestad, etcétera" (1540.ca). C.IV.5. Original conservado en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial de varios autores, comp. y trad., coord. de la ed., introd. y paleo. Armando Mauricio Escobar Olmedo, coord. editorial César Olmos García Calamerte, pról. Salvador Galván Infante, palabras prel. Stella Ma. González Cicero, estudios Ma. del Carmen Hidalgo Brinquis, Vicenta Cortés Alonso, Benedict Warren, Francisco Miranda, Juan José Batalla Rosado y Gerardo Sánchez Díaz, apéndice Alfonso Caso, 2 vols., Madrid, Patrimonio Nacional [de España]-Ayuntamiento de Morelia-Testimonio Compañía Editorial, 606 pp., láms., figs., mp. + 166 ff. facs. ils. (col. *Thesaurus Americae*, 3).

Bravo Ugarte, José

1962-4 *Historia sucinta de Michoacán*, México, Jus (col. Figuras y episodios de la historia de México, 110 y col. México heroico, 15 y 32), 3 vols., 184+268+292 pp., mps., láms.

Corona Núñez, José (ed.)

1959 *Códice Plancarte*, México, Vargas Rea (col. Siglo XVI), 23 pp.

[Gutiérrez de Cuevas, Pedro]

1987 "Relación de Cuiseo de La Laguna", en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán, de varios autores*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas (serie antropológica, Etnohistoria, 74), pp. 73-90.

Kirchhoff, Paul

1948 "Civilizing the Chichimecs: a Chapter in the Culture History of Ancient Mexico", *Some Educational and Antropological Aspects of Latin American*, Austin, The University Of Texas, Institute of Latin-American Studies (Latin American Studies, V), pp. 80-85.

Roskamp, Hans

1998 *La historiografía indígena de Michoacán: El Lienzo de Jucutacato y los títulos de Charapan*, Leiden, Leiden University, Research Scholl CNWS, (CNWS Publications, 72), [14]-370-[56] pp., fts., mps., dibs.

Ruiz [Álvarez], Eduardo

1940 *Michoacán, paisajes, tradiciones y leyendas*, 1ª y 2ª ptes., pról. Jesús Romero Flores, México, s. p. i., 760-vi pp., ils. [1ª ed.: 1891-1900 en 2 vols.].

Sahagún, Fr. Bernardino de (coord.)

1989 *Historia general de las cosas de Nueva España. Primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino*, coord. Fr. Bernardino de Sahagún, introd., paleo, glosario y n. Josefina García Quintana y Alfredo López Austin, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza Editorial Mexicana, 2 vols. (Cien de México), 926 pp.

Swadesh, Morris

1957 *Términos de parentesco comunes entre tarasco y zuñi*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas (serie antropológica, 3), 39 pp.

1969 *Elementos del tarasco antiguo*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, Sección de Antropología (serie antropológica, 11), 192 pp.

Velásquez Gallardo, Pablo

2000 *La hechicería en Charapan. Michoacán*, present. Gerardo Sánchez Díaz, est. prel. CGM, Morelia, UMSNH, Instituto de Investigaciones Históricas (El hombre y su tiempo, 3), 286 pp., fts., mp., plano.



# Problemas actuales de la etnohistoria mexicana\*

Barbro Dahlgren Jordán



Barbro Dahlgren en la Mixteca, 1941.



Barbro Dahlgren con su mamá.

## Definición

**E**sta rama de la antropología mexicana se dedica al estudio de las culturas indígenas y sus historias, desde el momento de contacto con los españoles y a través de la época colonial y del México independiente hasta principios de nuestro siglo. Para ello se basa en las fuentes escritas y en la tradición oral, mismas que de vez en cuando consignan además sucesos históricos que se remontan a tiempos prehispánicos. En otras palabras, busca conocer la suerte que corrieron los descendientes de los constructores de las florecientes ciudades y pueblos del pasado indígena que han estado descubriendo los arqueólogos, como también de los fieros chichimecas del norte, descritos por los conquistadores. Es decir, rastrea cuáles fueron los diversos procesos de cambio que se operaron en la población indígena, y a la par, pero de un modo distinto, en las poblaciones de origen africano y desde luego en los propios conquistadores.

Estudia la violencia de los cambios causados por la Conquista, por nuevas enfermedades, por la despiadada explotación económica y también por el choque psicológico entre dos mundos tan distintos, que hicieron que más de la mitad de la población urbana y agrícola desapareciera —por no hablar de la extinción de los grupos cazadores del norte—. Pero también ha podido constatar otros procesos de transformación entre los sobrevivientes, gracias a los cuales se produjo y se sigue



produciendo un paulatino mestizaje cultural y racial y con ello una integración a la cultura nacional, a la que hoy día pertenece la gran mayoría de la población del país.

La existencia de los grupos indígenas que actualmente se conocen como marginados o de regiones de refugio obedece en parte a que siempre fueron marginales y de una cultura más rústica, tanto por vivir alejados de los centros rectores como por una cohesión socio-política y religiosa a nivel de comunidades, pero en parte también por constituir una población de tecnología rudimentaria y situada en una posición limítrofe entre grupos cultivadores y grupos de recolectores cazadores. Los procesos de cambio que se operaron a este nivel fueron forzosamente diferentes y resultado de la imposición de ciertas jerarquías coloniales, tanto religiosas como políticas, y su posterior adaptación y reinterpretación dentro del propio marco cultural, o sea una integración a la cultura indígena.

Esta presentación de la temática es desde luego muy esquemática y debe ajustarse y concretarse de acuerdo con las particularidades de la región, de la época histórica que se estudia, y de la documentación de que se dispone, ya que cada región y cada época presentan sus propios problemas y sus propias soluciones.

### Del ejercicio de la etnohistoria

Desde el punto de vista antropológico y del etnológico en especial, puede considerarse que la etnohistoria tiene dos campos básicos de estudio:

1. El de la etnografía y/o etnología histórica.
2. El de la historia de los grupos étnicos.

Desde los inicios de la Colonia y refiriéndose a grupos de cultura tan avanzada como los mexicas, mayas y tarascos, ambos campos fueron objeto de estudios muy valiosos. Así, la etnografía histórica mexicana nace durante la segunda mitad del siglo XVI con las obras escritas por frailes como Sahagún, Durán y Landa y antes de ellos, el autor anónimo de la *Relación de Michoacán*. La finalidad era una "antropología aplicada": conocer la religión de estos grupos para combatirla mejor. Sorprendentemente modernos fueron también los métodos de investigación: Sahagún hace que sus informantes redacten en su propio idioma las respuestas a una serie de cuestionarios, mientras que Durán anda a la caza de códices locales para cotejar sus versiones históricas. En ambos casos, los frailes tenían un envidiable dominio del náhuatl.

Creemos que el siguiente gran paso es la monografía etnográfica del jesuita J. J. Baegert que, aunque escrita en el exilio, se basa en 17 años de convivencia solitaria con uno de los grupos de la Baja California y en comparaciones de los datos registrados por otros frailes. Fue publicada en 1772. De aquí habremos de pasar a las reconstrucciones modernas elaboradas con base en toda una serie de materiales de diversa índole.

En cuanto al campo de la historia de los diferentes grupos étnicos que poblaron Mesoamérica, o sea el área de los pueblos de México y partes colindantes de Centroamérica, éstos habían alcanzado logros intelectuales como era un calendario más preciso que el que traían los conquistadores y un tipo de escritura jeroglífica que les permitía registrar ciertos tipos de datos históricos. Todo gobernante de cierta categoría tenía su códice o libro en forma de biombo, donde hacía registrar sus genealogías y las efemérides más importantes con su año y día. Si no único, el hondo sentido histórico de los antiguos mexicanos rara vez ha sido igualado por pueblo alguno de su mismo nivel cultural. Así, las brillantes investigaciones emprendidas a partir de la década de los cuarenta por Jiménez Moreno, Alfonso Caso y Paul Kirchhoff han venido a demostrar la exactitud de las crónicas prehispánicas que en ocasiones se remontan más de quinientos años antes de la Conquista.

En ellos se basaron las crónicas transcritas por los descendientes indios o mestizos de los antiguos señores y reyes de Chalco, Tlaxcala, México-Tenochtitlan y Tezcoco, quienes por medio de ellas establecieron no sólo un derecho de sucesión, sino trataron de conservar y enaltecer la memoria de su antigua patria. Crónicas de este tipo ejercieron una influencia muy considerable en el fomento de sentimientos regionalistas y, desde fines del siglo XVII, también una naciente conciencia nacional que ha mantenido vivo el interés por la historia prehispánica.

Sin embargo, es en la época cardenista, con la fundación de la Escuela Nacional de Antropología e Historia y El Colegio de México, cuando se concentra un elenco de investigadores que supo dar un nuevo estímulo a estos estudios y un enfoque comparativo que permitió sistematizar y jerarquizar datos obtenidos de fuentes hasta entonces no utilizados con fines etnológicos. Por ejemplo, informes oficiales del siglo XVI, redactados por encomenderos y corregidores familiarizados con sus pueblos y muchas veces con material proporcionado



Mamá de Barbro Dahlgren.



por los ancianos del lugar. Surge así una etnografía histórica localizable en el espacio y en el tiempo, fortalecida con datos exactos sobre la distribución lingüística que permitieron fijar las primeras fronteras de una agrupación en áreas y subáreas culturales.

Mientras éste era el quehacer de los antropólogos, en El Colegio de México y bajo la dirección de Silvio Zavala y José Miranda se inician estudios de los documentos del Archivo General de la Nación para establecer, con base en casos concretos, la verdadera situación de la población indígena dentro del marco social de la Colonia. Se publica sobre la esclavitud, las fuentes del trabajo, sistemas de tributación y la persistencia de instituciones prehispánicas, etc. Más tarde, Charles Gibson publicará su monumental obra *Los aztecas bajo el dominio español*, y más recientemente, Peter Gerhard su *Guía para la geografía histórica de la Nueva España*, tan útil para el estudio de las diferentes subáreas regionales. Ambos autores, al igual que los Dres. Zavala y Miranda, consultaron además exhaustivamente archivos españoles y franceses.

Desde aquel entonces y utilizando este tipo de materiales fue posible realizar trabajos etnohistóricos, como también dar mayor profundidad a los estudios acerca del cambio social registrado en distintos grupos étnicos.

Señalaré sólo dos ejemplos: la manera en que Luis Reyes ha podido verificar los pueblos y los nombres de gobernantes enumerados en la *Historia tolteca-chichimeca* —y en su caso, corregirlos— con la ayuda de documentos locales e investigaciones arqueológicas; el resultado: una historia que cubre del siglo XII al XVI y une al pueblo de Cuauhtinchan con un área que va desde Cholula hasta los chochosmixtecos de Coixtlahuaca, Oaxaca. El otro ejemplo es el estudio de Eva (Verbitsky de) Hunt, antigua alumna de la ENAH, acerca del régimen de los canales de riego y su importancia socio-política, desde tiempos netamente prehispánicos hasta la fecha,



Barbro Dahlgren en Europa.

entre los pueblos cuicatecos de Oaxaca. Logró estos resultados uniendo la antropología social y la etnohistoria (códices y manuscritos) con los pocos datos arqueológicos de que se dispone. Pudo asimismo constatar que la zona cuicateca cae hoy, al igual que antes, bajo la esfera de influencia de Tehuacán, Puebla.

### Utilidades

Es de señalarse cómo en estos últimos casos la etnohistoria ha servido de puente entre la situación prehispánica —confirmada por trabajos arqueológicos— y la antropología social, y cómo esto ha redundado en una mejor comprensión de la situación actual. Es decir, que muchas veces la información documental de lo ocurrido en tiempos coloniales y posteriores no sólo facilita, sino que es necesaria para una interpretación correcta del presente.

Como parte de una futura planeación de economía regional se deben recoger y aprovechar las enseñanzas de las experiencias —tanto éxitos como fracasos— de la política colonial en materias como proyectos de colonización, de planificación agrícola, de comercio, etcétera.

Gracias a la etnohistoria se logra conocer las antiguas estructuras de poder y de dominio, que los españoles se apresuraron en romper, pero que aún rigen en forma de esferas de influencia de ciertos centros rectores. Valiosas resultan igualmente las experiencias acumuladas por los portadores de las antiguas culturas mesoamericanas en materia de la explotación de sus diferentes ecosistemas. Existen registros de antiguos métodos y sistemas de cultivo, tanto de plantas alimenticias como de fibras duras,



Barbro Dahlgren en Europa.



de frutales y de plantas medicinales. A esto hay que añadir la historia de las plantas introducidas por los españoles del Viejo Mundo y experimentos con industrias caseras planeadas para aliviar la pobreza de algunas regiones indígenas, como fueron el beneficio de la seda y de la cochinilla.

Ligado a lo anterior hay renglones de economía como los sistemas de comercio organizado y los productos de intercambio y su funcionamiento desde tiempos prehispánicos hasta nuestros días.

Gran parte de la información arriba sugerida puede ser manejada por medio de computadora.

### Recomendaciones

La enorme riqueza de los materiales que esperan ser estudiados en provecho de la problemática situación de centenares de comunidades indígenas, como en provecho de una futura planeación de política y de economía regionales, exige un trabajo sistemático, planeado y coordinado en todo el país. Hasta la fecha, la Escuela Nacional de Antropología ofrece la carrera de etnohistoriador, y la etnohistoria se practica libremente por una serie de connotados investigadores; sin embargo, se carece de un organismo (o centro o fondo) que facilite tales labores.

1. Con tal fin, se propone la puesta en marcha de un centro coordinador de información y difusión dotado de un cuerpo de investigadores que debe poseer una sólida formación etnológica y los conocimientos históricos necesarios para colocar los temas a estudiar dentro de un marco social mayor. Se requiere asimismo de la colaboración de consultores lingüistas para el estudio de documentos en lengua indígena.
2. La importancia del estudio de documentos locales hace urgente un censo de los fondos documentales conocidos y su rescate por medio de un amplio programa de microfilmación y un sistema de catalogación uniforme.
3. La elaboración de planes de cooperación con todo los archivos del país (federales, estatales, municipales y parroquiales) y de convenios que deben solicitarse de las Provincias Eclesiásticas, de quienes poseen fondos particulares, y de archivos e instituciones extranjeras.
4. Un órgano de publicación donde se dé a conocer el censo por regiones y por temas en la medida que se va integrando.
5. Un programa de formación de becarios de tiempo completo seleccionados por las autoridades universitarias de los diferentes estados, quienes, terminada su preparación, participarán en el arreglo de los archivos existentes en su estado.
6. Toda institución que facilita material para microfilmación debe recibir una copia del mismo, debidamente catalogado.



Barbro Dahlgren.

7. Elaboración de un programa de concientización de las autoridades indígenas para lograr su colaboración en el rescate de documentos y mapas microfilmándolos, y evitar así su venta a particulares.
8. Ligado al punto anterior, deben hacerse grabaciones magnetofónicas de explicaciones o tradiciones orales referentes a los documentos y los mapas. Además, se deben identificar y fotografiar los sitios indicados por jeroglíficos y toponímicos locales.

#### NOTA:

\* Ponencia presentada en la Reunión Nacional de Antropólogos y Sociólogos, efectuada en México, D.F., el 18 y 19 de junio de 1976, y organizada por el CNOP-IEPES. La estructura, extensión y algunas definiciones y explicaciones, obedecen a los deseos de los organizadores de una redacción llana y asequible.